

Una nulidad de hombre

FATOS KONGOLI

Nuevos Tiempos **Siruela**



Fatos Kongoli

Una nulidad de hombre

Traducción del albanés de
Ramón Sánchez Lizarralde y María Rocés González

 Siruela
Nuevos Tiempos

Índice

UNA NULIDAD DE HOMBRE

Marzo de 1991

1

2

3

Marzo de 1991

4

5

6

7

8

9

10

Marzo de 1991

11

12

13

14

15

Marzo de 1991

16

17

18

Marzo de 1991

Notas de los traductores

Créditos

Una nulidad de hombre

Llega el día en el que uno cree haber ajustado las cuentas con este mundo, haber completado el ciclo y que ya no tiene sentido rumiar el pasado. Máxime cuando en tu vida nada hay que les pueda servir a los demás. Entonces, qué te propones, os preguntaréis.

Nada. Un simple relato.

Hace un par de meses, mi amigo Dorian Kamberi, ingeniero mecánico, padre de dos hijos, se subió una mañana al carguero *Partizan* y cruzó el mar con toda su familia. De no haberme arrepentido en el último instante, incluso yo mismo podría hallarme ahora en algún campo de refugiados de aquel país soñado llamado Italia o deambulando por cualquier otro rincón de Europa, como tantos compatriotas. Pero en el último instante, mientras nos apretujábamos los unos contra los otros, le dije a Dorian que me bajaba. Quizás Dori no alcanzó a entender lo que le dije. Tras la odisea y las múltiples peripecias vividas para llegar, extenuados, desde nuestra pequeña ciudad hasta aquí, mis palabras sonaban absurdas, tanto que cualquier otro que no fuera mi amigo me hubiera arrojado al mar. Sin embargo Dori guardó silencio. Me miró sin verme, mientras yo sentía en la nuca el cálido flujo de la orina de su hijo pequeño, a quien continuaba cargando sobre los hombros.

Mi indecisión saltaba a la vista. Estoy seguro de que mi voz y mi rostro expresaban, en aquel instante, lo contrario de lo que estaba diciendo. Un empujón, por pequeño que fuera, de Dori para hacerme volver en mí, hubiera bastado para que desechara una decisión demencial como aquella, de la que ignoraba yo mismo la causa. No guardaba relación con la añoranza de los adoquines de mi calleja, como suele decirse. No sentía nada y mi alma estaba más vacía que la propia mirada de Dori. No hizo el menor gesto para retenerme. Y yo bajé. Con el cuello mojado por la orina de su hijo pequeño. Después me acurruqué en un rincón del muelle para observar a los últimos grupos de huidos, que se apresuraban a encaramarse al carguero. Cuando el vapor comenzó a moverse y se fue alejando hasta que dejé de distinguir las caras de la gente, se me hizo un nudo en la garganta. Con la cabeza entre las manos, sollocé. Largo y sentido. Entonces no caí en la cuenta de que llevaba años sin llorar. Se me había secado el alma y pensaba desde hacía bastante tiempo que ya no existía nada en este mundo que me pudiera hacer verter una lágrima. Alguien que pasaba me consoló poniéndome la mano sobre el hombro y me dijo que no me preocupara, que pasado mañana saldría otro vapor.

Al oscurecer, regresé a la pequeña ciudad. Como mi marcha, mi regreso pasó igualmente inadvertido. La expatriación de Dorian Kamberi y su familia se supo al día siguiente. Pero los comentarios al respecto no se prolongaron demasiado. Algunos le insultaron, otros le alabaron y otros le envidiaron. Encajé las obligadas murmuraciones con el sentimiento del ladrón que ha participado en la fechoría y aguanta el tipo mientras oye los disparates que dicen los demás. Por primera vez en mi existencia de solterón de cuarenta años guardaba en mi interior un secreto del que mi pequeña ciudad no tenía

noticia. Y del que jamás se habría enterado si no me hubiera empeñado en escribir este relato. Que yo, de la noche a la mañana, pudiera marcharme y subirme al barco, no le habría extrañado en general a nadie en mi pequeña ciudad. Pero que me pusiera en camino, me embarcara en el vapor y después, de repente, me bajara, bajo ningún concepto se lo hubiesen imaginado. Tampoco Dori, si es que llegó a entender lo que le dije, creyó realmente que me bajaría. Aunque quizás pensara que con mi apatía sería para él una carga mayor que la de su propia familia, y por eso no hizo el menor intento de detenerme.

Sea como fuere, me quedé y al día siguiente mis pasos me llevaron al cementerio. Puede que penséis que lo que me impidió marcharme fueron a saber qué tumbas de los antepasados o la añoranza. Pero, desgraciadamente, no fue así. Respeto las tumbas de los antepasados y también la añoranza. Envidio a cuantos toman en consideración este tipo de cosas, que se convierten para ellos en fuerzas motrices, como la gravitación universal. Pero yo he logrado verme libre de esa clase de atracción, incapacitado como estoy y abandonado en un pozo de desprecio. La añoranza se transformó para mí en un lujo nebuloso. A ningún motivo semejante se debe el hecho de que no me haya ido, tampoco mi visita del día siguiente al cementerio, donde no había puesto los pies jamás. Para todo el mundo y desde todos los puntos de vista soy un incapaz, una nulidad de hombre.

A la mañana siguiente, el día amaneció hosco en la pequeña ciudad y mi pensamiento voló hacia los huidos por mar. Los viejos –vivo con mi padre y con mi madre en un piso de dos habitaciones y cocina-comedor– ni siquiera se tomaron la molestia de preguntarme la razón de mi ausencia el día anterior. Estaban acostumbrados a esta clase de desapariciones y hacía años que no me preguntaban ni lo que hacía ni a qué me dedicaba, les bastaba con mi presencia nocturna para poder dormir tranquilos. Mi mente voló, pues, hacia los huidos, sentí lástima de ellos cuando advertí el desapacible tiempo que hacía, pero ciertos procesos biológicos se producen en el organismo humano independientemente del estado emocional: me estaba entrando hambre. Me vestí, salí y dejé a los viejos tomando el café juntos en la cocina, mientras les lanzaba, ya con la puerta abierta, un ahogado «buenos días».

No creo que se pueda encontrar en el mundo un rincón más polvoriento que nuestra pequeña ciudad. El polvo está por todas partes: en las terrazas de los bloques, sobre las tejas de las casas de una planta, en la calle, en las aceras, sobre las flores y bordillos del único parque del centro, donde parece azúcar espolvoreado sobre una tarta de imitación en un escaparate. El polvo te salpica el pelo apenas sales de casa, penetra en las orejas, en los agujeros de la nariz, sedimenta en los pulmones y te sigue adondequiera que vayas, al club, al restaurante, incluso a la cama. Han pasado diez años desde que en la ribera del río llena de casitas y chabolas de gitanos, a las afueras de la pequeña ciudad, se erigió una fábrica de cemento –del tipo de las del siglo pasado, dicen los entendidos– que más que cemento produce polvo. Los ancianos afirman que desde aquel momento comenzó la lenta agonía de la pequeña ciudad.

«Ahora me encontraría al otro lado del mar», pensé con un escalofrío en cuanto puse los pies sobre la acera. El aspecto de la pequeña ciudad en aquella grisácea mañana de marzo me resultó terriblemente avejentado, tanto que sentí deseos de gemir. «Desgraciado», me dije, «¿qué es lo que te pasa?». Fui derecho al club. Para matar el hambre tendría que haber pasado primero por el puesto de kebab La Ribera, pero en los últimos tiempos se rumoreaba que su dueño, Arsen Mjalti, exjefe de brigada en la fábrica de cemento, utilizaba ingredientes sospechosos en la elaboración del qofte. La gama de sospechas, que iban desde el rumor de que utilizaba carne de vaca muerta hasta el de que usaba carne de perro, la validaban las diarreas de los clientes de la pequeña ciudad, los cuales, ante la falta de pruebas para propinar el merecido escarmiento a Arsen Mjalti, boicotearon su local, en el que solo pisaban algunos buenos amigos del propietario y clientes de paso por la pequeña ciudad. Puede que todo aquello no fuera más que una patraña urdida por envidiosos y por quienes deseaban su mal, pues se decía que al exjefe de brigada le iba de maravilla y que, de seguir así, haría tanto dinero que en pocos años podría llegar incluso a comprar el famoso hotel Dajti.

El club estaba vacío. En la barra, por suerte, detrás de la cafetera exprés, mis ojos se posaron sobre una hilera de botellas de coñac Skanderbeg, que llevaba sin catar desde hacía tiempo. Sin necesidad de abrir la boca, la camarera adivinó lo que quería. Me puso delante, primero, un doble de coñac y después me hizo un café. Con la taza en una mano y la copa en la otra me situé cerca de la cristalera. En aquel lugar, de mesas altas y reducidas, había que beber de pie. Sin dilación, cogí la copa de coñac y la vacié en un suspiro. Me sentía desfallecer, preso del deseo de deshacerme en llanto, sin la fuerza suficiente, salvo la del coñac, para evitar la vergüenza de montar una escena grotesca ante los propios ojos de la camarera. Solo me sentí aliviado cuando vacié el tercer doble de coñac. Mi espíritu y la bestia que me desgarraba el pecho y las entrañas se tranquilizaron al cuarto doble, que comencé a beber despacio, a pequeños sorbos, acompañado del café, que aún seguía intacto. Había muy poca gente en la calle, no sé si porque aquella mañana destemplada desanimaba a salir de casa o porque, al ser domingo, la gente continuaba durmiendo o echada simplemente en la cama con los ojos clavados en el techo, convencida de que afuera no le esperaba nada mejor. Aquel día la pequeña ciudad parecía sumida en el letargo de la muerte. Me apetecía llegarme hasta el parque y ponerme a gritar: «¡Honrados compatriotas, despertad! Se fueron todos, os han dejado tirados...».

No me moví. Continué empujando el codo y bebiendo a pequeños sorbos el coñac hasta vaciar la copa, y pedí el quinto doble. Entonces sentí bajo la piel una suavidad de terciopelo. Quien no la haya sentido no podrá entender de qué se trata. El mundo se equilibra, los razonamientos se clarifican. En el alma triunfa la justicia o, más exactamente, el sentimiento de justicia y te encuentras en una situación en la que juzgas con claridad, sin complejos o, mejor dicho, sin miedo. Fue precisamente entonces cuando se me ocurrió acercarme al cementerio. Nunca había estado allí, pero en aquel momento la visita a ese lugar me pareció la cosa más normal del mundo. Me estremeció pensar que jamás en la vida había pisado el cementerio, un acto ahora indispensable para

mí y que tenía que haber realizado tiempo atrás. Mientras bebía la quinta copa, ignoraba que me iba a tropezar con el hombre al que en la pequeña ciudad llaman Xhoda el Loco. De haberlo sabido, no me hubiera acercado por allí.

Él salía del cementerio, que rodea un agujereado muro de ladrillo rojo de la altura de un hombre, por la entrada de la puerta sin hojas. Por esa razón no le vi, de lo contrario le hubiera evitado. Surgió ante mí de repente, como se presenta en sueños un aparecido. Iba sin afeitar y con el pelo enmarañado por el viento. El capote militar, desabrochado, dejaba entrever su velludo pecho y, por un instante, me paralizó su mirada. Llevaba en la mano una larga barra de hierro. Se detuvo ante mí como si algo le rondara por la cabeza y me examinó con una mirada llena de odio. Mientras observaba sus ojos inyectados en sangre, recordé el dicho de que hasta el loco deja pasar al borracho. Ahora bien, quizás yo no estuviera tan borracho ni él estuviera tan loco: comprendí que únicamente podría entrar en el cementerio pasándole por encima.

Una vez superado el momento de parálisis, temí que me golpeará. Pero si me golpeaba, encogería la cabeza metiéndola entre los hombros y alzaría las manos intentando defenderme, como había hecho tiempo atrás cuantas veces a él, siendo director de la escuela, le entraban los ataques de cólera y para descargarlos buscaba siempre una víctima entre los alumnos. Yo era su víctima propiciatoria. Pero en esta ocasión ni me dio un bofetón ni me golpeó con la barra. No me llamó siquiera canalla, bribón ni sinvergüenza. Me mantuvo clavado con la mirada de sus ojos inyectados en sangre y yo, sin enfrentarme a esa mirada, me largué por donde había venido.

Capítulo 1

Xhoda el Loco fue el primero en colgarme el sambenito de «incorregible». Todavía mantengo viva la imagen de cuando se lo espetó a mi padre en su despacho y este, como compensación, en señal de aprobación, me propinó un sopapo en los morros, como si quisiera clavarme en la mollera la evidencia de lo que decía el director. Si el director hubiera ido algo más lejos y hubiera dicho, por ejemplo, que yo era un malhechor de nacimiento, a pesar de mis catorce años recién cumplidos, mi padre le habría dado también su aprobación propinándome idéntico sopapo en los morros. Era un blandengue, y yo le odiaba entonces incluso más que al propio director.

No recuerdo en qué circunstancias me gané la primera tunda de Xhoda. El motivo debió de ser de los acostumbrados en una escuela de provincias, en la que se silencia y se acepta el castigo a los alumnos, pues los maestros saben que no recibirán el menor reproche de sus padres. Los azotes se propinaban de diversas maneras, cuidando siempre no dejar señal. Hasta quinto no me habían pegado. Pero fue porque en los cuatro primeros cursos me tocó una maestra que no tenía esa afición. En quinto nos daban clase distintos maestros con manías distintas y, al ir pasando por sus manos, nos convencíamos de que durante los cuatro primeros cursos habíamos sido unos afortunados. En ello radicaba el mal. A mí no me habían pegado nunca, ni siquiera en casa, porque, como he dicho, mi padre era un blandengue, la verdadera cabeza de familia era mi madre. Pero tampoco ella le tenía afición a pegar. Sin embargo, a mis compañeros, la mayoría de familias obreras, les cascaban a menudo tanto en casa como en la escuela.

Todavía se me hace un nudo en la garganta al recordar el terror que sentía mientras esperaba que me tocara el turno. Que llegaría ese momento, no lo dudaba en absoluto. Pero nunca se me habría ocurrido que la primera tunda me la propinaría el propio director. Era un hombre temible, al que evitaban incluso los chicos más lanzados. Cuando se presentaba ante toda la escuela, los maestros se ponían a vigilar, inquietos, las filas de alumnos, y he pensado a menudo que le tenían más miedo que nosotros, los niños. Me imaginaba su miedo poco más o menos semejante al mío, es decir, miedo a los palos, allí, en el despacho del director, donde no había entrado nunca ni tenía el menor deseo de hacerlo. Sabía perfectamente lo que le esperaba al niño que fuera llamado a ese despacho.

La primera tunda supuso para mí un verdadero trauma. Puesto que no me acuerdo de la causa, supongo que me pegarían sin motivo, por la queja de alguna maestra en cuya

clase pude haber hecho ruido o por la de alguna niña a la que pude tirarle de las trenzas. Los motivos bien podían ser otros y variopintos, como haberme reído o movido en la fila cuando el director hablaba a toda la escuela. También puede que me pegara porque sí, por el hecho de que entre los chicos de la pequeña ciudad yo fuera de los pocos a los que el director aún no había deslomado.

Después de tirarme de las orejas, del pelo sobre la sien y de darme unas cuantas bofetadas, cuyo gusto saborearía a menudo, salí por la puerta del despacho sin soltar una sola lágrima.

Desconcertado, fui directamente a casa a quejarme a mi padre. Estaba en la edad en la que los niños piensan que su padre es el ser más fuerte del mundo, el ser que los defiende y los protege cuando los pisotean. Mi trauma se debió precisamente a eso. Hasta entonces yo no conocía a mi padre, me lo imaginaba distinto de lo que era. Fueron precisos algunos años más para que comprendiera que su servil y cobarde comportamiento, que me produjo una decepción irreparable, no era debido solo a que fuera un blandengue.

Al día siguiente me acompañó al despacho del director. Si hubiera sabido que se iba a rebajar de aquel modo, no le habría contado nada. Habría aceptado que me pegaran diez veces al día con tal de no ver el miedo en los ojos de mi padre. La misma escena de bajeza se repetiría a menudo con algunas variantes, hasta que mi padre, que nunca me había puesto la mano encima, convirtió el pegarme en un hábito que ejercía con celo cada vez que Xhoda el Loco lo llamaba a la escuela para hacerle partícipe de mis travesuras. En el séptimo curso, Xhoda me calificó al fin de «incorregible», me llevé los sopapos antes mencionados y, según parece, continué siendo incorregible de por vida.

Pero volvamos al día en el que, tras haber sido golpeado por primera vez, hice el descubrimiento fatal: mi padre no era fuerte, mi padre era un cobarde, igual que los demás, como los maestros, como todos aquellos a los que la sola sombra de Xhoda les daba miedo. Tenía doce años y estaba en quinto de primaria. Hoy, treinta años después, debo decir que aquella tarde lloré tanto como en los treinta años siguientes. Y me escapé de casa. Me encontraron al día siguiente en Tirana durmiendo en un banco del parque que hay frente al hotel Dajti. Me moría de cansancio, de hambre y de miedo. Ignoraba que aquella inocente decepción sería la primera de una cadena de desengaños. Aunque ninguno lo viví con la misma intensidad dramática. Mi padre había muerto para mí, aquello no tenía remedio. Y puesto que Xhoda había destruido en mí la imagen de mi padre, a mi manera decidí vengarme.

Vivíamos entonces en el mismo piso de dos habitaciones y cocina-comedor en el que seguimos viviendo hoy. Tengo una hermana cinco años mayor que yo que nada tiene que ver con mi historia, la historia de la mediocridad de mi vida, podríamos decir. Porque mi vida ha sido mediocre, la vida de un hombre que nunca fue nadie y nunca hizo nada, una vida anónima disuelta en el anonimato de un barrio perdido de una pequeña ciudad perdida, aunque cercana a la capital. Mi hermana siempre estaba lejos de casa, interna en

la escuela de Pedagogía en el periodo al que me refiero, y después en una aldea del norte cuando comenzó su trabajo de maestra.

El bloque en el que vivo se encuentra cerca del centro de la pequeña ciudad. Frente a él, más allá del parque, junto a la plaza asfaltada, hay otro bloque, en cuya planta baja están las tiendas de alimentación, de telas, la sastrería y la modista y el club. El club le ha dado fama al bloque de enfrente y especialmente a la plaza. Se han producido allí espectaculares peleas entre individuos o entre grupos rivales que la pequeña ciudad no se tomaba en serio, bien porque la vida ciudadana resultaba inimaginable sin algo parecido o bien porque puede que las gentes se hubieran acostumbrado a ellas, como se acostumbrarían más adelante a las películas en la televisión. En aquel tiempo en la pequeña ciudad no había televisión. Pero no faltaba la crónica negra. La mayoría de la gente piensa que en su heterogeneidad desempeña un papel primordial el polvo. Cuando se une a los vapores del alcohol, pone fuera de sí a mis conciudadanos, dados a los placeres y muy celosos, dos rasgos que raramente pueden convivir en paz. Y en general son, además, obreros de fuertes brazos y potentes puños. ¿Acaso se necesita algún otro ingrediente para que esté servida la crónica negra? No obstante, pues nunca se recogió, los sociólogos en busca de información deben dirigirse a los órganos competentes, donde espero que no falte un inventario de las hazañas de la pequeña ciudad. Tal vez encuentren allí el expediente de un tal Thesar Lumi, que soy yo.

He dicho «tal vez». Puede parecer que me doy importancia al imaginar la existencia de un hipotético expediente mío. He sido y soy un hombre carente de interés y al hacer esa gratificante suposición no pretendo ofender a ninguno de aquellos que han tenido el honor de considerarse dignos de una valoración de ese calibre. Me conviene, en este caso, creer las voces que aseguran que, fueras o no fueras importante, bastaba con que proyectaras tu sombra sobre la tierra para que te abrieran el correspondiente expediente. De ser así sería feliz, pues, cuando yo pensaba que no existía a ojos del mundo, hubo otros que creyeron lo contrario. Les estoy verdaderamente agradecido.

Me agrada, pues, considerar que me hayan abierto un expediente. Ignoro lo que puede estar escrito en él y seguramente nunca lo sabré. Pero hay algo que sí puedo afirmar: faltan en él los verdaderos hechos que, de una u otra forma, puedan considerarse hechos delictivos. No pueden encontrarse en el expediente porque cuando los cometí era un niño. Los perpetré en un tiempo en el que, de repente, por razones incomprensibles, mi padre se sometió a Xhoda el Loco y desapareció a mis ojos. De modo que decidí vengarme.

En este punto, Vilma viene a introducirse en mi relato. Más exactamente, su recuerdo. Vilma ya no está. Desde hace tiempo.

En mi cerebro las épocas se confunden, y me resulta difícil determinar si, aun siendo niña, Vilma era la chica con la que no había muchacho que no soñara. Me resulta difícil determinar si ya en la niñez estaba destinada a convertirse en la manzana de la discordia de una pequeña ciudad pendenciera. Mi torpe mente a duras penas se abre paso entre las capas superpuestas de los años, ese velo brumoso más allá del cual se extiende el universo infantil, hasta que finalmente resurge Vilma ante mis ojos. Cuando la conocí no era más que un niño que se tenía por un hombre, porque en la pequeña ciudad los niños se hacían hombres con rapidez.

Consigo verla a través de esa bruma. Ahí está, detrás de la verja de hierro. Se colocaba siempre tras la verja, para ver pasar a los transeúntes por la calle. Hoy, sin embargo, detrás de esa misma verja, del mismo color que entonces, negra, los paseantes verán sentado en el banco, con angustiosa mirada de demente, a Xhoda el Loco. Permanece allí como un perro guardián. Su locura deriva de creer que Vilma sigue dentro, por eso se mantiene presto con la barra de hierro al acecho de los indeseables. El desgraciado no llegó a saber que Vilma era intocable. Ignoraba que, cuando se trataba de Vilma, su temida sombra no era capaz de hacer retroceder a nadie. Era otro el que velaba por Vilma, y pobre del que se atreviera a tocarle ni un pelo. Ni rodeando la casa con cien perros, ni escoltándola cien criados, hubiera protegido nadie mejor a su hija que Fag.

¡Cuánto lo siento! ¡Es para volverse loco! Intento hablar de Vilma y se me aparece Fag. Quiero recordar sus ojos claros, de un azul de mar profundo, y se me representan unos ojos negros siempre airados. Apenas atravieso la espesa niebla en busca de aquel rostro sereno e inteligente cuando surge la eternamente ceñuda cara de Fag. Hasta el fin de mis días, ambos rostros vendrán a mí como complemento el uno del otro. Apenas se me presenta uno, llega el otro a desplazarlo. Están también los momentos de esa pesadilla aterradora en que se me aparece en sueños la imagen deforme de dos rostros superpuestos. Una Vilmafag o un Fagovilma. Todo aparece desfigurado, incoloro. Todo destruido, inexpresivo. Ni la descomposición de la muerte deformaría de peor manera una cara. Si bien rara vez, esa imagen también viene a perturbarme en sueños, como para recordarme que no se me borrará jamás. Me despierto bañado en sudor, con el corazón a punto de salirseme del pecho. Después, presa de la pesadilla, paso el día enfermo en el club. Al acabar el primer doble de coñac algo comienza a activarse. El coñac debe de actuar como un lubricante que, a través de los vasos sanguíneos, consigue penetrar en el cerebro, engrasando mi oxidada red subcortical. Entonces, algo se activa.

Tras la primera copa comienza el desplazamiento. Comienza igualmente mi dolorosa liberación. Pero aún es pronto. El desplazamiento se atasca. Casi toda la boca de Vilma, con los labios cerrados, sigue incrustada en la moldura de los dientes de Fag. La nariz apenas se ha deslizado, al igual que los ojos y el contorno de la cara. Sé por experiencia que después de la segunda copa ambos rostros se superponen a medias, más exactamente, la mitad del rostro de Fag cubre la mitad del de Vilma y quedan libres las otras dos mitades. Entonces me apresuro, la imagen me resulta insoportable. Al tercer doble de coñac, las caras apenas se tocan y al cuarto se separan y se mantienen cada una en su sitio. Será necesaria una quinta copa para que el hosco semblante de Fag desaparezca y me quede, por fin, a solas con Vilma.

Mira dónde está, detrás de la verja. Lleva el vestido blanco ajustado con un lazo. Sus largos tirabuzones, que le caen sobre los hombros, lanzan destellos. Son rubios, por eso al sol y desde lejos parecen el vellocino de oro. Estoy seguro de que aquel vestido estaba cortado de una pieza de tela de un traje de novia. Pero el plan que maquiné para vengarme de Xhoda no consistía en raptarla para hacerla mi novia, aunque vestida así lo pareciera. La acechaba con los ojos de un mentecato con designios homicidas. Qué designios eran estos lo diré después. Antes quiero dejar sentada una verdad que, en mi pequeña ciudad, conocían todos los chicos de mi generación, la recua de entre doce y trece años: Vilma era la elegida de Fag. Como tal, se hallaba bajo la vigilante protección de su pandilla, de la que formaban parte todos los tipos más gallitos de la escuela. Lo que también sabía la propia Vilma. Ella tenía los mismos años que yo, doce. Fag era un año mayor, tenía trece.

No sabría decir lo que pensaba Vilma del estatus que le habían adjudicado los demás. Tampoco me preocupaba lo más mínimo. Era una convención que aceptaba como se acepta a una edad más temprana el juego de los papás y las mamás, en el que a todo niño-hombre le correspondía una niña-mujer. En lo que a mí respecta, me había retirado de tales juegos, que entonces consideraba estupideces indignas de un muchacho, que se rebajaba yendo con chicas.

Si a Fag le gustaba continuar jugando con Vilma a aquel ridículo juego de los papás y las mamás, allá él. En mi opinión, suponía un indicio comprometedor y me sorprendía cómo aquella pandilla de camorristas se tragaba y aceptaba el liderato de Fag. Dicho en otras palabras, Vilma no hubiera entrado en mi vida con aquella intensidad y de aquel modo si no hubiera germinado en mi cabeza la idea de vengarme de Xhoda.

A menudo intento convencerme de que todo fue un juego del azar, de la fatalidad. Ahora bien, por desgracia, como toda mi generación, he crecido sin sentimientos religiosos. He oído decir que un buen creyente se consuela y encuentra la paz de espíritu invocando: «Así estaba escrito». Un buen creyente cree en la predestinación. Pero yo, que no creo en nada, ¿con qué voy a consolarme? Yo no creo que los malvados de este mundo vayan a expiar sus pecados en el fuego de ningún infierno, tampoco creo que los buenos vayan a ser recompensados en el paraíso. Sin embargo quiero creer que existe un juicio final. He concebido esta esperanza como una idea nebulosa, de lo contrario en la infinita banalidad de mi existencia no quedaría ningún hilo que me atara a la vida.

Enseguida comprendí que vengarme de Xhoda no resultaría fácil. En un principio decidí romperle los cristales de las ventanas de su casa, una villa un poco apartada del centro, rodeada de una alta verja de hierro cargada de plantas trepadoras con flores. Lindaba con una calle estrecha desde donde podía hacer pedazos los cristales de las ventanas. Pero renuncié porque, dado el movimiento que había durante el día, era imposible pasar desapercibido. Y de noche tenía miedo a los perros, cuyas jaurías de chuchos callejeros vagaban al oscurecer por la pequeña ciudad. También renuncié a la variante de introducir una serpiente en el cajón de la mesa del director. Y no porque fuera difícil conseguir una serpiente, los gitanos de la ribera del río me proporcionarían cuantas quisiera. Juzgué imposible introducirme en el despacho del director y aún más imposible conseguir abrir el cajón de su mesa. Se conocían tres intentonas de hacerlo, todas fallidas. Debía, pues, aguzar el ingenio para hallar otro modo de venganza. Y lo encontré.

La idea surgió casualmente. Un día, en el patio de atrás de la escuela, donde se reunía la pandilla de Fag, presencié una escena que, de verdad, no tenía nada de excepcional. Fag zurraba a un niño del barrio ribereño, mientras sus compinches permanecían cruzados de brazos. La escena era seguida de lejos por otros muchos niños. Todo se desarrollaba en silencio. Sin quejarse, el gitano aguantó la zurra hasta que Fag se cansó y le dejó, sin olvidar la patada en el culo. Era impensable que alguien saliera en defensa del gitano. Se trataba un chaval bajito y escuálido, de los pocos del barrio ribereño que asistían regularmente a la escuela. Se llamaba Sherif. Estaba en quinto A y yo en quinto C. Sabía algo más de él, lo que momentos más tarde adquiriría especial importancia. Su padre, un gitano de baja estatura y tan descarnado como el hijo, en distintas épocas del año era el encargado de exterminar a los perros. Se decía que, de no eliminarlos, se corría el peligro de que ellos arrasaran la pequeña ciudad. Con tal propósito utilizaba trozos de hígado de vaca envenenados, de efecto letal inmediato.

Sonó la campana y con ella el final del recreo largo. El patio de atrás confluyó en el patio de delante. Sherif se quedó en un rincón. No sé lo que me impulsó a dirigirle la palabra, si la lástima que me daba o el desprecio que sentía hacia Fag. Porque yo despreciaba a Fag. Era un fanfarrón y un canalla. Entonces supe algo que me alertó: Fag le había pegado a Sherif porque este un día antes había molestado a Vilma en clase y esta se había quejado a Fag. «Cabrita», me dije, «hija de cabrón». Cabritos los tres: su padre el verdugo, ella y el golfo que se rebaja y se convierte en un instrumento en manos de una llorona quejica. No hube de esforzarme mucho para convertir a Sherif en cómplice de mis actos.

Ideé mi propio juego con una hipocresía sin parangón.

He dicho hipocresía. Pero en aquella época no conocía el significado de esa palabra. Sin embargo, a aquella edad, la hipocresía ya me había sido inyectada en vena. Si alguien me hubiera explicado lo que quería decir, quizás no hubiera actuado de aquel modo. Pero nadie me lo explicó. En la escuela, ya desde el primer curso, nos daban clase de educación moral. No recuerdo que ningún maestro nos hubiera descubierto lo que era la

hipocresía. Recuerdo, sin embargo, otra cosa: que se comportaban de manera distinta en presencia que en ausencia del director. Con frecuencia se la pegaban y le engañaban ante nuestras propias narices, pero nosotros guardábamos silencio. A Xhoda le teníamos miedo y lo aborrecíamos. Mas, desde esa perspectiva, tampoco Xhoda se diferenciaba demasiado de los maestros. Había observado que, cuando venía un inspector, el director no se comportaba como de costumbre, se volvía afable y educado, engañaba y se la pegaba al inspector casi del mismo modo que le engañaban y se la pegaban a él los profesores. Todo iba sobre ruedas. Creíamos convencidos de que éramos los niños más felices del mundo. Eso era, al menos, lo que decían las canciones que aprendíamos.

No obstante, yo tenía mis razones para poner en duda que fuéramos realmente los niños más felices del mundo. Ignoro lo que ocurría en otras casas, pero en la mía asistí a escenas entre mis padres tan frecuentes como tempestuosas que me producían escalofríos. Para evitar cualquier malentendido, he de señalar que mi padre no tenía ningún vicio. Nunca supo lo que era el alcohol, ni el tabaco, y hasta estoy seguro de que tampoco fue alguien a quien le atrajeran las mujeres. Además, mi madre siempre le ha dominado. Era economista, jefe de contabilidad, y mi madre, modista. Trataban de no reñir en mi presencia, me daba cuenta. Pero no siempre lo conseguían. Me sorprendía que en la mayor parte de las ocasiones la discusión comenzara por nimiedades. Con mis compañeros yo no reñiría por pequeñeces así. En todo caso, la tormenta acababa estallando, un vendaval de acusaciones y recriminaciones. El primero en cansarse era mi padre. A continuación, maldiciendo, al quedarse sin adversario, cerraba la boca mi madre también. Entonces, en la tensa calma que invadía el comedor, oía suspirar a mi padre: «¡Dios, que vida de perro!». Y yo deducía que las personas no podían ser a la vez las más felices del mundo, como se decía en las canciones que nos enseñaban, y llevar una vida de perro, como manifestaba mi padre. Pero esta reflexión se embrollaba y se transformaba después, por otra razón, en un enigma. Guarda relación con la capacidad interpretativa de mis padres. Me cuesta mucho decirlo, pero es verdad. Mis padres eran unos actores.

En nuestro bloque vivía un tal Hulusi. Ya ha muerto. Era un canijo y frecuentaba nuestra casa. Recuerdo que comía sin tino y podía vaciar una botella de raki de una sentada. Por la forma en la que hablaban mis padres de él llegué a la conclusión de que a la primera oportunidad lo agarrarían del cuello y lo tirarían por la ventana. Así se lo había oído decir a mi padre. Mas la anhelada escena –que me creía porque mi padre, que doblaba el tamaño de Hulusi, bien hubiera podido tirarle por la ventana– desgraciadamente nunca se produjo. Muy al contrario, cuando esperaba que mi padre agarrara a Hulusi del cuello en cuanto apareciera por la puerta, mi padre sonreía y mi madre lo mismo. Hulusi se hartaba de raki y se marchaba cuando le venía en gana. En cuanto se largaba, las sonrientes máscaras desaparecían al instante de la cara de mis padres. Mi padre se metía las manos en los bolsillos y comenzaba a dar frenéticas vueltas por el comedor. Mi madre guardaba un adusto silencio. Y mira tú por dónde, aquel hombre tan despreciable, Hulusi, resultó ser el ángel benefactor de nuestra familia. Sin su ayuda, mi hermana no hubiera podido acceder a la escuela de Pedagogía, ni yo, más

tarde, hubiera tenido ninguna oportunidad de ir a la universidad. Pero estas cosas entonces no las sabía. No sabía que nuestro vecino Hulusi, que vivía en la planta de arriba, era la persona más importante de la pequeña ciudad. Ignoraba que, para conseguir la protección del ángel benefactor, mis padres pagaban un tributo permanente: el menoscabo de su dignidad. Ignoraba también un montón de otras cosas que la vida me fue enseñando una por una. Mi cerebro encontraba entonces una fácil, cómoda y, hasta podríamos decir, conformista solución para los grandes dilemas: todos eran actores, incluidos los maestros y los padres. Actores que se ponían y se quitaban las máscaras. Por imitación, también yo, al igual que los mayores, debía confeccionar mis propias máscaras. Esta fue la resolución definitiva que mi cerebro le dio al enigma. Y por lo que respecta al dilema de si éramos o no los niños más felices del mundo, hallé una solución que podría ser calificada de original. Lo éramos y no lo éramos. Como los perros de la pequeña ciudad. A mi entender, los chuchos callejeros no debían de ser felices. Recibían palos dondequiera que se metiesen, sin contar el hígado envenenado del padre de Sherif. Por el contrario, los perros domésticos –en general los que habitaban viviendas privadas tenían perro– y, sobre todo, los cachorros debían de pertenecer a la raza de los felices. También Vilma tenía un cachorro. Blanco, con el pelo rizado.

Vilma era la niña de los ojos de Xhoda. El cachorro era la niña de los ojos de Vilma. Decidí envenenar al cachorro de Vilma.

Al cachorro blanco de Vilma lo envenené para vengarme. Mi acción no tuvo otro sentido. Como niño que era, no me consideraba diferente al resto de los niños, según la interpretación que un chiquillo de doce años puede darle a la igualdad social.

Está fuera de toda duda que en aquella etapa yo no tenía ningún complejo, no me incluía en la categoría de los chuchos callejeros, ni en la especie, por tanto, de los desafortunados; tampoco incluía a Vilma en la categoría de los cachorros, ni en la especie, pues, de los felices. Que Vilma y yo pertenecíamos a especies distintas lo comprendería más tarde. Supuso para mí el segundo de los traumas. Pero me hallaba entonces bajo el influjo del primero, el que siguió a los golpes, cuando mi padre desapareció a mis ojos. Por ello debía pagar el cachorro de Vilma. Que Vilma lo llorara día y noche. Que Xhoda reventara de rabia.

Era un cachorro precioso. Como todos los cachorros, venía a ladrar a las rejas de la verja, por donde sacaba el morro cada vez que alguien pasaba cerca. También me ladró a mí. Era una tarde cálida y Vilma estaba sentada en una sillita cerca de las escaleras, concentrada en la lectura de un libro. Por eso no alzó la cabeza a los primeros ladridos. Ahora bien, yo no me moví del sitio y el cachorro, que la había tomado conmigo, alborotaba al barrio entero. Algo que yo había previsto. Incómoda, Vilma alzó finalmente la cabeza. Sus ojos se clavaron en los míos. Mis ojos se clavaron en los suyos. Eran tan claros como el agua del mar. Nos conocíamos, pero nunca habíamos hablado. Siempre habíamos estado en clases paralelas. Y a decir verdad, en esos momentos me importaba bastante poco hablar con Vilma.

Al principio frunció el ceño molesta, y desde lejos gritó algo como «Max, revoltoso, ven inmediatamente». Después, al ver que Max no tenía la menor intención de obedecerla, se levantó, dejó el libro sobre la silla y se acercó a nosotros casi a la carrera. Quedé como alelado. Max solo se tranquilizó cuando su dueña lo cogió en brazos. Ruborizado, ensayé algo parecido a una sonrisa. Le dije que tenía un cachorro precioso. «No lo digas muy alto», respondió Vilma, «se envalentona con los cumplidos y de contento que se pone es capaz de clavarle los dientes a cualquiera que pase por delante de casa».

De pronto salí corriendo. Vilma quedó tras la verja con Max. Muchos años más tarde, al evocar esta escena jamás olvidada, ella me explicaría lo chocante que le pareció mi actitud: «Me miraste y me clavaste los ojos de una manera... Después yo salía a la escalera con Max y hacía como que leía. Pero realmente estaba esperando a que tú

volvieras a pasar y me miraras de aquella forma tan extraña. Ningún muchacho me había mirado así y yo no comprendía lo que significaba el ansia de aquella espera. La impresión que tenía de que volverías a pasar algún día ante mi verja no se borró jamás, incluso cuando estabas en la universidad y en la pequeña ciudad se rumoreaba que estabas liado con una viuda. Pero tú no volviste a aparecer. Y yo te esperaba, a pesar de que me envenenaste a Max. Lloré como si se me hubiera muerto alguien cercano. Pero te seguía esperando. Segura de que no volverías a aparecer...».

Desde el momento en que me alejé a todo correr, también yo estaba seguro de que no volvería a pasar por allí. Cuando Vilma alzó a Max en brazos y comenzó a hablar conmigo, supe que si me quedaba allí un instante más no ejecutaría mi venganza. No sé cómo explicarlo, pero sentí que si permanecía un poco más junto a Vilma, si oía su voz, si la miraba a los ojos, si contemplaba cómo acariciaba el hocico del cachorro, no podría envenenar a Max. Y si no envenenaba a Max, Vilma no lloraría. Y si no lloraba Vilma, Xhoda no reventaría de rabia.

Max tuvo un doloroso final. Antes de cometer la fechoría, Sherif me pidió que averiguara cuál era la comida que más le gustaba. Después de múltiples peripecias, a través de un niño que frecuentaba la casa de Vilma –eran primos– supe que la comida preferida de Max era el hígado de cordero cocido. Lo conseguí. A escondidas de su padre, Sherif lo coció con el veneno de los hígados destinados a los chuchos callejeros. Matamos a Max una tarde en la que Vilma, como de costumbre, lo había sacado de paseo a los confines de la pequeña ciudad, donde comenzaban los sembrados. Sherif me contó que todo había resultado fácil, que lo hizo mientras Vilma charlaba con una compañera. Max había muerto de inmediato. Después todo se precipitó de la manera más demencial.

Al día siguiente por la tarde Sherif vino a mi casa. Nunca había estado en ella y, en cuanto le vi apoyado en la barandilla de la escalera, me imaginé que algo había ocurrido. Ya me había inquietado el hecho de que aquel día Sherif no se hubiera presentado en la escuela. Parecía tener miedo y me rogó que saliera para que habláramos en otra parte, donde no nos viera ni nos oyera nadie. No me negué. La oscuridad nos ayudó a alejarnos a escondidas del centro de la pequeña ciudad. Sin dejarnos ver nos acercamos al barrio de la ribera del río y nos sentamos detrás de un zarzal. Sherif temblaba, después comenzó a llorar, hasta que me enteré de cómo estaban las cosas. En cuanto se supo la muerte de Max, fue como si se declarase el estado de excepción en la pequeña ciudad. Cerca de la hora de comer –me aclaró Sherif– vino a mi casa el director. Acompañado de dos policías. Preguntaron por mi padre. No sé de lo que hablaron fuera, pero mi padre entró en casa muy nervioso y me echó las manos al cuello. «Te estrangularé con mis propias manos, si eres tú quien lo ha hecho», me dijo.

Pobre Sherif, se moría de miedo. Estaba seguro de que su padre lo estrangularía de verdad. Pero ese temor no fue nada comparado con otro mucho más pavoroso. Al no presentarse en la escuela, Fag y su pandilla lograron encontrarle a orillas del río. Todas las sospechas recaían sobre él. Le habían pegado y amenazado con matarle si no decía la

verdad. Sherif lo había negado todo. Era precisamente eso, su negativa, lo que hacía más desesperada su situación. No le creían ni su padre ni Fag. Por fin, con lágrimas en los ojos, me besó la mano –no se me va de la cabeza el modo en que se inclinó y me besó la mano– y me rogó que le salvara. De lo contrario, no tendría más remedio que tirarse al río.

No necesité pensarlo mucho para tomar una decisión. Sherif se moría de miedo. Yo, que era el inductor del juego, tenía que hacer algo. Y ese algo suponía cargar con la culpa. Y cargué con ella. Y no porque temiera que se tirara al río, que bien podía hacerlo en aquellas circunstancias. Decidí asumir la autoría del delito porque me sentía capaz de soportar, incluso, los suplicios del infierno, pero de ninguna manera su apestoso besamanos. Si no asumía yo la culpa, Sherif vendría cada día a besarme la mano como un perro apaleado.

Reconocí mi culpa ante Fag. De ese modo la noticia llegaría de inmediato donde debía llegar y yo tendría tiempo de prepararme para lo que me esperaba. Fag abrió mucho los ojos ante la más increíble de las inculpaciones que había oído nunca. Solo me creyó cuando le expliqué que había dado muerte al perro para vengarme de Xhoda. Todos sabían que Xhoda me machacaba desde hacía tiempo. Por ello mi venganza era considerada legítima, incluso bajo aquella forma. Fag no podía, por tanto, tocarme siquiera sin buscarse problemas. Ninguno de los camorristas de su pandilla le perdonaría que, por culpa de Vilma, se atreviera a maltratarme.

Así fue. Fag era entonces más alto que yo y, sin duda, más fuerte. Furioso, se rio sarcásticamente. Y se marchó. A partir de aquel día mi vida se volvió insoportable. En la pequeña ciudad comenzaron a mirarme como si fuera un criminal. En la escuela, ante los alumnos formados en el patio grande, mi gesto fue calificado como la canallada más inaudita cometida en la pequeña ciudad. Me redujeron la nota en comportamiento y me expulsaron tres días de la escuela. Al contrario de lo que yo había previsto, los primeros palos por esta hazaña no me los propinó Xhoda, que ni siquiera se dignó llamarme a su despacho, sino mi padre. Nunca me había pegado. Me pegó en cuanto volvió de la comisaría de policía, a donde le habían llamado para pedirle explicaciones por mi conducta. Según supe, fue allí donde le pagó como indemnización a Xhoda una pequeña suma de dinero, en torno a los tres o cuatro mil leks. Hoy es el día en que aún no estoy seguro de si mi padre me castigó por mi acción, por el dinero que hubo de pagar o por el miedo que se le metió en el cuerpo cuando le llamó la policía.

Sea como fuere, desde entonces mi padre adoptó esa costumbre, y como él aprendió a pegarme yo también aprendí a ser golpeado. Y cuando alguien se acostumbra a los palos, deja de importarle todo.

Marzo de 1991

«¡Pobre miserable!», me dije cuando le di la espalda a Xhoda y lo dejé a la puerta del cementerio con la barra de hierro en la mano. «¡No me faltaba más que eso, llegar a viejo contigo!» Y pensé que uno de los dos había sido engendrado para torturar al otro. Mientras caminaba por la calle polvorienta, traté de dilucidar si era yo el predestinado por la providencia a convertirme en la maldición de Xhoda en sus días de locura, o si era su locura la determinada a recordarme en todo momento que jamás encontraría la paz.

Me entraron ganas de llorar. Lo que revela que los ojos inyectados en sangre de Xhoda me quitaron la borrachera. El cielo mugriento, como una sábana sucia, me recordó a los huidos por mar. Y de repente, me pareció estar oliendo orina. ¿El pis del hijo de Dori? Tal vez el olor de mis propias lágrimas. Lloraba. Señal evidente de que se me había pasado la borrachera. Quizás llorara por los huidos por mar. Y volví al club. Entre tanto, para mi desgracia, el coñac se había acabado. No me quedaba otra opción que el puesto de kebab La Ribera. Lo encontré cerrado, aquel día no había abierto. Puede que al exjefe de brigada de la cementera, Arsen Mjalti, le fuera tan bien que, al contrario de tantos de sus colegas, se permitiera el lujo de descansar el domingo.

A pesar de la cantidad de coñac que había ingerido, la pequeña ciudad parecía seguir durmiendo el sueño de la muerte. Me volvieron a entrar ganas de ponerme a gritar en pleno centro: «¡Honrados conciudadanos, despertad! De hoy en adelante sois ciudadanos libres, podréis ir donde queráis y cuando queráis. La tan ansiada libertad ha llegado y ahora podéis huir por tierra, mar y aire. Nadie os llamará traidores, nadie os calificará de *hooligan*. La justicia social ha triunfado».

Ni grité ni fui al centro. Ya no sentía deseos de llorar, lo que significaba que me había emborrachado de nuevo sin probar la bebida. Entonces vi a Xhoda el Loco atravesando la pequeña ciudad. Le seguí. Hasta cerca de su casa. Se metió dentro, engullido por la negra boca de la entrada. Por un instante –quizás se me apareció– tuve la impresión de que por aquella boca negra salía ladrando un abejorro blanco. Se me cortó la respiración, oculté la cara entre las manos. Había matado a Max hacía treinta años, no podía ser él. Apoyé la cabeza en el tronco de un pino cercano y me invadieron las náuseas. Como si acabara de tragar un pedazo de hígado envenenado. Vomité. Cuando alcé la cabeza, a través de las pestañas mojadas, vi a Xhoda el Loco sentado en una silla en lo alto de las escaleras con la barra de hierro en la mano. Vete, miserable –quise gritarle–, esfinge trágica. ¿A quién guardas?

El pino era treinta años más joven. Y yo tan delgado que me podía esconder detrás de su tronco. Vilma estaba sentada en su silla y leía un libro. La observé durante más de una hora, pero ella no levantó la cabeza ni una sola vez. Esta vez Max no podía llegar corriendo a ladrar desde la verja. Lo había matado. Me mantuve oculto tras el tronco del pino, convencido de que Vilma sabía que estaba allí. Finalmente, en un momento de despiste, sentí caer algo junto a mis pies. Lo cogí. Era una piedra envuelta en un papel. «¿Te arrepientes de lo que has hecho, es eso lo que quieres decirme? Es inútil. Hace cinco días que vienes a esconderte detrás del pino, como un ladrón. Incluso si de verdad te has arrepentido, no te perdono. ¿Por qué le hiciste eso a Max? ¡Oh, Señor!, ¿qué te había hecho? ¡Si supieras cuánto te odio!»

Cuando alcé la cabeza, la silla donde se sentaba Vilma estaba vacía. Esta es la última imagen que estoy en condiciones de reproducir de los años de la niñez. Todo lo demás se ha borrado. Solo ha quedado la silla vacía para recordarme que mi vida sería lo mismo, vacía. No sentí arrepentimiento por mi acción. Cuando leí la nota de Vilma no comprendí por qué pensaba algo semejante. Mi deseo de contemplar, oculto tras el tronco del pino, la mata de oro de sus cabellos, no guardaba relación con arrepentimiento alguno. Pero, puesto que Vilma me manifestaba su odio, no me quedaba otro remedio que irme para no volver jamás. La contención del deseo de contemplar a escondidas, detrás del pino, su melena dorada se convirtió en sufrimiento y fue en esa circunstancia cuando apareció en mi vida el complejo de inferioridad. Traspasé el umbral de la niñez precisamente haciendo ese descubrimiento: existía un sentimiento al que la gente llamaba inferioridad.

Ocurrió una de aquellas noches, cuando el presidente del consejo de la pequeña ciudad, Hulusi, ahíto de raki, a trompicones y trabándosele la lengua, se levantó para ir a dormirla un piso más arriba, mientras en nuestra casa, aparte de los vapores del alcohol y el desorden de la mesa, dejaba a mis padres al borde del ataque de nervios. Con mi visión actual, puedo afirmar que cuanto tenía lugar en tales ocasiones ante mis ojos resultaba tragicómico. Llegaba incluso a divertirme con las trifulcas de mis padres. Pero lo de aquella noche fue una locura. Por primera y última vez, y por razones solo por él sabidas, mi padre acompañó a Hulusi en cada copa. Recuerdo a mi madre inquieta, entrando y saliendo de la cocina-comedor, mientras los dos hombres se emborrachaban. A diferencia de Hulusi, que hablaba sin parar, mi padre le escuchaba en silencio o quizás ni le escuchaba. Cuando el otro se marchó y mi madre cerró la puerta, mi padre hizo un gesto obsceno con la mano, cuyo significado, como hijo del extrarradio, conocía

sobradamente. No viene al caso explicarlo. Tras hacer aquel gesto le entró el hipo y se metió en el comedor, donde pronunció, poco más o menos, el siguiente discurso: «Si tu hermano no fuera un granuja, a mí no me amargaría la existencia otro granuja. Pero tu hermano, granuja donde los haya, me hizo una buena jugada, de la que no sé cómo librarme. ¿Sabes a qué buena jugada me refiero?».

Mi madre lanzó un grito. Lo que le bastó a mi padre para que se le pasara la borrachera. Tras el grito, mi madre salió corriendo de la cocina-comedor y se encerró en el dormitorio. Mi padre se quedó como un tronco hendido por el rayo. En el diván del rincón donde me encontraba, no sabía qué hacer. Su excitación nerviosa había alcanzado un grado tal que mi presencia resultaba insignificante para ejercer un efecto sedante. Mi padre se tapó la cara con las manos. Se acercó a la mesa, se dejó caer sobre una silla y entonces, sintiendo que se me hacía un nudo en la garganta, vi a mi padre estallar en sollozos. Su corpachón, apoyado en la mesa, temblaba, y la mesa entera

también, incluso parecía que retemblaran las paredes. Vacilaba entre el deseo de desaparecer y el miedo a que mi padre alzara la cabeza y me viera allí. Al final, de puntillas, ahogado en llanto, salí a hurtadillas del comedor. Y sin hacer ruido me encerré en mi dormitorio. Allí me deshice en lágrimas. No había entendido una palabra del discurso de mi padre, y mi madre no había hecho más que lanzar un grito. No obstante, la escena de aquella noche, al contrario de las escenas de otras veces, escondía algo grave. No quise, sin embargo, profundizar en el significado de las palabras de mi padre. Ni en el del grito de mi madre. A mi entender, no está bien inmiscuirse en la vida íntima de los padres. Recuerdo que, mientras me apoyaba en la puerta del dormitorio, conmovido por los sollozos de mi padre, oí su voz en el pasillo. Agucé el oído. Mi padre le rogaba a mi madre que le perdonara. En voz baja, suspirando, le juraba que no se repetiría lo que había pasado y que era la primera y última vez que bebía. Como mi madre no le respondía, se callaba un momento y volvía a repetir sus juramentos desde el principio. No sabría decir qué sentía en aquel momento por él, si pena o aversión. Mi madre no le abrió la puerta. Aquella noche durmió en el comedor y oí sus ronquidos durante largo rato. Mientras oía sus ronquidos, trataba de convencerme de que en aquel caso mi madre no tenía ningún motivo para permanecer despierta.

Debí de dormirme cerca del amanecer. Cuando desperté, el sol inundaba la habitación. Lo que significaba que aquel día me saltaba la escuela, pues mis padres me habían dejado dormir. Todavía estaba bajo el influjo de la escena de la noche anterior. Para mi sorpresa, también mis padres se habían saltado el trabajo: los encontré en la cocina, uno frente a otro, tomando café. El diablo sabe la rabia que me entró cuando los vi a los dos sorbiendo tranquilamente el café, como si la noche anterior no hubiera ocurrido nada entre ellos. Sus mimos me irritaban, como le irrita a un animal encerrado en una jaula que le pinchen. Cuanto más cariñosos se mostraban conmigo, más coraje me entraba. Me entraban ganas de gritar, de romper algo, de lanzar los insultos más groseros, de escupir, de hacer muecas, de sacar la lengua; en una palabra, de utilizar el arsenal de todos los comportamientos prohibidos. Y ellos eran tan ingenuos que no se daban cuenta de nada. O yo no les daba motivos para que pensarán mal. Solo les hice una pregunta.

Quería saber quién demonios era aquel hermano de mi madre. Hasta ese día no sabía que mi madre tuviera un hermano, ignoraba que yo tuviera un tío materno.

A mi madre se le cayó la taza de la mano. Mi padre palideció. Fue así, finalmente, como me enteré, a tan temprana edad, que pertenecía a la raza inferior o, como yo mismo me lo representaba entonces, a la categoría de los chuchos callejeros, aquellos perros pordioseros a los que echan a patadas de todas partes. Pálido como un muerto, mi padre me explicó en dos palabras que, efectivamente, tenía un tío materno. «Algunos meses después de nacer tú», me aclaró, «tu tío, que estaba haciendo el servicio militar en un puesto fronterizo, se pasó al otro lado con dos compañeros. Es un fugitivo, un enemigo, la vergüenza de nuestra familia. Para todos nosotros y, por tanto, para ti, no existe. Y debes odiarlo».

Así acabó la explicación de mi padre, con la imposición de que odiara a un hombre que hasta ese momento no sabía que existiera. Pero a ese respecto, para que yo odiara a aquel hombre, pese a ser hermano de mi madre y tío mío, mi padre no tendría necesidad de insistir demasiado. En nuestro imaginario infantil, el fugado era un ser monstruoso. Conocía a un niño de mi pequeña ciudad con un hermano fugado. Se llamaba Rik. Los demás niños le evitaban, nadie quería estar con él, como si padeciera una enfermedad infecciosa y temieran que se la pudiese pegar. Yo hacía como los demás, le evitaba. Incluso la casa de Rik, un edificio de una sola planta cubierto de tejas en un confín de la pequeña ciudad, estaba aislada, lejos de los caminos, en pleno campo. Un horrible misterio envolvía aquel edificio, en el que no entraba ni salía nadie, y que quizás por ese motivo nos parecía un panteón. Por eso mi padre no necesitaba insistir demasiado para que yo odiara a un desconocido. Bastaba la palabra «fugado».

No es fácil que mis padres comprendieran el efecto que me causó ese descubrimiento. Lo único cierto es que, en ese momento, yo me puse a pensar en Vilma. Era imposible que mis padres relacionaran mi palidez con la imagen de Vilma. Fue entonces cuando me dije que no podía seguir yendo a contemplar, escondido detrás del pino, el fulgor dorado de sus cabellos. Tenía un tío materno fugado y, como tal, me juzgaba a mí mismo indigno de obtener la simpatía de Vilma. Pero aquello ni se les pasaba por la cabeza a mis padres. Al contrario, mi padre se cuidó de darme una orden categórica: sobre tu tío, en ningún sitio, a nadie, nunca, ni una palabra. Me lo dijo mirándome fijamente a los ojos. Mientras me mantenía clavado con aquella hipnótica mirada, se me apareció la casa de Rik, inmersa en la soledad. Me imaginé también al propio Rik, siempre acobardado y huidizo como una sombra. Si desde una perspectiva meramente religiosa mis padres han pecado alguna vez contra mí, lo hicieron ese día. Y por partida doble. Me pidieron que odiara a un desconocido, pese a que fuera mi tío. Que lo odiara de forma silenciosa y en secreto. De ese modo, también yo fui empujado a la senda del pecado, en el sentido religioso del término. Unos días antes había liquidado a Max. Pero ese crimen infantil no pesaba sobre mi conciencia. Tuve la valentía de reconocerlo con todas sus consecuencias. En ese sentido digo que la muerte de Max no puede considerarse un pecado y, puesto que hasta aquel día no había cometido ningún otro, no podía ser aquel mi primer pecado. Solo me considero pecador a partir del momento en el que mi padre

me exigió que odiara a un desconocido. Como es natural, yo no podía odiar a un fantasma. Ni abierta ni secretamente. Me introduje en el camino de la depravación espiritual, es decir, del pecado permanente, cuando advertí que guardaba en mi interior un secreto abrasador, pavoroso, peligroso. Me di perfecta cuenta de que aquel secreto también lo guardaban rigurosamente mis padres. Se habían establecido en la pequeña ciudad poco después de la fuga del famoso tío rompebiografías. Con la esperanza de eludir la mancha cancerígena. No sé cómo, pero lo habían conseguido.

Desde entonces el mundo se desplegaba ante mí en dos colores: blanco y negro. Lo formaban dos comunidades: la de los blancos (Wilma) y la de los negros (yo). A partir de aquel día yo vivía como un iluso en el universo de la comunidad de los blancos, cuando sabía bien que la comunidad a la que pertenecía era la de los negros. Comenzó entonces mi doble vida, con un perpetuo complejo de culpa. Y el sueño que comenzó a cuajar en mi interior, como vía de escape, fue el de la fuga. Pero no de la fuga física, cuyo efecto ya había conocido. Me fugué a mi interior, a los territorios de la soledad. No existe fuga más amarga, pero tampoco más segura. En adelante, mi vida rodó hacia la polvorienta banalidad de la pequeña ciudad, una adormecedora monotonía rota unas veces por los azotes de Xhoda en la escuela, otras por los azotes de mi padre en casa y otras por las tundas de ambos. Pero hasta los azotes tuvieron su final, un final al que no logro poner fecha. Si bien recuerdo los primeros azotes que recibí, respectivamente, de Xhoda y de papá, no sabría decir de cuál de ellos me gané los últimos. Es comprensible: a diferencia del primer castigo físico, el último no debía tener importancia, puesto que no me ha dejado huella. Ya formaba parte de la rutina cotidiana. Y se borró sin darme cuenta. Algo puedo, no obstante, asegurar. Coincide con el inicio de aquel periodo de mi vida en el que Wilma casi desaparece, como desaparecen Fag, Xhoda, mis padres y la entera pequeña ciudad. Ese periodo se me ha borrado de la mente como se me han borrado los últimos azotes, sin dejar señal. Por motivos fáciles de adivinar, no seguí mis estudios de secundaria en mi localidad. De ese modo, la posibilidad de que estallara la bomba de relojería biográfica, haciendo volar con ella todo mi futuro, era menor. Lejos de la pequeña ciudad, lejos de las personas que me conocían, lejos de aquellos para los que podía ser un competidor. Este principio, seguido primero con mi hermana, también se me aplicó a mí. Con la ayuda del ángel salvador, Hulusi. Nuestro eterno benefactor. En ese momento se esfuma también, sin volver a entrar nunca más en mi vida, aquel hombre enigmático, cuyas relaciones con mis padres son más enigmáticas aún. Unas relaciones que jamás me interesaron. Gracias a él me aceptaron en una escuela de secundaria de Tirana. También fue él quien consiguió que me reconocieran el derecho a cursar la carrera de Química Industrial en la universidad. Murió de repente, tres meses después de que comenzara los estudios superiores. No fui a su entierro, pero rogué que su alma alcanzara el paraíso. Espero que lo haya conseguido. Entretanto, Ladi había entrado en mi vida.

Debo hacer una pausa para tomar aliento. Quiero llenar de aire mis pulmones y sumergirme en el sueño del olvido. Imposible. No puedo renunciar a hablar de Ladi, pues su recuerdo es tan lacerante como el de Vilma.

Se llamaba Vladimir. Como todo el mundo, yo le llamaba Ladi, el diminutivo de todos los Vladimir. Perteneía a una generación en la que su nombre estaba de moda entre los niños, y por eso en cada escuela y en cada barrio se podían encontrar docenas de Vladimir, aunque no hubieran nacido en el día del San Vladimir ortodoxo. Sea como fuere, aquel era un nombre de santo, si no del santo de la ortodoxia religiosa, sí de otra ortodoxia. Ladi era un joven callado, delgado, alto, vestía pantalones vaqueros, que apenas circulaban en la época de la que estoy hablando, a principios de los años setenta. En invierno se envolvía el cuello con una enorme bufanda porque las anginas se le inflamaban con facilidad. Para mi asombro, no se había operado ni de pequeño ni más tarde, a pesar de los padecimientos que le causaban.

Ya desde los primeros días de clase me llamó la atención el trato diferente que le dispensaban los profesores. Destacaba en ello el titular de la cátedra, un hombre bajito, enérgico, de cabello ralo, a quien bauticé como Xhohu, uniendo las primeras sílabas de Xhoda y de Hulusi, porque Xhohu era una mezcla del carácter de Xhoda con el físico y las maneras de Hulusi. En adelante no le llamaré por su verdadero nombre, sino simplemente Xhohu, sin intención de menospreciar su capacidad intelectual, pues bastaba la presencia de Ladi para que se olvidara de quien era y se transformara en un individuo que, hablando en plata, calificaría de servil. El padre de Ladi era un alto funcionario. Ello explica otro hecho que Ladi difícilmente advertiría por sí mismo: siempre estaba rodeado de chicos y chicas. Yo, se entiende, tenía sobradas razones para no hacer intentos de acercarme a él, sin contar con que en ese periodo me había convertido en un tipo taciturno. Evitaba la posibilidad de entablar relaciones al objeto de seguir perteneciendo a la categoría de los hombres que pasan desapercibidos. Con esta máscara, confeccionada durante los años de la escuela secundaria, entré en la etapa universitaria con el aplomo de un capacitado maestro en autocontrol. Llevar esa máscara a una edad en la que la mayor de las aspiraciones consiste en destacar, constituía un continuo sufrimiento. No obstante, mi posición me proporcionaba ventaja para observar a los demás, para examinar su comportamiento, y debo afirmar que en muchas ocasiones me producía satisfacción. Pero ninguna de aquellas satisfacciones era comparable a la que me proporcionaba el examen del comportamiento de Xhohu. Era irreplicable. Me convencí, sobre todo, cuando

me hice amigo de Ladi, pero a este tema ya volveré más adelante. Quiero anotar aquí que, a diferencia de todos aquellos que le rodeaban y pensaban, sin la menor sombra de duda, que era feliz –lo tenía todo para ser feliz–, yo tenía la impresión de que aquel joven, como yo, pero por otros motivos, se quitaba y se ponía la máscara, tras la cual trataba torpemente de ocultar aquello que solo los actores saben disimular: la tristeza de sus ojos. A este respecto me pareció un mal actor. Y no me equivocaba. En todo caso, por las razones antedichas, yo no trataba de acercarme a él. Por su parte, ahíto como estaba de la variopinta compañía masculina y femenina, difícilmente podría haber advertido Ladi mi presencia entre los ochenta alumnos y alumnas de primer curso de aquel año. Pero en esto me equivocaba.

La oportunidad se presentó cuando nos encontramos sentados a la misma mesa una lluviosa tarde de noviembre en la segunda sala de la cafetería del Palacio de Cultura. Hoy es aquella una sala miserable donde, aparte de camareros de aspecto siempre cansado y expositores vacíos, puedes encontrar jóvenes fumando con algún sucedáneo de café delante y, en el mejor de los casos, alguna copa del intragable coñac Iliria. Pero entonces era una sala de postín, sorprendente en la capital por la calidad de su servicio, que reunía, por así decirlo, una suerte de élite de jóvenes esnobs y no pocos hijos de cargos oficiales. Yo no había estado nunca porque los precios eran prohibitivos para mi bolsillo. Aquel día entré sin motivo, a echar un vistazo, después de vagar arriba y abajo por las instalaciones del Palacio de Cultura esperando a que acabara de llover. Ladi ocupaba una mesa en medio de la sala y, cuando alzó la mano, yo no interpreté que se dirigiera a mí. Le acompañaba una chica de unos dieciséis años –su hermana, como sabría después– y otra de la que, a primera vista, no fui capaz de calcular la edad. Ladi me presentó de este modo: «Un compañero mío de curso con el curioso nombre de Thesar Lumi¹. Es muy callado, como si de verdad guardara, como indica su nombre, algún tesoro para que no se lo lleve el río».

Estaba bebido, era evidente. De esa forma se explica la inesperada cercanía que mostraba hacia mí. Y por eso no me sorprendió tampoco que supiera mi nombre, aun cuando no habíamos tenido la oportunidad ni de estar juntos ni de intercambiar palabra. Había reparado, asimismo, en que yo era un tipo muy callado, pero esto no lo llegué a captar. Me sentí a disgusto, en la situación del que penetra en un ambiente desconocido y, tomándole por otro, le rinden, erróneamente, honores que no le corresponden. Pero la rigidez de sus acompañantes me hizo comprender lo contrario, que no se trataba de honores. La chica de dieciséis años, es decir, su hermana, apenas me saludó, y durante el tiempo que estuve sentado a su mesa o, más exactamente, durante el tiempo que Ladi, con la tozudez característica del borracho, insistió en que permaneciera allí, no pudo ocultar el desagrado que le producía mi presencia, como si yo fuera el responsable del estado en el que se encontraba su hermano. Quizás pensara, con el engreimiento propio de las muchachas de su rango social, que era indigno de sentarme a la mesa con ella. No vale la pena que me extienda más, ella no desempeña ningún papel en mi narración. La otra sí. Quiero, por ello, extenderme un poco.

A simple vista, como he dicho, no supe calcularle la edad. Hubiera perdido la apuesta

con cualquiera que dijera que era diez años mayor que yo. La hubiera perdido porque no habría vacilado en apostar en contra. Pero ella era realmente diez años mayor que yo, tenía un hijo y se había quedado viuda hacía poco más de un año. Su marido, arquitecto, había perdido la vida en un accidente de tráfico a la entrada de Tirana, cuando regresaba con otro compañero, también arquitecto, de Durres en moto y se quedaron en el sitio.

Todo eso lo supe más tarde, cuando Sonja –así se llamaba– absorbió todo mi ser y el dúo Sonja-Ladi se convirtió en otra dolorosa constelación en el vacío cielo de mi vida. Sonja se ha quedado clavada en mi memoria tal como la conocí aquel día, con la tez clara y los ojos como el carbón, con los labios de un rojo encendido un poco entreabiertos mostrando siempre su perfecta dentadura, con su tupido pelo negro con raya al lado cayéndole por la espalda, que, al ladear la cabeza, le cubría media cara, con la seguridad propia de la mujer consciente de su irresistible encanto y del poder mágico que este le confiere sobre los demás. Era de una belleza turbadora. Quizás fuera esa la razón por la que no fui capaz de determinar su edad y por la que, pese a los morros de la chica de dieciséis, me quedé hasta el final, dispuesto a tragarme incluso alguna humillación con tal de seguir admirando a la mujer sentada frente a mí que llevaba el nombre de Sonja.

Tuve la ocasión de verla de nuevo al cabo de tres meses. No mentiré si digo que, entre tanto, la había olvidado por un sencillo motivo: ella pertenecía a otro planeta, resultaba inalcanzable. Tras una noche insomne, bajo el tormento de su femineidad, me levanté rendido. Conocía esa clase de agotamiento. Lo había experimentado el último verano, en mi primera experiencia con una chica. Gitana. Como tantos jóvenes de la pequeña ciudad, mis primeras lecciones eróticas las recibí de una gitana. Se llamaba Ermelinda y la llamábamos Linda. Tenía diecisiete años y trabajaba, a tres turnos, en el molino de la fábrica de cemento. Yo acababa de cumplir los dieciocho, un año mayor por tanto. Durante el verano, tras los exámenes de reválida, nos habíamos besado en la oscuridad del camino que conducía de la fábrica a su casa, próxima a la de Sherif. Linda me hizo saber desde el primer momento que no sabía besar. Los muchachos payos, se burló, no saben besar y en asuntos amorosos no tienen comparación con los muchachos gitanos. Cuando herido en mi amor propio le pregunté por qué, entonces, venía conmigo, me dio una respuesta al estilo gitano: venía conmigo porque le gustaba mi nariz. Después asumió la tarea de enseñarme a besar. Y días más tarde consideró oportuno enseñarme algo más: a hacer el amor. A mis padres les dije que iba a dormir a casa de un compañero y ella se saltó el tercer turno. Pasamos la noche al raso. El cielo estaba plagado de estrellas. Al amanecer estaba muerto. Linda me abandonó allí, debajo de un matorral, después de dejarme la última señal de un mordisco en el pecho. Conté seis mordiscos. Tantos como las veces que ella quiso que hiciéramos el amor, sin pegar ojo, hasta el alba. Al marcharse, me dijo en un suspiro: «Sabía que eras *very sexy*». Me quedé dormido al instante.

El mismo agotamiento sentí después de aquella la noche forzosamente insomne bajo el influjo de los ojos de Sonja. Pensé que el mordisco imaginario de sus ojos había sido más extenuante que los seis mordiscos de Linda. Seguía lloviendo despacio, prolongada y

obstinadamente, como si no hubiera parado desde la tarde anterior. Las calles estaban inundadas y el estruendo del río llegaba hasta mis oídos. Al mirar el cielo encapotado, me dije que si la historia del Diluvio Universal se hubiera escrito en el día de hoy, en el Arca de Noé, entre las criaturas elegidas para garantizar la continuidad de la vida, debería encontrarse sin duda Sonja. No sé si compartía esa opinión Ladi, que me esperaba, paraguas en mano, en las escaleras de la recia puerta de la facultad. No relacioné su presencia allí con mi llegada, no veía ningún motivo para algo así. Sin embargo, él me esperaba a mí. Fue lo que me dijo en cuanto me vio. Me lo dijo con toda naturalidad, como si nos conociéramos de toda la vida. Estaba pálido. Con la bufanda al cuello me pareció un niño que sigue, punto por punto, las recomendaciones de sus padres. Ladi me pidió perdón. Entre nosotros no había sucedido nada por lo que tuviera que pedirme perdón. Cuando se lo dije, sonrió, pero con su eternamente triste forma de sonreír. Me puso la mano en el hombro y me propuso que no asistiéramos aquel día a las clases y nos fuéramos por ahí. Pensé que si nos llegáramos hasta el Arca de Noé podríamos encontrar a Sonja. Pero no fuimos al Arca de Noé, fuimos al mismo bar que el día anterior. A Sonja, es de entender, no la encontramos.

Fue así como conocí a Ladi. O es más preciso decir, como me conoció Ladi a mí. Fue él quien tomó la iniciativa, no yo. El derecho a elegir le correspondía a él, no a mí. Yo solo ejercía un derecho: el de responder o no a su amistad. Respondí. Para evitar malentendidos, considero necesario aclarar que a la amistad que él mostró hacia mí respondí sin prejuicios. Jamás y por ningún motivo se me ocurrió aprovecharme de la posición social de su familia. Incluso, durante largo tiempo, cuando estaba con él, me torturaba un sentimiento de culpa. Yo no me mostraba a Ladi tal como era. Yo guardaba un secreto. De habérselo revelado, tal vez nuestra amistad hubiera concluido. Para evitar cualquier otro malentendido, tampoco quiero parecer un santo. Si había decidido no descubrirle mi secreto a Ladi no era porque tuviera miedo de perder su amistad. Eso podía ocurrir. A lo que yo temía era a perder mi propia identidad. Habría significado mi ruina inmediata. Y no era tan ingenuo como para sacrificar tanto por una simple cuestión ética. Así veía yo las cosas. Estaba decidido a llevarme el secreto a la tumba si es que nadie me lo descubría. Me equivocaba. Lo que prueba que no me conocía lo suficiente. Pero ¿puede alguien llegar a conocerse a sí mismo? Pronto se presentó la oportunidad de revelar mi secreto, es decir, la bomba biográfica, con la mayor facilidad, primero a Ladi y poco después a Sonja.

A finales de enero del año siguiente nevó. Los estudiantes enloquecieron. Las calles y las aceras entre la Facultad de Ciencias y la Maternidad se convirtieron en campos de batalla. Las clases comenzaron con una hora de retraso porque a gran parte de los estudiantes les fue imposible atravesar la plaza de Skanderbeg, donde fue la debacle. Aquel día Ladi me dijo que era su cumpleaños. Seguíamos la degollina a la que eran sometidas las chicas desde las ventanas del aula grande del último piso de la facultad cuando, apenas me dijo que era su cumpleaños, añadió que esa tarde esperaba que fuera a su casa. Me quedé atónito. Era la primera vez que me invitaba. Me pareció que Ladi estaba muy pálido. Con aquella palidez en su rostro, la invitación al cumpleaños, pronunciada en tono neutro, sonaba fuera del tiempo.

No fui capaz de responderle siquiera con una palabra de agradecimiento. No, puesto que la invitación sonó fuera del tiempo. Tampoco por la inusual palidez de su rostro. Por fortuna, en ese instante el timbre sobresaltó, una por una, las distintas plantas de la facultad. El decano, al parecer, había tomado una decisión. Las clases comenzarían incluso faltando la mitad de los estudiantes. Nuestras piernas nos condujeron al fondo del aula, donde nos sentamos cerca de la puerta. Entraba el aire por un cristal roto y Ladi se envolvió en la bufanda. Yo apoyé la cabeza en el puño. Permanecí así durante toda la clase, sin enterarme de nada. Ladi, por el contrario, escuchaba tan concentrado como si se impartiera una clase magistral. Cuando salimos, le descubrí la verdad. Sin rodeos, sin intentar ninguna clase de estratagema. Mientras caminábamos hacia el centro por el medio del bulevar –por las aceras podían alcanzarnos las bolas de nieve lanzadas desde las terrazas de los edificios– le conté a Ladi la parte secreta de mi biografía, lo del tío fugado. Se lo conté en pocas palabras, abiertamente, como si hablara de algo casual, en el mismo tono neutro que él utilizó para invitarme a su casa. Después guardé silencio. Ladi también. En realidad, el silencio que se produjo entre nosotros era, digámoslo así, lógico. Seguimos caminando sin pronunciar palabra hasta el centro. Era lo que había previsto que sucedería cuando, con la cabeza apoyada en la palma de la mano, simulaba escuchar al profesor. Iríamos hasta el centro y allí nos separaríamos. Cada cual por su camino. Nuestros caminos eran, sin lugar a dudas, divergentes. Ladi clavó en mí sus ojos claros. En ese instante resolví un enigma que me traía de cabeza desde hacía tiempo, quizás desde el mismo día en que nos conocimos: ¿dónde había visto yo esos ojos? Eran los ojos de Vilma. Eran sus ojos, que atesoraba en el fondo de mi ser. «Puesto que es la primera vez que vienes a mi casa», me decía Ladi, «los guardias no te conocen. Saldré a

buscarte al puente frente al hotel Dajti a las siete. Procura ser puntual, pues no puedo ausentarme demasiado...». Nada más decir esto, me estrechó la mano y sin más dilación se fue. Yo me quedé en medio de la calle, sobre la nieve pisoteada y sucia, él se perdió tras la esquina del Teatro de Marionetas.

Diez minutos antes de la hora establecida ya estaba yo en el puente frente al hotel Dajti. Ignoraba que apreciara tanto la amistad de Ladi. Como rara vez en mi vida, la exaltación que sentía y lo nervioso que me puse al vestirme eran testimonio de que mi alegría escondía algo sospechoso. Cierto. Sentía una opresión en el pecho cuando pensaba que, poco después, tendría la posibilidad de cruzar una frontera que jamás hubiera soñado cruzar algún día. En mi imaginación, aquella frontera marcaba el límite con otro mundo, el mundo de Ladi, tan distinto del que yo habitaba. Me sentía una suerte de Martin Eden a la espera de penetrar en un ambiente fantástico, con la diferencia de que sabía que en él, en lugar de a Ruth, encontraría a una desabrida chica de dieciséis años. En cuanto a Sonja, tres meses atrás Ladi me la había presentado como la hija de su tío. Mientras esperaba al final del puente no imaginaba que la volvería a ver. Solo recordaba que aquella tarde lluviosa con Ladi y su hermana había conocido a una criatura nebulosa. Me había hecho pasar una noche en vela, pero después su recuerdo se había disipado, como se disipa y es imposible asir la niebla.

Ladi llegó a las siete en punto. Por el desierto bulevar, sobre los restos de nieve, pasaba algún que otro coche. Como por la mañana, Ladi me pareció demasiado pálido. Pero quizás acentuara su palidez la fría luz de los tubos de neón. Trataba de ser jocosos: «Hoy», me dijo, «me siento imbuido de espíritu optimista, espero estar a la altura de las exigencias del aniversario. Conocerás a los invitados por ti mismo. Quiero darte un consejo: cuanto menos hables y cuanto más escuches, mejor. Te garantizo que así te lo pasarás bien. Los invitados son todos unos optimistas y, como homenajeado que soy, debo superarlos. A ti no te aconsejo tanto optimismo. El disparate que me contaste no te da ese derecho».

Habíamos sobrepasado la señal de prohibida la circulación, también a los dos primeros guardias, bajo cuyos capotes sobresalían los cañones de las metralletas.

A partir de allí se extendía una zona donde las aceras, los patios, los jardines, los pinos, las mimosas, los macizos de aligustre, todo, salvo el asfalto de las calles, estaba cubierto de una gruesa capa de nieve. Inmaculada. En un rincón se alzaba un muñeco de nieve como los de las revistas para niños. Todo parecía dormir un apacible sueño, sumido en un lecho de cuento. Dejamos atrás una fila de chalés que parecían sacados de un catálogo de arquitectura y giramos en una calle que desembocaba en una villa grande de dos plantas. Bañada en una luz que acentuaba el resplandor de la nieve, la villa parecía irreal. Allí vivía Ladi. Junto a la acera había un Mercedes negro; junto al coche, un civil. Acabábamos de franquear la puerta de la verja que rodeaba el patio, cuando se abrió la puerta de la casa. Salieron primero otros dos civiles y tras ellos apareció el padre de Ladi. Alto, vestido con un enorme abrigo y con gorra de visera de las que llaman republicanas, comenzó a bajar apresuradamente las escaleras hablando con uno de los civiles, el que se había quedado atrás. Nos había visto. No obstante, solo se volvió para decirle algo a su

hijo cuando pasó junto a nosotros. A mí ni me miró. Los dos civiles, entre tanto, habían atravesado la puerta exterior y esperaban afuera, junto al Mercedes. La conversación a solas entre el padre y el hijo duró apenas dos minutos. Tuve la sensación de que algo no marchaba bien entre ellos. Hablaban en voz baja, inaudible, pero, cuando se separaron, el padre me pareció irritado. Alzó la voz y le dijo a su hijo que a aquellos amigos debía invitarlos sin falta. «Es una orden», le dijo, «no hagas estupideces». Después se dirigió al coche.

Me sentí como si fuera un trapo, el desprecio mostrado por el padre de Ladi hacia mí había sido absoluto. La más elemental de las cortesías le obligaba, como mínimo, a desearme «buenas noches». Pero tal vez, pensé, las personas sin importancia como yo deban aceptar estas cosas como parte de las reglas del juego. El mayor honor para mí consistía en encontrarme en una zona donde hasta el aire que respiraba era diferente. Esperamos a que el Mercedes se alejara. Entonces aprecié la turbación de Ladi y su extrema palidez. Y me dije que le estaba buscando tres pies al gato. Cuando entramos en la villa, Ladi me dejó en una antecámara donde había un televisor. En aquel tiempo solo dos personas tenían televisor en la pequeña ciudad: Hulusi y Xhoda. Había visto en dos o tres ocasiones el de Hulusi. Ladi me rogó que esperara un momento allí porque tenía que telefonar. No sé por qué, relacioné la llamada telefónica con la orden del padre de Ladi a propósito de aquellos amigos a los que sería una estupidez no invitar. ¿Quiénes podían ser aquellos amigos tan importantes por los cuales se interesaba, sin ocultar su inquietud, un hombre tan poderoso como el padre de Ladi? En aquella velada participaba la crema de los herederos de los cargos con mayor poder del partido y del Estado. Todos me parecían de extraordinaria importancia. Fueron llegando uno tras otro, de dos en dos o de tres en tres, y no sabría decir quiénes fueron los últimos en ser invitados. Sus caras resplandecían, mostraban, como me había advertido Ladi, rostros optimistas. Pero su optimismo no se me contagiaba. Pese a la amabilidad de mi amigo, me sentía en un ambiente extraño. Ladi se dio cuenta de lo que me pasaba. Para demostrarme que en aquella velada yo era su invitado preferido, me cogió del brazo y me presentó a todo el mundo. Aquel bienintencionado gesto me crispó los nervios. Me sentí como el mono del parque zoológico que atrae a los visitantes. Ladi seguía haciendo las presentaciones. Los invitados me acogían con cordialidad, no tenía motivos para pensar mal de ellos. Sin embargo, me sentía extraño. Pensaba que, como el ser criado en las polvorientas márgenes del río que yo era, no estaba en condiciones de librarme del complejo de inferioridad. Y había aprendido que ese complejo oculta siempre alguna mácula. Mi mácula en aquel momento era la envidia que sentía de aquella élite juvenil. Razonamiento que me crispó aún más los nervios. Aquella velada debí de dejar una mala impresión. Pero seguramente me equivoco, pues el interés que desperté entre los presentes fue nulo. En cuanto Ladi dio por terminadas las presentaciones, nadie volvió a reparar en mí. Fui olvidado, abandonado en cierto modo incluso por el propio Ladi. Entre tal multitud de invitados no podía dedicarme su tiempo. No pasó mucho rato sin que sopesara la idea de irme. No me fui. De pronto apareció Sonja. Y los colores cambiaron.

Cuando advertí la presencia de Sonja, me ocurrió algo parecido a lo que le sucede a alguien a quien, después de permanecer largo rato a oscuras en un ambiente desconocido, le encienden de improviso las luces. Me encontraba en una sala de dos piezas separadas, hacia la mitad, por una puerta corredera. De los techos colgaban arañas de cristal. A lo largo de las paredes, a intervalos regulares, habían colocado mesas redondas repletas de dulces, frutas y bebidas. Los espacios entre las mesas eran ocupados por sillas y asientos bajos, la mayoría de los cuales, cuando se hizo la luz para mí, permanecían vacíos. Los invitados, en calculada proporción chico-chica, bailaban. Los altavoces del magnetofón, situados a prudencial distancia para que la música se oyera por igual en toda la sala, propagaban los sones de la canción «Love Story». Aquel año esa canción, la novela y la película tuvieron un impresionante éxito. No había emisora de radio donde no se oyera varias veces al día. Fue la canción de mi generación. Por entonces Ladi me había enseñado una revista en cuya portada aparecían los actores protagonistas de la película. Creo que hasta recuerdo sus nombres: el papel de Oliver lo hacía un atractivo muchacho llamado Ryan O'Neal, el de Jenny, Ali MacGraw. Así pues, en el instante en el que se encendieron las luces para mí, los altavoces derramaban las notas de la versión orquestada de «Love Story».

Ahora no sabría decir cómo me encontré con Sonja entre las parejas que bailaban, la mayor parte abrazadas. Lo que sí recuerdo es que me hallaba en un rincón de la sala y ella en el contrario. Recuerdo también que en cuanto la vi me dije que era más hermosa que la actriz que hacía el papel de Jenny. Se lo dije también a ella. Le susurré al oído que era más guapa que Jenny. Sonja se echó a reír, me respondió que no sabía quién era Jenny. Y añadió que no debería beber tanto. Lo que me hizo comprender que hasta el momento en que se hizo la luz para mí había estado empujando el codo. Menos mal que he estado bebiendo, pensaba, de lo contrario me habría ido. Esto también se lo dije a Sonja, susurrándoselo al oído. Ella volvió a reír. Y me lancé. «De haberme ido», añadí, «no hubiera tenido la oportunidad de decirte que esas chicas tan bien alimentadas deben sentirse desgraciadas en tu presencia y por eso se cuelgan de los cuellos de sus galanes hasta casi derribarlos sobre el entarimado». Sonja se cubrió la boca con la mano para ahogar una carcajada.

O yo era muy gracioso o a ella cualquier cosa la hacía reír. No me importaba ni lo uno ni lo otro. Ella reía mis ocurrencias y ello significaba para mí la más insospechada de las felicidades. Pero en aquel momento yo no sabía que mi felicidad se alzaba sobre la ruina

de otro. Ignoraba que alguien, terriblemente celoso, tenía clavados los ojos en nosotros mientras bailábamos entre el resto de parejas. No sabía que, para exacerbar aquellos terribles celos, Sonja permaneció conmigo hasta el final. Rechazó a todos los pretendientes. Solo bebió whisky conmigo. Bailábamos únicamente los blues. Cuando al fin, al ritmo del blues, niveló con un suave movimiento el abismo que nos separaba, yo no sabía que aquel alguien se enfureció de tal manera que abandonó la fiesta. En el instante de su completo triunfo, Sonja se dejó ir y yo sentí la carga del macho dominante, su cálido aliento sobre mi rostro y la brasa de sus labios hendiendo y quemando la comisura de los míos. Pero ignoraba realmente la verdadera causa de la felicidad que me colmaba. Más tarde, Sonja trataría en múltiples ocasiones de convencerme de que entre yo y su víctima de aquella velada no existía ninguna relación. No comprendía su insistencia en este punto. Pero cuanto más insistía, menos creíble me resultaba. Siempre me ha atormentado una especie de loco deseo suyo de convencerme de que me quería. Un deseo que yo calificaría de fatal. A menudo he pensado que un presentimiento fatídico la empujaba a la demencia. Nuestra relación fue una obsesión que se prolongó cerca de un año. La atracción fatal la procuraba yo. A todos los que tuvieron relaciones conmigo los persiguió el infortunio. Y sin embargo yo estaba convencido de que la felicidad me asaltaba bajo la forma de una mujer llamada Sonja.

Nunca se me habría ocurrido que una mujer con la abrumadora femineidad de Sonja le diera importancia a los cumplidos. Pero así era.

Quiso saber quién era la tal Jenny, por supuesto para comprobar la certeza de mi afirmación. «Jenny», me dijo, «era muy bonita, me gusta que pienses que yo soy más guapa que ella, pero no quiero que me compares con personas muertas».

¿Hablaba en serio o se burlaba? Me incorporé acodado sobre la almohada. Ella permanecía boca abajo. La cubría la sábana hasta los hombros. A mi lado se derramaba su espesa mata de pelo negro. La retiré con la mano para descubrir la parte de su rostro vuelto hacia mí. Creí que se me paraba el corazón de lo hermosa que era. Me eché sobre ella y busqué sus labios. Ella se ladeó y me pasó el brazo por el cuello. Mi cuerpo se electrizó. El contacto con su piel me producía una descarga. La hice girar hacia mí. Se agarró con ambas manos a mi cintura. Me abandoné sin ocuparme de sus gemidos, que muy pronto se transformaron en breves gritos. Para ahogarlos simuló un mordisco en la cavidad donde se une el hombro al cuello. Mi excitación fue creciendo hasta que ella dejó de morderme, lanzó un grito prolongado y me estrechó la cabeza contra su pecho. Entonces el aroma de su piel me recorrió de parte a parte. Y yo la poseí por completo. Su cuerpo se tensó y hundió sus dedos en mi cabello. Después aflojó el abrazo y deslizó los dedos del cabello a la espalda. Se quedó en esa posición con los ojos cerrados.

«No debes hacer esas comparaciones», me susurró. Me desconcertó. ¿Lo pensaba o se burlaba? «Encontré el libro y lo leí», continuó. «Tú no creo que lo hayas leído. ¿Sabes inglés?» Le respondí que no sabía ninguna lengua, salvo el inglés que recordaba de secundaria. Se levantó y se puso la bata. Era una bata japonesa de seda, como las que había visto a veces en televisión. Mientras ella salía de la habitación, yo pensaba que

aquella felicidad era absurda, inmerecida. Una idea que reforzaba cuanto tenía alrededor, la casa, el dormitorio, aquella mullida cama conyugal donde, no hacía demasiado tiempo, había dormido con otro, con su legítimo esposo. ¡Oh, Señor! –se me escapó, sin querer, un suspiro–, morir tan sin sentido y dejar atrás una Sonja como esta. No llevé más allá mi razonamiento, porque Sonja regresó. Había hecho café. Mientras llenaba las tazas, me dije que, en esta vida miserable, no debía lamentarme, después de todo, por la suerte de su marido muerto. De lo contrario, ella se convertiría para mí en un planeta inalcanzable. Es así como, de forma inmisericorde, mi felicidad se asienta sobre la tragedia de otro, pensé. Me pareció comprender entonces algo de la insatisfacción de Sonja cuando la había comparado con la Jenny de la novela. Era supersticiosa. Con la mayor seriedad le dije que ella y Jenny se parecían tanto como me pudiera parecer yo al hijo de un millonario. Sonja no dijo nada y añadí: «En cierto modo se podría decir que, en este caso, eres tú la que pertenece a una gran e importante familia».

Sonja esbozó una sonrisa, entre irónica y burlona. El batín japonés no alcanzaba a cubrirle los pechos. En el momento en que esbozó la sonrisa y comenzó maquinalmente a dar sorbos al café, me maldije. ¿Qué idiotez me indujo a hablar de millonarios y de grandes familias? «No entiendo por qué la gente piensa así», comenzó a decir, mientras mis ojos no se apartaban de sus pechos. Mientras sorbía el café, captó mi mirada. Sorprendida, bajó la cabeza y después la alzó con el semblante de quien no puede creer lo que ven sus ojos. Enrojecí. Seguramente fue eso lo que me salvó. Sonja posó la taza, se desembarazó de la bata y se acercó a mí. Estaba sentado a un lado de la cama. Me cogió la cabeza entre las manos y la introdujo entre sus senos. Mis labios humedecieron la suave piel de sus pechos. Cuando empecé a estimular sus pezones con la punta de la lengua, se estremeció. Y me empujó. Se puso la bata. Y salió. Con la respiración alterada me eché en la cama y me cubrí con la sábana. Para tranquilizarme, Sonja me sirvió una copa de coñac. La vacié al instante. «Eres un niño y un poco idiota», me susurró. «¿Qué te induce a pensar que formo parte de las grandes familias? Debes saber que soy alérgica a cuantos piensan así. Además, ¿a qué llamas tú grandes familias? ¿Crees que todos son como Ladi?»

Yo la miraba alelado. Una de las cosas que me resultó más difícil fue establecer qué clase de mujer era Sonja. Nunca llegue a descubrirla del todo. Me parecía a la vez superficial e inteligente, cariñosa y cruel. Y, desde luego, algo puta. Frente a ella me sentía un pelele; no alcanzaba a comprender cómo me había metido en su cama a la semana de la aventura del cumpleaños de Ladi, del que salimos ambos borrachos. «Para tu información», continuó, «y para cerrar el tema, yo voy a esa casa por Ladi. Mi padre es un tozudo. Visita a su hermano, el padre de Ladi, las mismas veces que lo hace este. Como eso ocurre rara vez, tampoco mi padre lo ve con frecuencia. ¿Queda claro?».

Muy claro. Nunca volví a mencionárselo. Tampoco ella lo hizo. La curiosidad por averiguar algo acerca del mundo de las grandes familias habría acarreado una rápida ruptura de mi relación con Sonja. De eso estaba seguro. Como lo estaba de que ella era supersticiosa. Una supersticiosa incorregible. Hasta la fatalidad.

No habría vacilado en recorrer con Sonja las calles y locales de Tirana, pues nada habría podido halagar más mi vanidad masculina. Pero era imposible. Tanto para Sonja como para mí. Sonja tenía múltiples razones para ser cautelosa. Yo solo tenía una: ocultarme de Ladi, de quien también se escondía Sonja. Silenciosamente, sin comentarlo nunca entre nosotros, sentía que ella no me perdonaría que provocara en Ladi la más ligera sombra de duda. De todos modos, mi posición a ese respecto me parecía más delicada. Sonja no le debía nada a Ladi. Pero yo le debía nuestra amistad. Cuando estábamos juntos nunca me abandonaba la sensación de ser un redomado hipócrita.

Aquella doblez me martirizaba y un día por poco le propongo a Sonja la mayor de las locuras: que se casara conmigo. Hoy que los acontecimientos han rodado de la manera en que lo han hecho, me digo que, de haber cometido la locura de pedirla en matrimonio, quién sabe si hubieran rodado de otro modo. Son-ja tal vez hubiera aceptado y yo me habría casado con ella sin la menor vacilación. Pero a la larga me he convertido en un fatalista tan incurable como la propia Sonja. Pienso que no existe fuerza capaz de cambiar el curso de los acontecimientos. Sonja no habría aceptado casarse conmigo. Yo era su perro faldero. Y como tal me trataba. Nada más.

Nuestro desvarío se prolongó, sin que nada lo perturbara, durante algunos meses. Sonja parecía querer probar conmigo hasta dónde podían llegar los límites y las posibilidades en el amor. Apenas nos separábamos, el tiempo se detenía, nos desentendíamos de cuanto nos rodeaba y solo esperábamos que llegara el día y la hora del siguiente encuentro. Yendo con cien ojos, entraba en su vivienda situada en la tercera planta de un bloque alejado del centro, donde encontraba la puerta abierta. Nuestra locura duraba horas. A menudo, Sonja se las ingeniaba para enviar a su pequeño de cinco años a dormir a casa de sus padres. Entonces pasaba la noche con ella. Fueron noches de extenuante dicha, tras las cuales necesitaba dormir veinticuatro horas seguidas para recuperarme. Aquel demencial estado de éxtasis podía leerse en nuestros ojos. Sobre todo en los de Sonja. Ávida, como si presintiese una desgracia, me devoraba. Llegó un momento en que se empeñó en que acudiera a diario. Y acudí a diario. Me saltaba las clases y ni pensaba en los exámenes. Y uno de esos días sucedió aquello de lo que nos veníamos precaviendo. De la manera más inesperada. Al menos no en la forma temida, cogidos in fraganti, que se había convertido en una moda. ¿Quién nos podía estar vigilando para pillarnos en flagrante delito? Sin embargo, alguien nos vigilaba.

Si de algo me arrepiento terriblemente en mi vida es de no haber llegado a pegarle a la

persona a la que me refiero. Era un palmo más bajo que yo, lo que no le daba ventaja. Tampoco se la daba su edad, alrededor de los treinta, creo, frente a mis veinte años. Pero él era el hijo de un ministro y eso sí que suponía una nada despreciable ventaja. Cuando le conté el incidente a Sonja, me dijo que consideraba a aquel idiota un cero a la izquierda desde hacía tiempo. Aquel cero a la izquierda era la víctima del cumpleaños de Ladi. Sonja me contó cómo se la había jugado en aquella velada, a la que acudió solo para sacarle de sus casillas. «A ese estúpido lo llevo pegado a mí con la insistencia de una alimaña desde que éramos estudiantes. Volvió a la carga una semana después de enterrar a mi marido. Y no se me despegó hasta el cumpleaños de Ladi. Llegué a decirle que aceptaría acostarme con cualquiera menos con él. Es un monstruo...»

Al llegar a este punto, yo debí de palidecer, porque Sonja guardó silencio. Después me dijo que me quería, lo que me iría repitiendo hasta el día en el que nos separamos para no volvernos a ver nunca más. Jamás me perdonaré mi mezquindad de aquel momento. Hay muchas maneras de descubrir las humanas debilidades de carácter, pero ignoro qué fue lo que leyó Sonja en mi cara descompuesta en aquel instante. No quiero seguir hablando de ello. Se aparece ante mis ojos el cero a la izquierda.

Era de mediana estatura, cabello ralo y ojos lechosos. La piel de su cara resplandecía, sin que se apreciara si era gracias a las vitaminas o a los cosméticos. Le descubrí cuando salía del portal de Sonja, en cuanto volví la cabeza hacia la izquierda por la fuerza de la costumbre. Estaba allí apoyado en la pared, fumando. Una cara desconocida. Y seguí mi camino. «Me sorprende que no me reconozcas», me dijo a diez pasos del portal. Le miré con los nervios en tensión, quizás porque estaba cansado. Para demostrarme que mi memoria fallaba, añadió que nos habíamos visto en casa de Ladi, en el cumpleaños, hacía unos meses, y que incluso nos habíamos dado la mano. Entonces me di cuenta de que me había puesto tenso ante su mirada acuosa. Destilaba algo maligno. Pero diez minutos después y diez pasos más allá cambié de parecer. Eran los ojos de una serpiente. Y su jugo, el veneno. Un veneno que sentí circular con la sangre por mis venas. Se había dirigido a mí cortante, con claridad y precisión. No me extrañé cuando Sonja me dijo que trabajaba en el juzgado de instrucción y era hijo de un poderoso ministro. Me había hablado en el tono de un instructor, tras haber hecho antes las averiguaciones propias de su oficio. A pesar de empeñarse en poner a prueba la debilidad de mi memoria, estoy en condiciones de reproducir lo que me dijo al pie de la letra: «Vayamos directamente al grano y escúchame con atención. Hace tiempo que frecuentas la casa de una mujer, de la que acabas de salir. Pisas un terreno minado. Como no renuncies a ella desde este mismo instante, a nombre de Ladi y del decano de la facultad llegarán sendas cartas de manera inmediata. Ladi sabrá que su amigo preferido se acuesta con su prima. Al decano eso no le interesa, le interesa otra cosa, que tal vez no carezca tampoco de interés para el camarada Ladi. Si no te basta con lo que te digo, tanto el decano como Ladi serán informados de que tienes un tío materno fugado, un hecho que has ocultado y que no figura en ninguno de tus documentos. Eso es todo. Y ándate con ojo...».

Vagué durante un buen rato enfurecido. Me enfurecía el recuerdo de sus ojos acuosos. Me enfurecía el hecho de que no me hubiese atrevido a darle un puñetazo. Mientras me

hablaba, esa idea me rondó continuamente por la cabeza, hasta que se calló y pensé que bastaba con un puñetazo en el mentón para derribarlo, cuan largo era, sobre la acera. Podía propinárselo con facilidad y en cualquier parte del rostro porque, al ser un palmo más bajo que yo, se veía obligado a hablarme alzando la cabeza. Pero no le pegué. Cuando acabó lo que tenía que decirme, se fue. Quizás se hubiera olido lo que barruntaba. O quizás creyera aumentar de ese modo el grado de intimidación. Pero lo cierto es que no me atreví a pegarle. Y me sentía furioso. Después la furia se convirtió en angustioso desasosiego, por no decir miedo.

Aquella misma noche fui a escondidas a casa de Sonja. Siempre había ido a escondidas, pero desde aquella noche esa palabra adquiría un sentido preciso: me ocultaba de unos ojos lechosos, acuosos. Mas, en vez de los ojos lechosos, puede que me estuvieran vigilando ojos de distintas tonalidades. El resultado sería el mismo. Si me pillaban, sería lo mismo que si me reflejara la retina de los ojos lechosos y las dos cartas partirían hacia sus destinos. Ocultándome de los ojos lechosos fui, con cien ojos, aquella misma noche a casa de Sonja y se lo expliqué todo, incluida la «bomba» de mi biografía. Como a Ladi, tampoco a Sonja le causó aquello impresión alguna. Dijo que el hombre de los ojos lechosos era extremadamente peligroso. En tales condiciones, dejando a un lado los factores morales, mi futuro peligraba, por lo que debíamos tener mucho cuidado. Sonja pensaba que el descubrimiento de mi «bomba» biográfica significaría mi expulsión inmediata de la facultad. Y ella no deseaba nada semejante. Sonja me deseaba a mí. Y yo la deseaba a ella. No podíamos desaparecer como el viento. Aunque solo desapareciendo como el viento podríamos escabullirnos de los ojos lechosos. O no viéndonos nunca más. Mas a Sonja le resultaba imposible dejar de verme y a mí me resultaba imposible dejar de verla a ella. Un solo día sin vernos nos parecía un siglo. Un siglo perdido inútilmente en la vaciedad de una vida en la que, llenos de angustia, ya nada tenía interés para nosotros. Nuestra relación adquirió la forma de una angustiosa obsesión. Tanto teórica como prácticamente, como se suele decir, era imposible que nos protegiéramos.

El pájaro de mal agüero que me tendió la emboscada se manifestó bajo la forma del hombrecillo que he llamado Xhohu. El titular de la cátedra, un híbrido sui generis producto del injerto del carácter de Xhoda con el cuerpo y el comportamiento de Hulusi. Cuando lo veía, de inmediato me venía a la mente el dicho según el cual el fruto de la unión de una serpiente con un erizo es el alambre de espino. Para nadie era un secreto que Xhohu era el alambre de espino de nuestra cátedra. Pero me dejó estupefacto pillarle una tarde, en un rincón del café Flora, hablando en confianza con el cero a la izquierda, el instructor A. P., el hijo del ministro. Formaban una pareja insólita, del todo incongruente desde el punto de vista profesional: el uno titular de una cátedra, el otro una especie de policía judicial.

No pude pegar ojo en toda la noche. Múltiples razones me hacían pensar que el objeto de su conversación era yo.

Al día siguiente, tras la primera clase, la secretaria de la facultad me alcanzó en el pasillo y me dijo que me presentara ante el catedrático. Me dio un vuelco el corazón. Me

demoré en el camino hasta estar seguro de que, al menos, aparentaba tranquilidad. Xhohu estaba solo, sentado en uno de los sillones, entre los cuales había una mesa baja chapada en nogal. Sobre la mesa observé un cenicero y un cigarrillo encendido en su ranura. Xhohu me indicó con un gesto que me acercara. En cuanto cerré la puerta, me senté en uno de los sillones frente a él. Desde el otro lado de la mesa me llegó el resuello alcoholizado de un eructo que se le escapó sin querer. Sentí náuseas. Pero aún me produjo mayores arcadas su petulancia. Lo que me hizo suponer que mi asunto iba de pena. No obstante, desgraciadamente para Xhohu, él no sabía que la tarde anterior la casualidad me hizo verlo charlando en confianza con ojos lechosos. En vano trataba de impresionarme con su grave semblante. En aquel momento, mientras esperaba que lanzara el proyectil, pensaba que se parecía a uno de esos monos titiriteros al que le dan cuerda los niños. Con la sola diferencia de que a él le había dado cuerda un policía. Pero Xhohu ignoraba que les había visto y, sin querer, me proporcionaba el goce estético de contemplar el grado superior de las monerías serviles de un cuadro. Finalmente, dio una calada al cigarrillo, expelió una densa voluta de humo y, como hiciera el cero a la izquierda tiempo atrás, fue directo al grano: «Me sabe mal, muchachito, tener que recordarte que en nuestra sociedad constituye un hecho de lo más grave y condenable la falta de sinceridad». Aquí hizo una pausa, me miró fijamente para comprobar el efecto de sus palabras y continuó en el mismo tono: «Personalmente, como estudiante tengo de ti una impresión que no es mala. Además, eres amigo del camarada Vladimir y sabemos ambos quién es el camarada Vladimir. Razón de más para que me apreste a cumplir la tarea y la responsabilidad que me ha sido encomendada. En una palabra, con intención o sin ella, has cometido un grave acto de simulación. Un convecino tuyo ha enviado una denuncia al decano en la que afirma que tu tío materno es un fugado. Se trata de una carta anónima en la que solo figura el nombre de tu pequeña ciudad. Comprobamos la denuncia y resultó cierta». Volvió a hacer una pausa, dio una calada al cigarrillo, y al ver que aquello no me hacía particular efecto, endureció el tono aún más: «Todavía tengo la carta en la caja fuerte. Pero yo no puedo retenerla. Debo enviársela al secretario del partido. Y de allí pasará al comité. Supongo que conoces las consecuencias. No obstante, te doy hasta mañana para que halles circunstancias atenuantes... De lo contrario, no habrá nada que hacer. Piénsalo bien...».

Me esperaba cualquier cosa, pero no un chantaje tan evidente. No me imaginaba que la debilidad del hijo del ministro llegara hasta este punto. Aún me daba una posibilidad, bastaba con que renunciase a Sonja. Podía destruirme. Pero no quería hacerlo porque tenía miedo. Si me destruía, perdería cualquier esperanza de aproximarse a Sonja. Y también tenía miedo de otra cosa. La historia de la carta anónima demostraba que prefería no salir a escena. La única persona a la que podía temer era Ladi, pues Ladi era primo carnal de Sonja y además camarada mío. Tampoco Xhohu, pese a su petulancia, logró ocultar el aprieto en el que le colocaba mi superchería. También él había mentido a mansalva con la inventada historia de la carta anónima, pero su miedo también era patente. Aquel paladín de la justicia se veía a sí mismo entre dos fuegos, y prefería no quemarse en ninguno de ellos.

Ignoraba que mi mente fuera capaz de trabajar con la frialdad de un mecanismo. Ignoraba que estuviera en condiciones de ser calculador. Mantuve a Sonja al margen del embrollo. Aquella maraña solo podía desenredarla Ladi. Si es que aceptaba entrar en danza. Mi arrebató de sinceridad, cuando le revelé mi «bomba» biográfica, me facilitaba las cosas. Pero ahora debía afrontar un riesgo mayor. Debía descubrirle mi relación con Sonja. Y suplicarle, después, que me ayudara. De lo contrario, estaba perdido.

Mi actuación fue desvergonzada. Sin embargo, de acuerdo con la lógica absurda de aquel ambiente, no me quedaba otra salida. Yo era un grano de arena. Una insignificancia que cualquiera podía aplastar de un pisotón. Ladi no me dejaría tirado en el barro, lo presentía. Y no me dejó tirado. Resulta difícil adivinar lo que pensó de mí. Su cara, habitualmente pálida, empalideció aún más. Cuando vacié mi saco de vilezas, me escuchó en silencio. Aquellas muestras, su extrema palidez y su silencio, ponían de manifiesto su descontento. Pero ¿de quién? ¿De mí? ¿De Sonja? ¿De Xhohu o del hijo del ministro? De todos. Le parecíamos miserables, intrigantes, pendencieros. En un instante de relajación de las raras ocasiones en las que bebía, me había dicho que no podía soportar la mezquindad del mundo. En aquellos momentos le poseía una tensión autodestructiva y no resultaba difícil advertir que era un alma atormentada, pese a su apacible semblante. Solo conocía una pasión: los libros. No he conocido otro devorador de libros como él. Todo lo demás era pasajero, temporal, inestable. Tal vez también yo formara parte de los objetos pasajeros de su vida, puesto que de ese modo se calificaba a sí mismo, un pasajero.

Seguirá siendo un enigma para mí el modo en el que Ladi resolvió mi crisis. Dos días después me dijo que en adelante nadie volvería a molestarme. Mi vida, destruida de raíz con tanta facilidad, con la misma facilidad volvió a su curso normal. Para salvarme, Ladi había utilizado sin duda la autoridad y el poder de su padre. Tanto ante Xhohu como ante el individuo de los ojos lechosos. Me imagino cómo se retorcería Xhohu. Ladi puede que le dijera: «Profesor, usted sabe perfectamente que no ha llegado ninguna carta anónima». Y Xhohu: «Un malentendido, cierto es. Camarada Vladimir, le aseguro que nadie nos ha escrito ningún anónimo». Pero ¿con el hijo de los ojos lechosos del ministro, cómo se las ingeniaría? Quizás jugara con él la carta de Sonja. Pudo decirle, por ejemplo, que si volvía a importunar a Sonja, le segaría la hierba bajo los pies. Pero también puede que jugara otra carta. Ambos pertenecían al mismo mundo y cada cual sabía cuál era el tendón de Aquiles del otro. Aunque yo no podía sentirme tranquilo. La «bomba» biográfica, oculta durante años, había quedado al descubierto. Al conocer su existencia un policía judicial y Xhohu, el hecho de que no hubiera estallado era pura casualidad. Tampoco podía sentirme tranquilo por otra razón: ahora mis relaciones con Sonja no eran un secreto para Ladi. Él sabía que iba a casa de su prima. No tenía, al respecto, ninguna clase de coartada. Con puerilidad decidí, pues, ponerle fin. Decidí no volver a casa de Sonja.

Estábamos en vísperas de exámenes. Ladi había dejado de ir a clase. Yo hacía diez días que no veía a Sonja. Diez siglos. El mundo había cambiado de color. El mundo había perdido su viveza. Era incapaz de resistir. Huiría, me encerraría en una cueva,

haría vida de ermitaño. Y eso me parecía que era yo, un ermitaño.

No llegue a huir. Sonja apareció en medio del bulevar. Estuvo conmigo dos minutos. Me miró fijamente y me ordenó que la siguiera. Me dijo exactamente: «Sígueme, ahora mismo, y abre bien los ojos cuando subas la escalera, y pobre de ti si no vienes». Dicho esto, me volvió la espalda.

Me quedé pasmado, a punto de enloquecer de alegría. Mientras la veía alejarse como la más sosegada paseante, me dieron ganas de echar a correr, adelantarla, cogerla del brazo y ponernos a girar hasta el mareo. Esa idea no se me despegó todo el camino, que recorrí siguiéndola a distancia, una distancia vacilante, perceptible, obvia para cualquiera que nos reconociera, porque en aquel momento me daba igual quién pudiera verme. Entramos en su casa casi a la vez. Cuando cerré la puerta, que quedó bloqueada con el cerrojo automático, estaba pálida. Quiso decirme algo, pero no la dejé. Su boca se perdió en la mía. Consiguió separarse un instante para decirme en un susurro: «Tú estas loco», después comenzó a devorarme, su lengua atacó la mía y me sentí completamente absorbido. Al desabrocharle la blusa advertí, semiconsciente, que no llevaba nada debajo. Se echó sobre mí y me desnudó de pies a cabeza. La cogí en brazos. Sus cabellos pendían como las ramas de un sauce llorón. A trompicones, encontré el camino del dormitorio, donde afortunadamente la puerta estaba abierta. La deposité lentamente sobre la cama, con delicadeza, como si llevara en las manos un objeto frágil, introduje mi cabeza entre sus senos, mientras sentía sus manos sobre mi piel y su cuerpo, que se agitaba sin descanso. Para ahogar el grito, simuló aquel encantador mordisco en la cavidad donde se une el cuello con el hombro, gimiendo en un vaivén arriba y abajo en busca del placer simultáneo. Cuando lo consiguió, atenuó el mordisco, gritó, pero a diferencia de otras veces en que aflojaba el abrazo tras tensar el cuerpo, esta vez no me soltó. Me apretó contra ella, me llenó de besos y volví a penetrarla. Hicimos el amor en otra posición que a ella le gustaba, la almohada ahogaba sus gemidos y el mundo se hundía en un abismo de éxtasis. Y continuamos así hasta la extenuación.

«Te mereces que te tire por la ventana», me dijo. Yo estaba debajo de ella y sostenía uno de sus pechos con mi mano. Ella me restregaba la cabeza con los dedos enredados en mi pelo. «Mereces que te eche de la cama, que te dé con la escoba y te lance escaleras abajo, y si te atreves a volver, te cierre la puerta en las narices.» Sostenía su pecho en la palma de mi mano y de vez en cuando le friccionaba suavemente el pezón. Normalmente, estas fricciones, apenas acabábamos de hacer el amor, la molestaban, pero estaba tan agotada que ni reaccionó. Solo repetía los castigos, cada vez más severos, de los que yo era merecedor. Después me empujó. Acodada sobre la cama, me dijo que lo sabía todo. Me quedé de piedra. Se abalanzó sobre mí y me cogió del cuello. «Te asfixiaré del todo», me dijo, «por desleal. Antes de hablar con Ladi, debiste venir a mí, cobarde. Has descubierto el pastel, egoísta. Yo hubiera podido arreglar este asunto más fácilmente que Ladi, criatura». Encima de mí y aferrada a mi cuello, continuó sus insultos, que soporté en silencio, sin la menor resistencia, porque, en el fondo, tenía razón. Pero tan de improviso como se me echó encima, se giró, hundió la cabeza en la almohada y comenzó a sollozar. Me quedé perplejo. No sabía qué hacer. Observaba las

sacudidas de sus hombros, su mata de cabello negro junto a mí, incapaz de entender qué significaba aquella pena, aquella explosión de dolor. Sonja era una criatura voluptuosa, pero su fogosidad no tenía nada de histérica. Aquel llanto no era una explosión de histeria. Con un fuerte sentimiento de culpa, sin atreverme a tocarla, le pedí perdón. Por segunda, por tercera, por quinta vez. Ella guardó silencio. Se levantó y se fue al cuarto de baño, de donde regresó cubierta por la bata japonesa, la que nunca le cubría los pechos. Ella sabía que sus senos rebosantes me trastornaban. Su agresividad me enloquecía, como enloquece a un toro el trapo rojo. Ella conocía esa debilidad mía, pero no había motivos para pensar que estuviera coqueteando. No era el caso, pese a que mis ojos, por la fuerza de la costumbre, se clavaran en sus pechos. Después se calmó, llenó dos copas de coñac y me dijo que estaba un poco desquiciada, pero que no era por mí. Cuando le pregunté por quién, me respondió que la noche anterior su padre, medio borracho, había ido de visita a casa de su hermano, el padre de Ladi, y que, desgraciadamente, le había encontrado allí y habían reñido. Sonja rio, una lágrima que aún seguía en su mejilla, resplandeció. Añadió que su padre, cada vez que iba a casa de su tío, se peleaba de mala manera con él. «¿Te imaginas cómo le llama?», me miró fijamente. «Le llama bey, y dice que allí se han juntado un puñado de terratenientes. Al ser más joven que él, mi tío se lo aguanta, pero esta vez le ha echado y menos mal que no lo ha hecho detener. Cuando volvió a casa, mi padre, borracho como estaba, continuó con los insultos. A quién no insultaría, y nos pasamos toda la noche en vela.»

Sonja se bebió de un trago el coñac que aún quedaba en la copa. Tenía ganas de beber. Se había quitado la bata y se había puesto un vestido ligero que, para mi desdicha, la hacía diez veces más atrayente. Digo para mi desdicha porque, en aquella desconcertante situación, cualquier tentativa por mi parte la habría molestado. Como para demostrarlo, se levantó. Me dijo que fuéramos a la cocina. Allí insistió en que siguiéramos bebiendo. No me opuse. Al fin y al cabo estábamos en casa y nada malo podía suceder. «Las grandes familias son las más viles», soltó de repente. Se me pasó el mareo. «Las grandes familias son las más inmundas», continuó, sin preocuparse por la impresión que me causaban sus palabras. «Solo hay allí una buena persona, que es Ladi. El resto son monstruos. Los hombres son cocodrilos y las mujeres, víboras. Por no hablar de los sapos, que apenas cubren su fealdad física con cosméticos. Mi padre tiene razón... Échame otro poco de coñac.»

La obedecí. Le llené la copa, pese a percibir en ella los primeros signos de embriaguez. Sonja era muy sensible. Para demostrarle que no me quería quedar atrás, vacié dos copas seguidas. Me di cuenta entonces de que la tarde declinaba. «Tampoco Ladi», me susurró Sonja en voz baja, «se lleva bien con su padre. Solo te lo digo a ti. Se llevan como el perro y el gato. No se lo digas a nadie, ¿vale?». Sonja me pasó el brazo alrededor del cuello. Yo me incliné en busca de sus labios. Ignoro por qué comparé la tristeza de Ladi con la de Hamlet. Mientras sentía la brasa de sus labios, recordé la noche nevada de su cumpleaños, el fragmento de la conversación entre padre e hijo en las escaleras de la villa, la insistencia del padre poderoso para que invitara sin falta a unos amigos todavía no invitados y, al parecer, más poderosos aún.

A la siguiente copa me pareció de lo más natural la proposición de Sonja de que diéramos un paseo. «Nos verán, pero me da igual. Del único que me ocultaba era de Ladi y a él ya se lo has contado tú. ¿Te da miedo que salgamos juntos?» Le contesté que no. Estaba a punto de ponerme de rodillas y besarle los pies. Como un paje loco de amor por su dueña. Desde aquel momento me negué a admitir que en adelante nuestra relación ya no sería una obsesión. Era un desafío. Y la desafiante era Sonja. Desde esa perspectiva yo era inferior. Mi espíritu desafiante se había extinguido aquella lejana noche de la niñez en la que supe de la existencia de un tío y el mundo se dividió para mí en blancos y negros, en nobles y bastardos. Sonja me mostró, sin embargo, que aparte de una femineidad agresiva, tenía otro rasgo agresivo: el orgullo. Ahora comprendo qué es lo que quería Sonja desafiar. Entonces no entendí nada. Entonces no comprendí que retaba a una capa social a la que se enfrentaba a cada paso con secreta hostilidad: la élite. Nunca me habló de ello. Pero ahora lo comprendo, tengo claro por qué Sonja comenzó a salir y a exhibirse conmigo. Aunque quizás también porque, presintiéndolo hasta el límite de lo inimaginable, veía aproximarse el final.

Aquella tarde, cuando salimos juntos, no encontramos a ningún conocido. Ni a ningún vecino de escalera cuando subimos a su casa. Al día siguiente surgió un problema: mi vestimenta. Era finales de mayo. Por la noche refrescaba y había que llevar chaqueta. Mi vestuario era modesto y en lo que no reparamos la primera tarde, eufóricos por los vapores del coñac, reparamos al día siguiente. Vestido así, ante la resplandeciente Sonja, yo parecía un menesteroso. Aquella diferencia no podía admitirla. Tampoco Sonja. Se me ha olvidado decir que Sonja era arquitecto, tenía la misma profesión que su difunto marido. Y algo más, que las fotos de aquel estaban por todas partes. También sobre la mesilla junto al lecho conyugal donde hacíamos el amor. Era alto, agraciado, rubio. De unos treinta y cinco años. Al principio su mirada me incomodaba. Unas cuantas veces estuve a punto de decirle a Sonja que no podía hacer el amor en su presencia. Después me acostumbré. Si Sonja lo soportaba, también yo debía hacerlo. Sonja era complicada, y yo muy lerdo para comprender sus sutilezas interiores. No caí en el extraordinario parecido entre mi fisonomía y la del hombre que nos miraba desde la fotografía. No comprendí que cuando ella me juraba que me quería, lo decía sinceramente, ante mis ojos y ante los de él. No capté que, cuando decidió exhibirse conmigo, como se exhibía antes con su marido, el pobre, fue para mostrarle al mundo entero que ella era mujer de un solo hombre. Pero tal vez solo sea esta una fantasía de mi mente enferma que inventa cosas inexistentes.

Sea como fuere, Sonja había decidido que saliéramos. Y si en la primera noche no nos había visto ningún conocido, nos acabarían viendo cualquier otra. Al día siguiente, cerca del anochecer, estábamos sobrios los dos, los vapores del alcohol no intervenían. Me examinó de pies a cabeza. «Ven», dijo, «veamos». La seguí en silencio hasta el dormitorio, donde me ordenó desnudarme. Me desvestí. Descontenta, me dijo que me quitara los calzoncillos y la camiseta. Me los quitó. Entonces tiró de uno de los cajones de la cómoda y sacó unos calzoncillos y una camiseta. «Póntelos», me dijo, y obedecí. Después extrajo una camisa azul cielo, una corbata, un par de calcetines y un pañuelo planchado que esperaba allí desde quién sabe cuándo. Ante el armario ropero, vaciló. Yo seguía sus movimientos como un niño curioso, decidido a cumplir todas sus órdenes. Abrió las dos puertas del armario, comenzó a correr una a una las perchas y sacó unos pantalones azules. Me los puse. Me quedaban como si me los hubieran hecho a medida. Cuando me puse una chaqueta blanca, tan ligera que no la sentía sobre la piel, ella soltó una exclamación. Presa de una agitación febril me anudó la corbata y fue a buscarme un

par de zapatos negros del cuarenta y dos, mi talla. Finalmente, me empujó al centro del dormitorio y reculó para contemplarme. «Ahora», me dijo, «espérame en el otro cuarto».

En el salón había entrado pocas veces. Y cuando entraba no me sentía cómodo. Bastante más que en el resto de la casa, se notaba allí la presencia del pasado, empeñado en demostrar que nada había cambiado, que cualquiera que penetrara en esa estancia en ausencia del dueño de la casa se sentiría incómodo. Pero el dueño de la casa seguía allí, en una fotografía de tamaño medio en uno de los estantes de la librería. Me acerqué y la cogí. «¡Oh, Señor!», pensé, «¡morir en la plenitud de las fuerzas y del vigor viril, morir inútilmente y dejar atrás a Sonja! ¿Cómo es posible tan bárbaro castigo, quién querría una muerte tan sin sentido?». «Tú», parecía decirme en voz baja el otro, con aquella sonrisa franca de la fotografía. «Si yo estuviera, tú no estarías. ¿O no?» «Spart tiene razón», intervenía Sonja, «si Spart estuviera, ¿dónde estarías tú?».

Si estuviera yo, no estarías tú. Si estuvieras tú, no estaría yo... Aturdido, reparé en que Spart estaba vestido con la misma chaqueta, camisa y corbata, con los mismos pantalones azules y seguramente con los mismos calzoncillos y camiseta que yo. Era una foto en color tomada en el mismo salón donde me encontraba. Estaban sentados, uno junto a otro, en los sillones que tenía enfrente. Después sentí los pasos de Sonja en el dormitorio, devolví la foto a su sitio y me senté en uno de los sillones, precisamente en el que se sentaba Spart. Cuando Sonja entró con los labios y las mejillas pintados de carmín, como un resplandor celeste, me apoyé en el respaldo del sillón conteniendo con dificultad un grito de asombro: llevaba un vestido color granate, una rebeca en la mano y un bolso blanco colgado del brazo. Igual que en la fotografía que acababa de contemplar. Se quedó en la puerta y yo tardé en entender que esperaba que me levantara. Creí que vendría hacia mí, que se sentaría en el otro sillón y lo desplazaría levemente para apoyar su hombro en el mío. ¿Se trataba de meras casualidades o de cálculos de Sonja? No sabría decirlo. Hasta ese momento no me había percatado de mi parecido con Spart. Y si me hubiera dado cuenta, tampoco habría dicho nada. Por un sencillo motivo. Sonja podía hacer conmigo lo que quisiera desde el momento en que me vistió con las ropas de Spart. Sentía que la quería con locura.

No cabe duda, Sonja hacía su propio juego, hacía realidad un capricho. De lo contrario, no tendríamos por qué haber ido tres noches seguidas a la sala de fiestas del hotel Dajti. Fuimos tres noches y no cuatro. Porque a la tercera nos encontramos allí al hijo del ministro, al instructor A. P. Ya desde la primera noche advertí que Sonja no era una desconocida en aquel ambiente. El invitado sorpresa era yo. El director del hotel, al que nos cruzamos en la entrada, el jefe de camareros, los camareros y hasta los músicos de la orquesta nos saludaban con deferencia rayana en la adulación. Ocupamos una mesa redonda en el rincón más alejado de la orquesta. Sin embargo, el ruido era ensordecedor te pusieras donde te pusieras. Cuando entramos, bailaban parejas de extranjeros. Pedimos café y whisky. Pendiente de cada detalle, Sonja me había dado un billete de mil leks. Me había rogado que me comportara con entera libertad y que no me preocupara de nada. Como un muchacho salido de la pequeña ciudad junto al río, me resultaba

difícil comportarme como ella pretendía. Aparte de que la sala de fiestas me resultaba insulsa. Lo único interesante eran los extranjeros. Pero ellos iban a lo suyo. El hombre de los ojos lechosos apareció una hora después que nosotros. Eran tres, vestían trajes del mismo estilo. Los acompañaba el director del hotel. Lo vi de lejos y ni yo mismo supe por qué se me petrificó en la mano el vaso de whisky. Sonja me contaba la historia de una compañera suya, una vulgar historia de divorcio. Debí de torcer el gesto, porque ella interrumpió su relato al advertir que no prestaba atención y miraba hacia la entrada, donde los recién llegados permanecían de pie. Sonja volvió la cabeza hacia donde yo miraba. Sonrió. «No hace falta que los mires», me dijo. Cogió el vaso, lo entrecrocó con el mío, bebió un pequeño sorbo y lo dejó sobre la mesa. Conservaba su enigmática sonrisa. Los recién llegados se dirigieron al otro lado de la sala, frente a nosotros. Debían de haber encontrado alguna mesa libre. Los perdí de vista. A ellos y al director del hotel que los acompañaba. Sonja, impasible, reinició la historia del divorcio de su compañera. Pero la interrumpió de nuevo. Las luces se amortiguaron y la sala quedó envuelta en una leve y rojiza luminosidad. La orquesta comenzó a tocar un blues. Sonja me dijo que me tomara el whisky de un trago. Ella también lo hizo. Ninguna pareja había salido a bailar. «Levántate», me ordenó. Aunque perplejo, no necesité ninguna explicación. Tenía muy claro lo que pretendía Sonja, a quién se dirigía y qué quería comunicarle. «No te preocupes», me susurró. Le contesté que me fascinaba. Añadí que, si quería, estaba dispuesto a partirle la cara a ojos lechosos en medio de la pista. «No es necesario», me respondió, «esto le saca aún más de sus casillas». Nuestro baile en solitario continuó hasta que el menos atento de los clientes pudiera reparar en nosotros. Incluso la mesa de los tres, que con el director hacían cuatro. Cuando aumentó el número de parejas en la pista, Sonja ordenó que nos sentáramos. El camarero nos trajo whisky, pero Sonja no quiso beber más. Pidió almendras fritas y saladas. Y fueron las almendras lo más interesante que ha permanecido en mi recuerdo de aquella sala de fiestas donde, desde aquella noche, no he vuelto a poner los pies jamás. Siento curiosidad por saber si la sigue frecuentando el hijo del ministro.

«Nos ha visto», dijo Sonja, «estoy segura. Debe de estar enloquecido. He oído decir que siente placer torturando a sus víctimas, a los infortunados que caen en sus manos durante la fase de instrucción del proceso. En el círculo de Ladi, ese rumor lo conoce todo el mundo. Pero nadie hace nada, ni lo hará. ¿Sabes cuántos ojos nos vigilan ahora a los dos?», me preguntó de improviso. «No tengas miedo, estás conmigo. Para esos idiotas, cuando estás conmigo es como si estuvieras con Ladi. Y cuando estás con Ladi es como si estuvieras con su padre. Bestias. Tigres frente a conejos y conejos ante tigres». Sonja cogió mi vaso y bebió un poco de whisky. «Él, sin embargo, es un *parvenu*, un advenedizo. Lo mismo que su padre, el ministro. ¿Entiendes el sentido de *parvenu*? Nuestro Estado ha caído en manos de los advenedizos. Nuestra sociedad, monolítica, como se la califica, está podrida porque la dirigen los advenedizos. Esta es la enorme desgracia de nuestra nación. Veo difícil que nos libremos alguna vez de los advenedizos...»

Nos quedamos un momento más y luego nos fuimos. Fuera había refrescado. El gran

bulevar estaba desierto. Sonja me cogió del brazo y se apoyó en mí. Tuve en la punta de la lengua la proposición de matrimonio, que tenía clavada en el cerebro, pero no me atreví. Me sentía un advenedizo. Un advenedizo que, por una afortunada combinación de elementos, gozaba de los favores de una mujer celestial.

La conducta de Sonja era cada vez más inexplicable. Según las normas, su comportamiento constituía un escándalo público. Así se lo dijo Ladi, con estas palabras. Cuando llamó por teléfono para anunciar que venía, acabábamos de levantarnos de la cama y tomábamos café. Yo estaba en pleno periodo de exámenes. No me había presentado al primero para tener tiempo de preparar el segundo. Hacía tres semanas que no veía a Ladi. «No tiene sentido que te vayas», dijo Sonja, «él sabe que estás aquí». Y a Ladi no le sorprendió encontrarme en su casa. Dijo que nos habíamos dejado ver demasiado y que estábamos en boca de toda Tirana. Después añadió lo del escándalo público. Sonja rio. Su risa me hizo temblar. Era incapaz de tomar la menor decisión que se opusiera a sus deseos. No quería presenciar la conversación entre ellos, pero, de marcharme, Sonja no me lo habría perdonado. En tales condiciones, Ladi fue breve, dijo que lo había enviado su padre con un mandato terminante. Consistía en que debía ir de inmediato a casa de sus padres a buscar a su hijo, que llevaba allí cerca de un mes, y en estar lista a la mañana siguiente. Vendría un coche para conducirla a ella y a su hijo a una villa de Durrës donde permanecerían por tiempo indefinido. «Alrededor de dos meses», dijo Ladi, «hasta que se compruebe tu curación. Mi padre dice que comienzas a sufrir una enfermedad mental. Y no solo mi padre».

Esta vez Sonja no se rio. Palideció. «Mi tío podrá dar órdenes a sus subordinados», respondió, «pero yo ni he sido ni seré subordinada suya. Y en lo que se refiere a mi salud, jamás he estado mejor». En cuanto pronunció estas palabras, salió del cuarto y volvió con una botella de coñac, llenó tres copas y, para animarnos, vació la suya de un trago. Ladi no tocó la suya. Ni yo. Sonja tenía derecho a protestar, pero no de aquella forma. Así pensaba yo en aquel instante; yo, el mediocre. Así pensaba yo, que no sabía lo que era rebelarse, que era incapaz de comprender a aquella mujer. Ladi recuperó la extrema palidez habitual. «Harás, punto por punto, lo que ha ordenado mi padre», dijo. «No estoy para bromas, ni tengo tiempo que perder. Te lo diré abiertamente: mi padre ha recibido serias advertencias. Si no actúas de ese modo, tampoco será posible salvar a Sari (así me llamaban ambos). El secreto que nosotros sabemos, ya no es un secreto. Mi padre está al corriente y el asunto se presenta muy feo.» Después de un breve silencio, Ladi se dirigió a Sonja con dulzura: «No te hagas la testaruda ahora. No hay otra solución. De lo contrario, puede haber represalias de las que hasta mi padre tiene miedo. Me insistió en que obraras así y punto. Esta vez hasta creo que tiene razón. No sé mucho más, pero sí que mi padre está inquieto. Repito, inquieto y no nervioso. En cuanto a ti, Sari, será mejor que desaparezcas durante un tiempo de las calles de Tirana. Vete mejor a preparar los exámenes a tu casa».

Mi cerebro reprodujo la noche nevada del cumpleaños. El fragmento de la conversación padre-hijo, la insistencia del padre en que invitara sin falta a aquellos

amigos. «Oh, Señor», pensé, «nadie se siente tranquilo, todos tienen miedo. Incluso el que pensamos que es tan poderoso, también tiene miedo». Yo palpaba aquel temor en la forma en la que hablaba Ladi y le suplicaba a Sonja. Un temor que me poseyó y me heló el espinazo. Con aquel enredo le había creado problemas a Ladi. «Lo siento», murmuré, «lo siento mucho». Sonja se levantó de la mesa y se quedó junto a la ventana. Entonces Ladi tomó un sorbo de coñac y sonrió como si quisiera decirme: «No te preocupes, así son estas cosas». Cuando se volvió hacia nosotros, Sonja tenía una lágrima en el rabillo del ojo. «Bien», le dijo a Ladi, «comprendo. Quizás esté enferma y no lo sepa. Dile al tío que acepto. Pero no nos iremos mañana, sino pasado mañana, díselo. Estaré lista pasado mañana por la mañana». En cuanto dijo estas palabras, nos volvió la espalda de nuevo. Ladi no pareció sorprenderse, aunque noté cierto alivio en su cara. Bebió el coñac que le quedaba y se levantó. «Me voy», dijo. Sonja no le contestó. Entonces Ladi se alzó de hombros. Me estrechó la mano sin decir palabra, y se fue.

Me quedé ante la copa llena. No había podido levantarme ni siquiera para acompañar a Ladi hasta la puerta. Sonja seguía junto a la ventana inmóvil como una estatua. No sabía qué hacer. Mantuve la boca cerrada. Finalmente se acercó. Era una tarde calurosa. El coñac que había ingerido me producía ardor de estómago. Por vez primera me dije que yo allí era un extraño. Me había introducido por casualidad en el engranaje de las vidas de unas personas que, a pesar de nuestra intimidad, seguían envueltas en una enigmática niebla que continuaba siendo impenetrable para mí. Aquella tarde, sin embargo, comprendía a Sonja mejor que nunca. «¿Te da miedo que salgamos?», me preguntó. Hice entonces el gesto más teatral y alocado de mi vida. Caí de rodillas, le cogí las manos y las cubrí de besos. Había visto aquellos días una película del Oeste en la que, después de mil heroicidades, el protagonista se arrodillaba ante su amada. Mi anticuado gesto no estaba influenciado, pues, por las heroicas peripecias del protagonista. Caí de rodillas por propia iniciativa, tal vez porque se me doblaron las piernas cuando Sonja me preguntó si me daba miedo salir aquella tarde. Lo que me hizo comprender que sería nuestra última salida juntos. Este era el sentido que tenía alargar el viaje hasta pasado mañana. A Sonja, sin embargo, no le pareció exagerado mi gesto sentimental. Me cogió la cabeza entre las manos y me acarició el cabello. Según parece, actitudes que a los hombres nos pueden resultar anticuadas, no las ven de igual modo las mujeres. Salimos antes de anoecer. Caminábamos en silencio, como en un cortejo fúnebre. Los paseantes eran como moscas. No sé lo que le parecerían a Sonja. Ante el restaurante Donika nos miramos y asentimos ambos. Nada mejor que el Donika para evitar las miradas, que se habían aguzado. La de ojos lechosos, de la que ni nos habíamos librado ni nos libraríamos hoy, y las del resto de ojos que nos miraban sin que los viéramos. En el Donika podíamos entrar con tranquilidad. Y permanecer en él más tranquilos aún. Subimos a la entreplanta por una escalera en la que parecía que te ibas a dar con el techo. Ocupamos uno de los reservados. Frente a nosotros, había una mesa vacía junto a la barandilla, desde la que se podía ver todo el local. Sonja no decía nada. Ni yo tampoco. Media hora después apareció el camarero para informarnos de que aquella noche solo había qofte con guarnición de col. «Vale», dijo Sonja, «traíganos qofte con guarnición de col». «Y

cerveza», añadí. «No hay cerveza», replicó el camarero. «¿Entonces que tenéis?», pregunté. «Solo ouzo», respondió alegre. «Sírvanos dos dobles de ouzo», dijo Sonja cortando en seco su arranque de alegría. Cuando el camarero se fue, en la mesa de enfrente se sentó una pareja. Los miré distraído, como si fueran sombras. Me parecieron novios. Y me dieron pena, porque en aquel local solo había esa noche qofte con guarnición de col. Y ouzo. Sentí curiosidad. ¿Bebería ouzo la chica de enfrente? En aquel momento, ella me miraba.

Era la última persona a la que me hubiera imaginado encontrar en aquel local: Vilma. La acompañaba su primo, el chico a través del cual descubrí cuál era la comida preferida de Max. Enrojeció. Quizás porque la había pillado mirándome. Giró la cabeza. Sabía que preparaba la reválida en un instituto de secundaria en Tirana. Su padre continuaba siendo el director de la escuela primaria, hasta octavo, de la pequeña ciudad. Un impulso me llevó a seguir mirándola. Seguro que volvía la cabeza de nuevo. No por mí, sino por Sonja. Así fue. Poco después, con un movimiento aparentemente casual, típico de colegiala curiosa, confiada de que no le están tendiendo ninguna trampa, volvió sus ojos hacia nosotros. Y cayó en la trampa. Pese a la terrible pesadumbre de aquella tarde, me entraron ganas de reír. Esta vez enrojeció hasta la punta del cabello. «Soy un diota», pensé. Entonces Sonja dijo que nos fuéramos. Había pasado otra media hora y el camarero no aparecía. Nos fuimos.

Fue un verano insípido. Más que insípido, estéril. Más que estéril, vacío. Pasé los exámenes de septiembre a finales de agosto. Un final de agosto con una ola de calor y de viento africano, prueba de que el otoño no tenía ninguna prisa por llegar. Ladi apareció en clase con dos semanas de retraso. Verle, avivó mi añoranza de Sonja. Pero no la mentamos. Ladi no tenía motivos y yo no me atreví. «¡Qué absurdos convencionalismos!», pensaba. Habían pasado el verano juntos, solo hacía un par de días que Ladi se había separado de ella y yo, sin embargo, debía mantener la boca cerrada. Me crispé. Me irrité. Habría querido decirle que me importaban un bledo los convencionalismos, que fuera como fuera iría a casa de Sonja aquella noche y que, de lo contrario, me pegaría con media Tirana.

Cuando lo recuerdo, me duele el alma. Siento una pena que me corroe. Cuando Ladi estaba a punto de hundirse en el abismo, yo solo daba pruebas de mi egoísmo. Pero ¿cómo saber que Ladi estaba al borde del precipicio? Todo vegetaba como de costumbre, somnoliento. El monte Dajti se alzaba sobre la capital con su perpetua serenidad olímpica. Los ojos de Ladi estaban tristes como siempre, y su semblante, pálido. ¡Cómo iba a pensar que se avecinaba la defenestración! No era profeta. Era un pobre diablo destrozado por el deseo de dormir con Sonja. Un advenedizo, como le gustaba a Sonja denominar a ciertas personas, un advenedizo enamorado. Nada, salvo lo que tuviera relación con Sonja, me interesaba. ¡Cómo iba yo a imaginar que bajo el agua estancada de la ciénaga ardía una pira y que la ciénaga, los peces con sus coletazos, las anguilas y las serpientes, lo habido y por haber, estaban a punto de entrar en ebullición! Mi mente era incapaz de concebirlo. Nadie hubiera llegado tan lejos. Salvo aquellos que habían comenzado a sentir el fuego bajo las plantas de los pies. Yo era una mera astilla que se hallaba por azar cerca de un árbol en llamas y ardía con él.

Cuando nos vimos a mediados de septiembre, observé en Ladi una cierta desidia. Hacía calor. Todos se lamentaban de no haber retrasado la vuelta a clase y se pasaban amodorrados de la mañana a la noche. No sabría decir si Ladi comenzaba a sentir el fuego bajo sus plantas o en su proximidad. Bajo el sillón de su padre, pongamos por caso. Estaba inmerso en mi propio egoísmo y todo giraba en torno a mí. Más de dos meses sin ver a Sonja me habían vuelto hipersensible. Cada objeto, cada hecho, cada actitud, todas y cada una de las cosas, las juzgaba en relación con ella. Sobre todo las palabras y el comportamiento de Ladi. Mi cerebro trabajaba como un ordenador atacado por el virus de la desinformación. La preocupación que mostraba Ladi la traducí yo en

muestra de frialdad hacia mí, su tendencia a alejarse de la gente, como una treta para evitarme, su falta de deseo de frecuentar los locales, como una manera de no comprometerse conmigo. La separación de Sonja, como un complot. Después llegó aquel día de principios de octubre en el que me di cuenta de lo mezquino que yo era. «Si quieres», me dijo Ladi, «cuando acabe la clase, pásate esta tarde por la iglesia del lago. Llevaré whisky». Él había rechazado, entre tanto, un par de veces seguidas invitaciones mías. «Lo siento», le respondí, «tengo miedo de no poder ir». Pronuncié las palabras con evidente tono malhumorado. Ladi fingió no darse cuenta. «Yo también lo siento», respondió. «Sonja creerá que se me ha olvidado decírtelo.» Como si me hubiera hecho saber algo de lo más corriente, despreocupado, cambió de tema. Me preguntó la fecha del próximo coloquio con Xhohu. Y le respondí que sería dentro de una semana. Nos separamos. Él tomó por el gran bulevar y yo giré por la calle de la agencia de transporte aéreo, donde está la estación de autobuses. El corazón se me salía del pecho. En el último momento, no pude aguantar más. Me volví y le vi alejarse caminando despacio. «La botella que dices», le grité, «llévala llena y no medio vacía». Alzó la mano, esbozó una sonrisa rara en él y siguió su camino.

Fue nuestra última tarde juntos. Nunca más nos volveríamos a ver los tres. Fue la última vez que me acosté con Sonja. Se dice que si las personas supieran el momento de su muerte, cavarían la tumba con sus propias manos. Ni Ladi ni Sonja sabían lo que les esperaba. Estoy seguro. Sabían lo que les esperaba tanto como yo podía saber que era nuestra última tarde juntos y la última noche que dormía con Sonja, pues aquella tarde en absoluto auguraba ningún final. Bebimos una botella entera de whisky, bebimos vino y también cerveza. Nos prepararon en la cocina del local unos entremeses deliciosos. Y no en tributo a Sonja. La gente, desgraciadamente, se somete al poder, no a la belleza. De esta regla tampoco eran excepción los camareros y cocineros del local del lago. No les impresionaba la belleza de Sonja. Si hubiera sido por la belleza, hasta nos habrían dejado sin comer, tal vez. Pero Ladi sí les impresionaba. Ladi tenía poder. Y el poder ejerce una fascinación más poderosa que la belleza femenina. El poder toma posesión del mundo entero, hombres y mujeres. De los hombres hasta la perversidad, de las mujeres hasta la desfeminización. Era evidente, los camareros y los cocineros, todos cuantos se encontraban aquella tarde en el local del lago, ignoraban lo que les esperaba a mis amigos. Yo tampoco sabía lo que me esperaba a mí.

Después, cuando ocurrió lo que ocurrió, oí rumores de que los primeros signos de la paranoia invernal aparecieron antes y que, al acabar el año, ya eran clamorosos. Se decía que, en plena euforia de Año Nuevo, se había echado en falta el retrato del padre de Ladi, que ya no se encontraba entre los cartelones con las fisonomías de los altos cargos, una constante de la decoración festiva de la capital. Esta versión era negada por la mayoría, pues su cartel, decían, seguía entre los demás, como de costumbre. No obstante, fuera o no cierta la versión de su ausencia, yo no me había dado cuenta. Los carteles eran lo último que podía interesarme. Tampoco ojeaba los periódicos, salvo en los casos de obligada lectura colectiva de artículos que se consideraban de importancia, de los que yo nunca extraía el menor interés. Fue otra cosa la que me llamó la atención

en los últimos meses: Ladi perdía el interés por los libros. El tiempo que anteriormente dedicaba por regla general a la lectura, comenzó a dedicarlo a deambular conmigo de local en local. Fue en el periodo en el que Sonja rompió conmigo definitivamente. De no haber tenido el consuelo de la compañía de Ladi, hubiera hecho locuras. Por eso no me sorprendió aquel cambio de Ladi. Pues se correspondía con mi desesperada situación, mi estúpido egoísmo me llevó a juzgar el comportamiento de Ladi como un gesto de solidaridad conmigo por la pérdida de Sonja.

De los primeros rumores me enteré en mi pequeña ciudad por boca de mi padre. Preparaba el único examen trimestral previsto para finales de enero, cuando mi padre entró en mi habitación. Estaba pálido, apenas se tenía en pie. Se apoyó en la puerta y creí que se iba a caer. Baluceaba. Mi padre baluceaba cada vez que tenía algún problema. Según se decía, dos días antes, o tres, el padre de Ladi fue declarado enemigo y detenido. Nadie sabía por qué. Junto a él habían sido cesadas toda una serie de personas, conocidas y desconocidas. Se esperaban detenciones. Esto fue lo que logré entenderle con un esfuerzo sobrehumano de lo aturullado que estaba. Empezó a recorrer la habitación arriba y abajo, bufando, maldiciendo, sin atreverse a ir al grano. Se moría de miedo. Ladi había estado en nuestra casa varias veces, mi padre no había perdido la ocasión de alardear de mi amistad con el hijo del hombre poderoso y ahora, acobardado, no sabía qué hacer. «Es el fin», murmuró. «¡Solo nos faltaba esto! ¿Por qué tuviste que liarte con ellos? Como si no nos bastara con lo nuestro. Oh, Señor, ¿por qué me pones la sogá al cuello?»

Me largué y le dejé refunfuñando. De haberme quedado, hubiéramos llegado a las manos. Me marché, pero sin saber adónde. La cabeza me zumbaba. Era un helado día de enero. Con las calles vacías y los árboles desnudos, la pequeña ciudad esperaba sumirse en una noche como todas las demás. Qué le importaba a ella lo que sucediera en la capital. Le daban igual los cartelones y cuáles de ellos se colgaran o se descolgaran. Estaba harta de historias de retratos de quita y pon. Le impresionaban bastante más los puñetazos que se intercambiaban en el club, donde las navajas salían a relucir por menos de nada. El quita y pon de efigies había llegado a ser motivo de chistes. Los más temerarios utilizaban la expresión «ruedan cabezas». Algo que desconocían los retratos, que continuaban su danza de quita y pon ante la más absoluta indiferencia de la pequeña ciudad.

Aquel día el estruendo del río se percibía nítido. Quizás porque sobre la pequeña ciudad pendía un silencio sepulcral. Soplabá un viento glacial y se me puso la piel de gallina. Fue entonces cuando capté realmente el significado de lo que me había dicho mi padre: según él, había ocurrido dos o tres días antes. Un sudor frío me empapó la frente. Diez minutos después estaba en la mugrienta estafeta de correos y telégrafos, donde siempre había alguien discutiendo con las de la centralita. Introduje la moneda y marqué. Ladi tenía teléfono en su habitación. Insistí, hasta que, desolado, me convencí de que al otro lado nadie levantaría el auricular. Colgué. El aparato escupió la moneda como si se tratase de una porquería. Cinco minutos después repetí la operación. A las ocho de la

tarde, entrando y saliendo de la estafeta, puede que hubiera hecho una docena de tentativas. Pero nadie me respondió.

Volví a casa. Mi padre le había transmitido su miedo a mi madre. Me esperaban con el corazón en un puño, y cuando entré, mi madre tenía los ojos enrojecidos. Me puse frenético. Quería ponerme a gritar, decirles que me dejaran en paz. En lugar de eso, mientras ellos seguían de pie en el pasillo esperando a ver lo que yo decía, me encerré en mi habitación. Aquello les hizo comprender que cualquier intento de hablar conmigo sería inútil. Apenas me eché sobre la cama, me levanté. Como un resorte. Tan rápido que mis padres aún continuaban en el pasillo. Mientras bajaba la escalera a oscuras, oí como me llamaban en voz baja rogándome que volviera.

Fuera no supe si me zumbaban los oídos del estruendo del río o de la confusión que había en mi cerebro. El autobús me dejó junto a la agencia de transporte aéreo. Desde allí, sin aliento, me encaminé al bloque de Sonja. En las escaleras, poco iluminadas, me encontré a una mujer que bajaba mientras yo subía; me susurró que Sonja no se encontraba allí, que debía buscarla en casa de su padre. Cuando volví la cabeza, la mujer había desaparecido. «Me estoy volviendo loco», pensé, «tengo alucinaciones». Sonja no estaba en casa. Insistí en tocar el timbre con una obstinación estúpida, sin obtener respuesta alguna.

No podría decir la hora que era. No podría decir tampoco cuánto tiempo estuve sentado en las escaleras. El gélido frío nocturno me penetraba hasta la médula de los huesos y me levante por miedo a quedarme dormido en las escaleras del edificio de Sonja. Pero Sonja no estaba. La voz que había escuchado no debió de ser una alucinación. Instintivamente, mis piernas me condujeron un kilómetro hacia el norte, donde vivían los padres de Sonja. Las calles estaban desiertas. Caminaba escuchando el ruido de mis propios pasos. No era consciente de lo que buscaba, ni de lo que iba a hacer allí. Hoy puedo afirmar que mejor no haber ido. Para no comprobar lo bajo, lo débil y lo nulo que se puede llegar a ser. Era así como me sentía, precisamente, al llegar al bloque de los padres de Sonja: bajo, débil y una nulidad.

Divisé el automóvil desde lejos, apenas di la vuelta a la calle. Los faros iluminaban hacia abajo, como si se temiera una incursión aérea. Puede que por eso atrajera mi atención. Había algo raro en aquellas luces. Aflojé el paso. Junto a los faros distinguí unas siluetas. Después, murmullos en voz baja. Un ir y venir de gente. Y por fin, la policía en la acera, junto al automóvil, y un camión Skoda grande con toldo y remolque. Se me nubló la vista. Y no del frío, que aquella noche mordía como un perro. Se me nubló la vista ante la escena que tenía delante. «Los van a deportar», pensé. Y se me doblaron las piernas. El instinto de conservación me impulsó a seguir clavado en el sitio. La calle estaba sumida en la oscuridad: las lámparas de neón estaban rotas, las luces de las viviendas de alrededor, apagadas. El inesperado movimiento de una cortina mostraba que los vecinos seguían la escena a escondidas. Me acerqué hasta donde pudiera oír las conversaciones. Entonces vi a Sonja. Tenía a su hijo en brazos. Detrás de Sonja estaba su padre. Y algo más lejos, su madre. Del portal entraban y salían individuos cargados con enseres, que echaban al remolque porque la caja del camión ya estaba llena. Y allí

tenía a Sonja, al otro lado de la calle, en la acera. Podía alcanzarla de un salto. Me mordí la mano. Me la mordí hasta sangrar. Sonja se hallaba frente a mí y yo no me atrevía a salir de la oscuridad. Me mantenía oculto como un topo. En aquel momento, un civil salió de detrás del remolque y se acercó a Sonja. Era él, el hijo del ministro. Sonja volvió la cabeza. Si no hubiera estado seguro de que, donde me ocultaba, resultaba invisible, habría creído que Sonja miraba hacia mí. Distinguía sus ojos mortecinos apuntando al vacío, tratando en vano de librarse de los ojos lechosos. Me apreté la cabeza con las manos y me entraron ganas de estrellarla contra la pared. Nunca supe lo que le contestó Sonja. Cuando la levanté habían comenzado a subir a las personas. Sonja entre ellas. Poco tiempo después, los vehículos partieron. En algunas ventanas corrieron las cortinas. «¡Desapareced!», hubiera querido gritarles. «No hay más que estiércol sobre esta tierra. Como yo y como vosotros. Todos somos estiércol. Y merecemos ser tratados como tal.»

Regresé a la pequeña ciudad al amanecer. De noche también los autobuses duermen, de modo que hice el camino a pie. Los ojos mortecinos de Sonja apuntando al vacío se me habían quedado clavados como puñales. Quizás por esa razón me hice insensible a cualquier otro sufrimiento. Me dormí como un muerto. Cuando desperté, el mundo había perdido su viveza. Tuve la sensación de hundirme en las tinieblas y todo lo que pasó después me resultó absolutamente indiferente.

No pasó nada de particular. Ocurrió lo que tenía que ocurrir, lo que formaba parte de la lógica de las cosas. No me presenté al examen, no había cogido un libro y tampoco tenía sentido hacerme ilusiones. Lo único que anhelaba era desentrañar hasta dónde podía llegar el inconcebible grado de la degradación humana. Lo percibí al volver a clase. Nadie se me acercaba, nadie quería estar conmigo. Sentí una maligna alegría al comprobar cómo la masa se volvía una bestia que se guiaba por su instinto. Pero no hay que darle demasiada importancia a las bestias, porque actúan de manera inconsciente. En realidad, yo esperaba paciente otro hecho, que no tardó en ocurrir. El segundo día de clase, el tutor del curso, visiblemente molesto, como si palpara una inmundicia, me informó de que debía presentarme en la secretaría de la facultad. Allí solo había una persona: la secretaria. Era una mujer alta, con gafas y unas bonitas piernas que le envidiaban todas las estudiantes. Era evidente la delicada situación en la que nos encontrábamos. Para darle ánimos, sonreí y ella enrojeció como una niña pequeña. También su voz y sus gestos eran de niña pequeña. «Como usted comprenderá. Lo siento, no sé por qué han decidido que sea precisamente yo la que le comunique una cuestión que está fuera de mis atribuciones. Me han encargado, vaya, que le diga que a partir de hoy usted no puede seguir asistiendo a clase debido a ciertas anomalías biográficas que hacen imposible su permanencia en la facultad. Lo lamento, me han encargado que le notifique esta amarga decisión, que escapa a mis competencias. Sé lo grave que es y sinceramente le aseguro que en lo que a mí respecta...»

Hubiera querido decirle que era un ángel. Que su sitio no estaba en aquella horrible oficina, sino mucho más alto, en el cielo. Hubiera querido decirle que era una sirena del paraíso. Pero mi boca no formuló ningún agradecimiento semejante. Quizás mis ojos le expresaran mi gratitud, pero no estoy seguro. No estoy seguro de que la secretaria fuera

capaz de descifrar, detrás de sus gafas, las miradas de los demás. Con una frialdad rayana en el cinismo, le dije que solo aceptaría la notificación si se me comunicaba por escrito, firmada y sellada y que, de lo contrario, no veía ninguna razón para interrumpir mi asistencia a clase. «Por supuesto», murmuró perpleja, «está en su derecho».

Salí y entré en clase. Mi acción era inútil, todo había concluido. Pero yo había perdido sin remisión a dos personas queridas. Sin dejar huella. Eran absolutamente inocentes. Y recordé de nuevo aquella noche nevada del cumpleaños, la conversación del padre con el hijo, la insistencia del padre en que se invitara sin falta a tal o cual. «Ladi no debió de cumplir el mandato de su padre», pensaba, mientras asistía como un sonámbulo al desplazamiento del profesor. «El no invitado o los no invitados se enfadaron. Dijeron: "Pero, bueno, ese con pinta de tuberculoso ¿se atreve a no tenernos en consideración? ¡Le irá la cabeza en ello y la haremos rodar con las de todo su clan!". De modo que un día comenzaron a rodar cabezas. La primera, de acuerdo al rango, la del que más alza la cresta. El arrogante. ¿Conserva la cabeza el arrogante de esa familia? Me temo que el que no la conserva soy yo», pensaba temblando. Alguien me tocaba en el hombro. El tutor. Con aquel fastidio, como si estuviera cogiendo con las manos una porquería. «Preséntate en la oficina de Xhohu», me dijo inclinándose, «ahora mismo». Tuve la sensación de que era mi cabeza la que rodaba.

Xhohu me recibió sin formalidades. Antes de que comenzara su discurso, que más o menos podía adivinar, pensé decirle que su lugar no estaba en esta oficina que se barría y se fregaba a diario y se caldeaba con una estufa eléctrica. Su lugar estaba en el séptimo círculo del infierno. Mientras tanto, sin dignarse mirarme siquiera, Xhohu formuló la siguiente declaración: «Si su señoría insiste en que le demos las cosas por escrito, nada más fácil. Pero no nos compete a nosotros, que no damos las cosas por escrito. Las dan en la oficina de un conocido tuyo que se llama A. P. Si no estás satisfecho, lo siento, debes presentarte ante A. P. Allí te lo aclararán todo por escrito...».

El argumento de Xhohu fue convincente. No había previsto la posibilidad de semejante solución. Salí de allí con escalofríos. El sobrentendido de Xhohu apuntaba lejos, no estaba en mi mano dejar de temblar. Me marché casi a la carrera. Como un perro con el rabo entre las piernas. Como un perro apaleado, como un chucho callejero.

Al ver la vomitona a mis pies, me entraron náuseas de nuevo. Un brusco espasmo muscular precipitó mi cabeza contra el tronco del pino. Ya no tenía nada más que devolver, salvo un poco de bilis amarga, que cayó sobre la papilla y los jugos gástricos, mezclada con el sucedáneo de café y el coñac. «Vete, miserable», repetí con turbia mirada. «¿Qué es lo que guardas? Loco de atar, lo que tú custodias se pudre, desde hace tiempo, en el seno de la tierra. Esfinge trágica, de ella no queda más que un montón de huesos, mientras que tú y yo seguimos vivos. Para torturarnos el uno al otro hasta el fin de nuestros días. Tú, demente; yo, hecho una nulidad. ¿Quién de los dos ha salido ganando, majara, tú o yo? Lo que has ganado tú está a la vista desde hace años. Pero tú, con esos ojos inyectados en sangre, ¿estás en condiciones de apreciar lo que he ganado yo? ¡Vete! Nadie tiene intención de atacar tu solitaria villa. Métete dentro y duerme. Quizás tengas un sueño. Ayer la vi en un sueño. La vi yéndose por el mar. Llevaba aquel vestido blanco con su tela como la de las novias. Iba, por decirlo así, vestida de novia, pero a mí también me parecía una niña. Y lloré porque se marchaba con los huidos. ¿Qué significado puede tener este sueño, majara, y por qué lo tuve precisamente ayer?»

«Este majara nunca me responde», pensé. Y logré apartarme del tronco del pino. El sol había conseguido encontrar una grieta en aquel cielo mugriento, por la que penetraba algo de luz. Cegado, puse los pies en la acera. Xhoda se quedó atrás, tras la verja, sentado en la silla, con la barra de hierro entre las manos. Ante mí tenía el puesto de kebab de Arsen Mjalti con la puerta abierta. Estaba cerrado y ahora, de repente, lo encontraba abierto. Había, por tanto, una posibilidad de apaciguar las terribles ganas de llorar. ¡Como si hacía el qofte con carne de gato! No podía pasarme el día sin beber bajo aquel cielo mugriento. Sin embargo, al contrario que Xhoda, yo sabía que ella ya no estaba, que no se encontraba entre los huidos, que estaba en el seno de la tierra convertida en un montón de huesos.

«¡Que la peste nos alcance a los dos, a ti y a mí, por quedarnos aquí a comer las porquerías de Arsen y a beber sus meados!» Esta maldición, dicha sin malicia, me entró por los oídos en cuanto traspasé el umbral y mi nariz se dio de bruces con el humo del tabaco mezclado con el olor de los qofte. «Al parecer», pensé ante la insolente cara de satisfacción del propietario, «a los que nos hemos quedado, no nos queda otra que tragarlas». Cogí los qoftes en un trozo de papel, espolvoreados de sal y pimienta, y un vaso grande de raki y me fui a un rincón del local, en el que otro cliente me clavaba el codo. Devoré los qofte. El raki lo fui bebiendo poco a poco. De haber sido coñac me lo habría tomado en un trago. Ardía de sed. Tanto, que me daban ganas de coger el vaso y vaciarlo en la boca al modo en que los chóferes le echan agua al radiador que se abrasa. Continué despacio, aguantando, a pequeños sorbos. Era la única forma de matar la sed con el raki. Y de alejar los malos pensamientos. Me refiero a que, por un instante, sentí el deseo de coger el vaso de raki y estamparlo contra la insolente cara de satisfacción del jefe de brigada. A mi entender, la composición del raki era aún más dudosa que la de los qofte, de la que tanto se hablaba. Ahora bien, al beber aquel brebaje explosivo con

método, es decir, despacio y a pequeños sorbos, en lugar de poner en práctica los malos pensamientos, le pedí que me llenara otro gran vaso, petición que el dueño no tardó en satisfacer.

No sabría decir cuánto duraron los cumplidos entre nosotros, entre Arsen Mjalti y yo. Cuando salí, el cielo estaba cubierto y negro, en algún lugar de la colina cercana al río relampagueaba y unas gotas gordas me reventaron en la cara. Alcé la cabeza hacia el cielo. La plaza estaba desierta. Se detuvo el autobús, pero no bajó nadie. Iba de vacío, como la plaza. Me quedé en medio contemplando la lenta marcha del autobús. La pequeña ciudad, inmersa en su desasosiego, seguía durmiendo el sueño de la muerte. Di algunos pasos. Las rodillas apenas me sostenían. ¿Qué podían sostener las rodillas de un borracho? Solo tenía una idea fija: llegar a casa como fuera...

«Llegar a casa, como sea», pensaba. Del autobús que acababa de irse no se bajó nadie excepto yo. La plaza estaba desierta, el cielo cubierto, un cielo de febrero, frío, mugriento. Hostil, como la cara de Xhohu. Aún seguía bajo el efecto de su amenaza. Si lo quieres por escrito... Por supuesto, renunciaba a cualquier cosa por escrito. Me hubiese tenido que presentar ante Ojos Lechosos, quien, según se decía, gozaba torturando a la clientela. No quería tratos con Ojos Lechosos. De la misma opinión eran mis padres cuando les detallé el enfrentamiento con el Zeus catedrático. Mi madre se tiraba de los pelos, mi padre empezó a recorrer la cocina-comedor arriba y abajo. En esta ocasión, la crisis la solucionó mi padre de la manera más sencilla. Después de pasarse un buen rato dando vueltas, se detuvo, y dirigiéndose a mi madre dijo: «Deja de llorar, que no se ha muerto nadie. El destino nos ha echado la soga al cuello. Y tú», se giró hacia mí, «deja de darle vueltas. Lo que tenía que ocurrir, ocurrió. Mira a ver lo que haces ahora. Si te encierras, como acostumbras, enfermarás. Eso es todo, y en lo que a nosotros respecta, puedes pasarte sin trabajar lo que quieras». Esto fue lo que dijo mi padre, y se puso a preparar café para los tres. Asombrosamente, no mostró tener miedo. A mí, sin embargo, el miedo me había penetrado hasta la médula de los huesos. No me da vergüenza reconocerlo. La desaparición de mis amigos y el crujir de dientes de Xhohu me habían aterrorizado. Si caía en las garras de Ojos Lechosos, quién sabe lo que me esperaba. Fruto del miedo más que del consejo de mi padre, me presenté en la cementera a pedir trabajo y me cogieron. En la planta de trituración. Ojos Lechosos no volvería a acordarse de mí. Y comprendí el porqué en cuanto me puse a trabajar. Aquella fábrica era el infierno en la tierra. Había acabado en el infierno. Sin mediación de Ojos Lechosos. Los engranajes de la administración no tenían necesidad de recomendaciones, les bastaban mis referencias. Tenía un tío materno fugado. A lo que se sumaba mi amistad con el hijo de Fulano. Más que suficiente para que a la gente se le pusiera la carne de gallina en mi presencia. Un demonio con cuernos y rabo, como yo, expulsado de la facultad, solo era digno del infierno en la tierra: la cementera de la pequeña ciudad, la que producía más polvo que cemento.

Como el diablo no se incomoda con los de su especie, los cinco demonios de la planta de trituración, que conmigo hacían seis, me acogieron como si fuera de la familia. Tres eran gitanos y dos payos. Mi llegada equilibró la correlación de fuerzas. Conmigo llegó un camión Skoda con remolque cargado de piedra caliza, cuya descarga, con la subsiguiente trituración, sirvió de ceremonia de presentación de las cartas credenciales.

La ceremonia me dejó hecho trizas. Cuando vi a los demás hacerse a un lado y comenzar a comer en silencio, pensé que si continuaba trabajando en la cementera me moriría la primera semana. No me morí. Ni aquella semana, ni al cabo de un mes, ni de los cuatro años siguientes. Pero de haber seguido en la misma planta algo más de cuatro meses, quizás habría sucumbido. Sin embargo, mis colegas, los diablos trituradores, me aseguraron desde el primer día que hasta el momento no se había muerto nadie ni en la planta ni en toda la fábrica productora de polvo. Me entraron ganas de decirles que resultaba obvio, puesto que la fábrica era un infierno; un infierno al que iban los difuntos a purgar sus pecados, como nosotros, que éramos también pecadores difuntos condenados a perpetuidad. No se lo dije. No tanto porque creyera que, en su ignorancia, no lo iban a entender, sino porque eran pecadores y además estaban muertos, lo que no convenía recordarles. Máxime cuando ellos pensaban que habían muerto en cierto momento, habían pasado una temporada en el infierno y habían resucitado de nuevo. A tres de ellos, dos gitanos y un payo, les habían caído distintas penas de prisión por hurto. Delitos comunes. Ninguno de ellos calculaba pasar demasiado tiempo allí. Debían de pensar que, después de la temporada pasada en el infierno, se encontraban en el purgatorio a la espera de un hipotético paraíso. No tengo la menor idea de cómo se imaginaban el paraíso. Eran del bando de los diablos satisfechos de la planta, demonios optimistas siempre con la moral muy alta. He dicho el bando. Pero en aquel grupo de cinco desgraciados, que conmigo hacían seis, había tres bandos. El primero, el de los delincuentes comunes optimistas. El segundo, formado por un solo individuo, un gitano de unos treinta años, excobrador de autobús urbano, con condicional de un año por lesiones. El tercero lo formaba también un único individuo que andaba por la cincuentena. Trabajaba en la fábrica desde hacía dos años tras cumplir una condena de diez por el delito de agitación y propaganda. Me fijé pronto en él, pues tras la descarga y la trituración del contenido de cada camión, los optimistas ocupaban un rincón, el excobrador otro y el que fuera preso político el suyo propio. Surgió un dilema: ¿en cuál de los bandos integrarme? La solución fue fácil: no me integré en ninguno. Los optimistas puede que me aceptaran, todo era amistoso en ellos, hasta su sonrisa. Pero su inclinación a meterse en todo me hacía precaverme, de modo que, respondía a sus sonrisas, sonriendo. El excobrador no se dignaba acercarse a nadie, se consideraba a otro nivel, superior. Con los optimistas no se juntaba, claro está, porque eran de la ralea de los rateros. Con el expreso político, ¡faltaría más!, ya tenía bastante con su año de condicional por lesiones, una pena aceptable por una causa que cabría calificar de viril. Lo malo era que el tipo no me gustaba. Comía mucho, varias veces a lo largo del día, quizás para mostrarnos a los demás su opulencia de excobrador de autobús. Quedaba el expreso político. En los cuatro meses que trabajamos juntos apenas supe nada de él. Era un hombre silencioso, hosco, que no paraba de fumar. Traté, sin éxito, de entablar alguna conversación con él. En todos los casos me respondía cortante y seco, con aspecto cansado, como dándome a entender que le dejara en paz. Al final formé mi propio bando conmigo mismo. Éramos seis personas y cuatro bandos. Bandos de pecadores, de pecadores difuntos.

La jornada de trabajo la iniciábamos en la caseta. Los camiones llegaban casi siempre a partir de las ocho, de modo que nos daba tiempo a calentarnos en una estufa de leña. Los optimistas nos aturdían con sus bromas sexuales a voz en grito. No había nada que hacer, eran tres, jóvenes, fuertes, nadie quería indisponerse con ellos. El excobrador, para contener la irritación que le producían, caía a plomo sobre su morral y se hartaba de comer. El expreso político, aparte de fumar sin parar, sentía un frío terrible y se acercaba a la estufa hasta medio chamuscarse. Su cara reflejaba un sufrimiento permanente. Cuando los optimistas gritaban, se retorció, se crispaba, y a mí me daba la impresión de que, de un momento a otro, se iba a lanzar a por aquellas gargantas atronadoras. Pero no. El hombre inspiraba, volvía la cabeza hacia la puerta siempre abierta y se ponía a observar las densas volutas de humo que desprendía la chimenea de la cementera. Cuando cesaba el viento, el humo parecía un chorro negro. Primero se elevaba, para extenderse a continuación sobre la vega del río como un lienzo; un lienzo negro que iba descendiendo despacio, uniforme. Los optimistas seguían con sus bromas sexuales, el excobrador masticaba, el expreso político se encerraba en su dolor. Yo los observaba desde un rincón de la caseta. Y me imaginaba los cabellos de Sonja recogidos en una pañoleta semejante y amortajada con un lienzo negro. Un lienzo de humo y polvo. Los vapores y el polvo del infierno. ¿Dónde estaba? En alguna parte. Con Ladi. Perdidos en algún lugar. Sin esperanza. Por siempre. Lejos de mí y yo lejos de ellos. Perdido en una caseta donde éramos seis individuos y cuatro bandos. Mas ¿en qué lugar perdido estarían ellos?

De repente, en cuanto sonó en el camino el motor del Skoda, el cuerpo de nuestro propio Zeus, es decir, del amo y señor de los seis individuos y de los cuatro bandos, cubrió la puerta. Era el jefe de brigada Y. Z., que juraba y tonaba con mayor prepotencia que el propio Zeus Olímpico. Zeus Olímpico... ¡y a nosotros qué! Teníamos nuestro propio minizeus que nos vigilaba, nos controlaba, rellenaba el libramiento dos veces al mes, apuntando junto a nuestros nombres una paga simbólica, que rubricábamos también simbólicamente.

El ruido del camión y la aparición del cuerpo de Minizeus en la puerta de la caseta eran simultáneos, de una precisión científica. Me recordaba una clase sobre la experimentación con perros. Tema: reflejos condicionados y no condicionados. Desarrollo: en cuanto suena la campana, que es la señal, le echan de comer al perro. Ante la comida, las glándulas correspondientes segregan saliva. Después, basta con que suene la campana para que la boca perruna se llene de saliva. A nosotros nos bastaba el ruido del camión para ponernos en pie. Su sonido significaba que Minizeus surgiría en la puerta, por lo que debíamos estar listos para triturar montones de toneladas de piedra caliza. La aparición de Minizeus disolvía los bandos y los seis demonios actuábamos como los recios miembros de una única bestia. En unidad de acción, la bestia triturapiedras se pegaba al remolque y a la caja del Skoda, descargaba y amontonaba los peñascos y a continuación se precipitaba sobre ellos, en silencio, jadeando, resoplando, sudando seis distintos sudores, desprendiendo seis distintos olores que se fundían en uno solo, mezclado con el polvo de la piedra, del cemento y del carbón, que taponaba todos y

cada uno de los poros de la bestia sexmembre. Cuando concluíamos, Minizeus desaparecía y la bestia sexmembre volvía a su primitivo estado de división. Se formaban de nuevo los bandos, que se apartaban cada uno a su rincón para tomar aliento, limpiarse el sudor, secarse, hacer sus necesidades a la intemperie, jamás en el váter donde, con solo meter la cabeza, te asfixiaba el hedor. Después, los optimistas retomaban sus bromas sexuales a voz en grito, el excobrador se ponía a engullir con avidez, el expreso político se encerraba en su dolor, mientras yo, al contemplar los lienzos negros del humo, pensaba en mis amigos. Y de repente, se oía el runrún del motor, y de repente se presentaba en la puerta Minizeus, y... Lo mismo a diario, con precisión científica, con una monotonía extenuante rayana en la crueldad.

Fue entonces cuando descubrí que el ser humano siempre tiene una vía de escape. Para saberlo has de pasar de la condición humana a la de bestia. Una vez alcanzada la condición de bestia, la aniquilación resulta preferible. Mucho mejor la nada que el estado bestial. La extenuación física te familiariza con la nada. En su momento, el padre de Sherif aniquilaba los chuchos callejeros con un trozo de hígado. A Max le di hígado de cordero. Se me metió en la cabeza la idea de aniquilarme con un trozo de hígado. Había visto con mis propios ojos que el aniquilamiento era rápido y sin mayor dolor. Unos pocos temblores, algún espasmo, un poco de saliva en la boca, la caída de los párpados y después nada, la eternidad. Y quién sabe si el renacimiento a una nueva vida. Ladi me había tenido en vilo toda una noche con la teoría de un filósofo japonés, del que no recuerdo el nombre. Según este, tras la muerte, la vida renace bajo una nueva forma, el espíritu se reencarna en otro ser, un árbol, por ejemplo. E incluso en un perro, podría ser. De ser cierta esa teoría, yo me reencarnaría, sin ninguna duda, en un chucho callejero, para acabar de nuevo envenenado con el hígado del padre de Sherif. No me arriesgué a demostrar la teoría filosófica del japonés. Pero no precisamente por temor a la irremediable reencarnación perruna. No me arriesgué por falta de coraje. Debía de tener yo muy poca pasta de japonés, cuando a ellos ni les tiembla la mano al abrirse la barriga con el haraquiri. No, yo no tenía pasta de japonés, y aparte no creía en esa teoría. En general, no creía en ninguna. Y cuando no crees en nada, tienes miedo, tienes miedo montones de veces y no emprendes ninguna acción por temor a lo desconocido. Mas, no sé, tal vez fuera el azar el que impidió que pusiera en práctica la teoría del filósofo japonés.

Era un claro día de abril. La noche anterior no había pegado ojo. No había descansado ni al amanecer, como me ocurría con frecuencia. Sin proponérmelo, me vestí y salí. No hacía ni frío ni calor. Mi cuerpo, o no reaccionaba, o no captaba los estímulos externos para hacerse cargo de la temperatura. Me constaba que hacía sol y que era un claro día de abril. Un único pensamiento me asaltaba mientras caminaba hacia la ribera del río: ¿sentían o no sentían frío los peces en el agua? Si lo sentían, ¿qué hacían en invierno? «Nadar», pensaba, «y al nadar entran en calor. Yo, sin embargo, no sé nadar. Si me cayera al agua me congelaría de inmediato, pues no sé nadar ni entrar en calor como los peces». Después pensé en Sonja. «Ella debe de saber nadar», me dije. «Seguro, cómo no. Supongamos que se encuentra junto al río y se cae su hijo al agua. No podría

salvarlo si no supiera nadar. Ella debe de saber nadar, por supuesto, pero yo no. Esa debe de ser la razón por la que nunca haya habido entre nosotros una conversación fluvial ni marítima.»

El río discurría con sigilo, con sus aguas transparentes. Sin quitarme los zapatos lo vadeé y pasé al otro lado. Una franja de niebla ocultaba parte de la ribera y una parte de la cima de la colina. Seguí el sendero que conducía a la cima cubierta de nubes. «Por eso está el cielo tan claro», me dije, «porque las nubes están debajo». Más allá, al pie de la colina, el río se arqueaba formando una balsa. Comprimida entre la ladera y una playa fluvial, la balsa era permanente, no como el resto de charcas que aparecían y desaparecían, mientras la playa fluvial se anegaba solo en caso de inundación. Era una balsa profunda, la favorita de los peces de todos los tamaños y de toda clase de pescadores, que la solían frecuentar en buen número en toda su longitud. Más impacientes, los chavales de la pequeña ciudad pescaban a toda velocidad con cartuchos de dinamita, también llamados *lokum*. Se contaba la chanza de un inocente niño que, al oír hablar de lo fácil que era la pesca con lokum, cebaba el anzuelo con la golosina y no con las lombrices. Eso es lo que le habían dicho, que los peces caían como moscas con lokum. Pero en la balsa hacía ya tiempo que no se avistaban pescadores. Con tanta utilización del lokum, los peces enfermaron de diabetes. Las aguas se habían vuelto azucaradas, no les sentaban bien y por eso desaparecieron. «Para que luego digáis que no tienen cerebro», pensaba. Las gentes, sin pizca de razón, se insultan llamándose «cerebro de pez», o su equivalente: «cerebro de mosquito». Pero si los peces tuvieran boca para insultar, se llamarían entre ellos «cerebro humano». ¿Acaso existe algo más estúpido?, las insensateces del cerebro humano resultan inconcebibles para el noble cerebro de un pez de río.

Había salido de la franja de niebla y se alzaba ante mí la ladera. Entre la ladera y la playa fluvial, la balsa. Calma, adormecida. Giré hacia el lado contrario. Mi propósito era subir a la cima, cortada a pico sobre las aguas embalsadas. Desde ella, en verano sobre todo, cuando la playa estaba a rebosar, se lanzaban los niños más temerarios. Ahora no había ni un alma. Solo yo caminaba con los zapatos empapados hacia aquel punto dominante sin saber lo que buscaba en él bajo el sol de abril, ni frío ni caliente, y bajo el cielo claro. Pero hacia allí me guiaban, sin remedio, mis pasos. Mi ascensión, como se diría en la crónica deportiva, debía ser coronada con un impulso volador. Pero desgraciadamente ni era un pájaro ni tenía alas, por lo que mi impulso habría de acabar en caída libre, en un vuelo libre hacia abajo. La balsa se desperezaría, los peces se asustarían. Si es que quedaba alguno. Y yo no sabía nadar. Mis pasos me siguieron guiando hacia lo alto.

Lo primero que vi fue la superficie del agua. Me entró un mareo. De no haber retrocedido, me hubiera despeñado. El retroceso fue involuntario y me reí. Comprendí que sufría mal de altura. Las alturas me producían vértigo, mi organismo no se adaptaba. Reí porque no tenía la menor pasta de japonés. Pero mis pasos me seguían guiando. Estaba de nuevo en pie y me situé al borde del precipicio. Otra vez me entró vértigo. Abajo, la quieta superficie de la balsa comenzó a oscilar y yo con ella. Tuve la sensación

de que dando un pequeño paso me hallaría suspendido en el aire, ligero como una pluma. Tuve la sensación de que podría volar y de que mi caída libre acabaría siendo suave, como si me posara sobre un tupido edredón. Entre las ganas y la falta de ganas por alzar el vuelo, mis ojos advirtieron, de repente, allá a lo lejos, al final de la franja de nubes, unas personas. Sentí entonces, en el estricto sentido de la palabra, el miedo a la caída. No me moví. De haberme movido, me habría precipitado. La gente miraba hacia mí. Yo miraba hacia ellos. Después Vilma me dijo que cuando me vio había gritado, tan evidente resultaba mi deseo de volar. «Cuando vi que te sentabas al borde del precipicio, me calmé, mi padre me llamó tonta por haber gritado. Pero grité porque te reconocí. Creí que por poco te caías. Mi padre se burló, porque dijo que lo que necesitabas era refrescarte las ideas.»

Yo también la reconocí. Que nuestros caminos se cruzaran en aquel lugar solo podía ser obra de la providencia. Una coincidencia fatal, puesto que yo no había volado. Me senté al borde del precipicio, oculté la cabeza entre las manos y sollocé. No sabía por qué sollozaba. No podía imaginar las consecuencias de esta coincidencia. Si hubiera sido un oráculo, en cuanto aparecieron al final de la franja de nubes, me habría echado a volar. Directo a la eternidad. Directo hacia la nada. Pero no era un oráculo. No tenía ninguna capacidad de predicción del destino. Cuando los vi a ambos, quizás me puse a sollozar porque la idea de volar perdió toda su intensidad. Habían venido a pescar. Vilma con sus ojos azul cielo y Xhoda el Loco, que entonces no estaba loco en absoluto. Yo sollozaba inútilmente. No sabía lo que nos esperaba. No era un oráculo.

El hombre se acostumbra con facilidad a la condición de bestia porque, según se admite, es un ser tremendamente adaptable. Tras la fallida intentona de volar en caída libre aquel claro día de abril, todo se simplificó como por arte de magia. Mi único objetivo era ahora existir, de cualquier modo y a cualquier precio. Existir para asumir mi propia inferioridad. Para sentir el desprecio de los privilegiados, de aquellos que, para suerte suya, no tenían ningún tío materno fugado ni habían tenido amistad con ningún hijo de Fulano. Vivir por vivir. En ese estado, basta un trozo de pan para que le des gracias a Dios siete veces al día. Yo no se las daba porque no creía en Dios. Pero empecé a creer en nuestro Minizeus, el jefe de brigada de la planta, soberano de seis demonios con cuatro bandos. Donde hay demonios y bandos, la existencia se complica, no importa cuán pacíficos sean los demonios y cuán benévolo los bandos. Los lucíferos de mi planta, como era de esperar, ni eran pacíficos ni benevolentes sus bandos. Se armaban peloterías a diario por pequeñeces que llegaban a alcanzar dimensiones cósmicas.

Los optimistas no tardaron en tomarla conmigo. Me tocó. Quién sabe si por haber sido universitario o porque oyeron hablar de mis hazañas, de las que se continuaba murmurando. A lo mejor porque, con la intuición de los de su ralea, se olieron que podía ser presa fácil comparado con el excobrador o el expreso político. Sea como fuere, la tomaron conmigo con una inquina inexplicable. Como rateros de la capital que eran, tenían un alto concepto de sí mismos, pero olvidaban que yo era un chaval de extrarradio. Y a un chaval de extrarradio, incluso universitario, podía achacársele cualquier debilidad, salvo la relativa al uso de los puños y de la navaja. Mi amor propio no me permitía pedirles ayuda a los compañeros de la infancia. En su mayoría, deambulaban por las calles sin trabajo buscando camorra; llevaban navajas, puños de acero y eran capaces de obligar a los rateros a no volver a pisar nunca más por allí. No quise ir a buscarlos. No quise por una razón que puede mover a risa: su jefe continuaba siendo Fag, el de mi infancia. Mucho había llovido desde entonces, pero cada vez que nos encontrábamos nos lanzábamos penetrantes miradas y sentíamos que entre nosotros nada había cambiado. Permanecía inamovible la relación de entonces. Pero lo que no fui a pedirles a los antiguos compañeros, lo conseguí en cierto modo de Minizeus, el jefe de brigada Y. Z. Él tenía potestad para controlar la situación sin puñetazos. Bastaba una palabra suya para alargar otros seis meses el trabajo de los rateros en la planta de trituración. Minizeus era también del extrarradio y conocía su oficio. Me ayudó. Y yo le

invocaba.

El enfrentamiento con los optimistas se produjo por circunstancias totalmente imprevistas. Ni el propio Minizeus tenía potestad para impedirlo, y menos yo. Ocurrió cuando de forma inesperada entró en escena Linda. La gitana Ermelinda, mi iniciadora. Linda trabajaba, desde hacía dos años, a unos cincuenta metros de nosotros, en el molino de cemento. Me la crucé ya el primer día que fui a trabajar. Me sonrió y me guiñó un ojo. Nada más. Se alejó sin decirme una palabra, como una perfecta desconocida. No le di importancia, tenía otras preocupaciones. Después supe que hacía el amor con el técnico del turno, un loco celoso a causa de Linda y no de su propia mujer. Linda evitaba, por ello, cualquier malentendido, pues aquel imbécil le pegaba a la mínima. Me enteré también de un detalle que ignoraba en la época en la que hicimos el amor. Solo su madre era gitana, su padre era un payo blanco. Lo sabía todo el mundo. Su padre era el director de la fábrica de hormigón, que era gruista cuando Linda fue concebida. Así se explicaba su color chocolate claro. Estas historias las contaban los optimistas, que eran el centro de información. En sus bromas y en sus conversaciones mentaban a menudo a Linda. Sin embargo, no se atrevían a acercarse a ella. El técnico del turno podía darles un disgusto. Los de su ralea olfatean el peligro como lo haría un animal y saben perfectamente cuándo agachar el lomo y cuándo enseñar los dientes. En algunas ocasiones, como el que lanza la piedra y esconde la mano, le decían algo. Linda ni se dignaba volver la cabeza y menos contestarles.

Cuando Linda vino a buscarme, me quedé de una pieza. Estábamos a mitad de mayo y hacía un calor prematuro, tanto que se decía que la playa de Durrës estaba llena a rebosar. Tras la trituración de varias toneladas de piedra, la bestia sexmembre se había vuelto a dividir y cada cual ocupaba su rincón a la espera de los siguientes camiones. Linda apareció en la caseta de la forma más natural. Metió la cabeza como si lo hubiera hecho millones de veces. El excobrador se quedó perplejo con el morral en las manos, el expreso político con su cigarrillo entre los dedos y los optimistas fueron los más sorprendidos. Linda dijo exactamente: «Sari, por favor, sal un momento». Nadie me llamaba Sari, me llamaban por mi nombre, Thesar², sin hacer uso de diminutivos. Cuando los optimistas querían insultarme, lo acertaban: Thes³. Sari solo me lo habían llamado dos personas, Sonja y Ladi. En cuanto dijo la frase, sin darle a nadie tiempo para reaccionar, Linda se eclipsó. Me esperaba más allá, a una treintena de pasos, a pleno sol. Estaba enteramente cubierta de polvo de cemento. La cofia solo dejaba al descubierto una parte del rostro. El mono de mahón la cubría por completo. De la misma forma telegráfica con la que me había llamado, dijo: «Hoy a las ocho, en aquel sitio», y se fue. Me quedé allí plantado siguiendo el movimiento de sus nalgas. Vestida así, con cofia y ropa de trabajo, a algún extraño podía parecerle un polvoriento pelele. Aquel pelele acababa de mordirme con su centelleante mirada. Yo sabía muy bien lo que escondía aquel pelele. Me había invitado como si hubiéramos hecho el amor la noche anterior. Me invadió la tristeza. No dudó ni por un momento que yo acudiría. Volví a la caseta. Los optimistas me lanzaron puyas, pero no les respondí. Afortunadamente, llegó un camión de piedras, apareció Minizeus en la puerta, dimos un salto, nos

transformamos en la bestia sexmembre, en la bestia dócil a la que Minizeus, sin necesidad de hostigar, puso a triturar piedra. Seguía resonando en mi oído el nombre de Sari, pronunciado por Linda sin el menor equívoco. Pero yo, en mi condición de sexto miembro de la bestia, buscaba un equívoco, el de mi propia existencia.

«Te llamé Sari como muestra de confianza, para que los demás no pensarán mal», me explicó Linda cuando le pregunté cómo se le había ocurrido aquel diminutivo. Cuando insistí en saber por qué había utilizado precisamente el diminutivo de Sari y no cualquier otro, ella rio. «Otro diminutivo sería el de Thes», objetó. «¿Me imaginas acariciando a alguien llamado Saco?» Convincente argumento. De haber estado escondidos cerca de nosotros, los optimistas le hubieran dado a Linda la máxima puntuación. Nos acurrucamos el uno junto al otro, dado que la noche era fresca, por no calificarla de fría. Linda, con su traje liviano, debía de notar mucho más el frío porque se apretujaba contra mí. Para entrar en calor. O para calentarme, seguramente. Ella ardía, yo era un carámbano. Mi gelidez la interpretó Linda de un modo inesperado. «Lo mandaré a paseo», me susurró apretándose contra mi pecho. «Jamás le he querido, no he querido a nadie más que a ti. Me fui con él para librarme del tercer turno. Tú no sabes lo que es ese turno. Hace un año que no lo hago. Ahora no me importa. Ahora que has venido tú, me da igual el tercer turno.»

Linda me desabrochó la camisa. Con pueril inocencia temía que estuviera enfadado por lo del imbécil del técnico aquel, cuando yo había venido a ver lo que quería. Linda insistía en vano, pues su historia con el técnico no me interesaba. Pero ella, fogosa, seguía insistiendo a punto de llorar. Me dio pena. Le cogí la cabeza, la acaricé y la abracé fuerte. Ella se me echó encima como una demente. Su cuerpo desprendía un fuerte olor y por un instante, mientras Linda se estremecía, se me apareció Sonja. Linda se estremecía. Sonja se me acercaba. Linda jadeaba. Sonja se mecía. Le arranqué la blusa con desesperación. Sus senos ardientes se pegaron a mi pecho helado. Sus labios candentes a mis gélidos labios. Era un carámbano... Me entró el pánico. Me dio vergüenza. Me sentí mal. No podía hacer el amor. Y no porque no quisiera. Mi frialdad tenía un nombre. ¿Sabría Linda su significado?

Hizo todo lo posible por excitarme, hasta que cogió mi carámbano con la mano. La retiró de inmediato, como si hubiera cogido un hierro al rojo vivo en vez de un trozo de hielo. Me miró fijamente en la oscuridad. Le centelleaban los ojos como a una gata. Después, su mirada se apaciguó. A la luz de la luna vi sus ojos llenos de lágrimas. Linda no entendía nada. Linda lloraba sin comprender la causa de mi frialdad. Ella pensaba que yo no quería. No sabía que sí quería, pero que no podía. Finalmente, se tranquilizó, su respiración se sosegó. El frío la hizo volver en sí. Se puso la blusa y, mientras se la abotonaba, fue otra vez consciente de su valía. No se marchó de inmediato. Tampoco dijo la palabra inmediatamente. «¡Impotente!», soltó con rabia de sopetón, y se marchó. Me quedé en la oscuridad. Linda conocía el significado de la palabra.

Al día siguiente, los optimistas estaban de un humor de perros. Si hubieran sabido lo que pasó con Linda, su humor habría cambiado. Pero no tenían ninguna razón para pensar que hubiera estado con ella. Como vulgares canallas, buscaban pelea solo porque

un día antes, cuando Linda me vino a buscar, se resintió su amor propio.

Tampoco yo estaba muy pacífico. Estaba hasta las narices de su insistente hostigamiento. Aquel día me pareció el más apropiado para ajustarles las cuentas. Desde hacía tiempo llevaba una navaja oculta en un bolsillo con cremallera en la pernera del pantalón. Se la había comprado a un gitano cuando vi que los optimistas se metían demasiado conmigo. Era una bonita navaja, hecha con el acero de una afilada bayoneta. No la había usado porque vacilara en usarla, sino porque no había tenido ocasión. Nuestra pelea fue como un fogonazo. Su cabecilla, un individuo de alrededor de veinticinco años, más bajo que yo, arrugó el hocico mientras esperábamos el camión, se puso a olfatear y con una mueca les dijo a sus compinches: «Apesta, como si hubiera un saco lleno de mierda. ¿Cómo podéis aguantar un saco lleno de mierda?». Salté sobre él y le pegué con rabia. No lo esperaba, y cayó al suelo precisamente como si fuera un saco. Los otros dos, un gitano y un payo blanco, de mi misma edad, se me echaron inmediatamente encima. Recuerdo que volamos hasta la puerta dándonos golpes. Recuerdo al gitano en el suelo con los morros ensangrentados, un golpe en la cabeza, montones de piedras a mi alrededor y nada más. Después supe que el gitano había sacado la navaja y que se la habían visto todos cuantos acudieron. También supe que yo había caído al suelo al ser golpeado con un puño de acero. Por fortuna, la navaja que llevaba oculta en la pernera del pantalón no la vio nadie. Ni siquiera el enfermero que me curó. El excobrador y el expreso político declararon en mi favor. Ellos también estaban hasta las narices de los optimistas. No hubo juicio. Cuando finalicé la baja médica, ya no encontré a los optimistas en la planta. Minizeus los había despachado a la fábrica de ladrillos, a la que se marcharon encantados. Al fin y al cabo, se habían librado de una probable condena de varios meses de cárcel, a pesar de que el cabecilla se había quejado diciendo que el primer puñetazo lo había propinado yo. El día que volví al trabajo, dos semanas después, Minizeus me preguntó si me dolía la cabeza. Le respondí que no. Entonces se inclinó y me golpeó con el canto de la mano en la pernera de los pantalones. «No la necesitas», me dijo. «Los rateros sabían que llevabas navaja. Les creí cuando me dijeron que llevabas navaja y que les diste el primero. Fueron ellos los que me dijeron dónde la escondías. Y sabes que quien a hierro mata, a hierro muere.»

Sin embargo, durante el tiempo que permanecí bajo la soberanía de Minizeus, seguí llevando navaja. La pasaba de una pernera a otra. Hasta que el destino me volvió a tender la mano y yo se la acepté. Todavía no había llegado a la conclusión de que mi destino era un perverso embustero. Aún no estaba convencido de que cada vez que me tendía la mano, no tardaba en asestarme una puñalada traperera. El desgraciado quiere creer en milagros. Cuando el destino me tendió la mano, tiré la navaja. Si hubiera sabido lo que me esperaba, hubiera sajado aquella mano, la hubiera sajado...

Pero no la mano de Dori. No quiero ni pensar por qué el destino me tendió de nuevo su mano por medio de la de Dori. Ya era en aquel entonces ingeniero jefe de la fábrica, y siendo, como se decía, un excelente ingeniero tampoco había tenido demasiada suerte, puesto que se le encargó poner en funcionamiento el artefacto prehistórico de la cementera. Dori debía de tener cuatro o cinco años más que yo. Me acordaba de él de la escuela. Normalmente son los más pequeños los que suelen recordar a los mayores y no al revés. Pero Dori se acordaba de mí. Fue él quien se me acercó en el club. Yo estaba solo en una de las mesas altas del rincón de aquella sala estrecha y alargada, a la que sería asiduo desde entonces.

Enfrente se reunían los chicos de la pandilla de Fag. La mayoría sin trabajo. No me mezclaba con ellos, a pesar de sus frecuentes invitaciones. Fag me lanzaba alguna que otra mirada desde lejos. Él trabajaba. En el taller mecánico. Aunque no sabría decir cuándo. Una parte del tiempo lo pasaba en el club y la otra a la sombra de los pinos cercanos, donde se juntaban todos ellos después de beber. Acechaban a los transeúntes, insultaban a los retrasados, les decían cosas a las chicas. Pero no a todas. A las indefensas, es decir, a las que no tenían ningún hermano o primo dispuesto a tirar de navaja.

Cuando Dori se me acercó, yo bebía un coñac. Él había pedido lo mismo. De corta estatura, pero fuerte, había empezado a perder el pelo. Acababa de prometerse por primera vez. Lo había visto en ocasiones con su prometida cogiendo el autobús de Tirana. No me habría sorprendido si a mi mesa se hubiera acercado alguno de los de la pandilla de Fag. Aunque no todos, pues no todos tenían el suficiente coraje como para arriesgarse a ser vistos conmigo. Pero Dori era el ingeniero jefe, un cuadro, y para un cuadro ser visto conmigo no era en absoluto higiénico. Por eso, cuando se me acercó con la copa de coñac en la mano, me quedé asombrado a la par que perplejo. Lo relacioné con mi incidente con los optimistas. Y en realidad su acercamiento tenía que ver con un incidente, pero afortunadamente sin relación conmigo. Una de las auxiliares de laboratorio había sido raptada. Así fue como me tendió la mano el destino. Se encaprichó de un chófer de Fier o de Vlora, dejando vacante su puesto para mí. No tuve que pensarlo mucho. Pero no se lo agradecí al destino. Se lo agradecí a Dori, quien me propuso que aceptara aquel puesto. Y lo acepté... Mi ruina física era de tal calibre que el laboratorio significaba el paraíso. Dori me dijo que me presentara a la mañana siguiente en las oficinas de la dirección. Desde allí volaría al paraíso. Con la ayuda de Dori. No

volvería a escuchar al tonante Minizeus. Ni los jadeos del monstruo al triturar la piedra caliza. Mis huesos se desentumecerían. Pensaba en todo aquello. Y en el desgraciado expreso político que seguiría triturando piedra hasta que él mismo acabara hecho trizas. Y en el excobrador. Y en los optimistas. Pero había algo en lo que no pensaba entonces, que en el laboratorio me encontraría con Vilma.

Sabía que Vilma trabajaba en el laboratorio, por supuesto. La veía salir por la parte de atrás de la fábrica, vestida con pantalones y blusa de mahón blancos, y con su eterna cofia blanca en la cabeza. La miraba desde lejos, siempre desde lejos. En aquel ambiente infernal, su inesperado y rápido caminar demostraba que alrededor, en alguna parte, se ocultaba una vida distinta de la que contemplaba a diario en las caras de los diablos pecadores. Entre los desgraciados de aquel infierno, parecía un ser celestial. Fue seguramente esta la razón por la cual, cuando Dori me dijo que, con mis estudios de más de un año de química industrial en la facultad, era la persona indicada para el puesto que dejara vacante la auxiliar de laboratorio raptada, pensé que pasaba del infierno al paraíso. Aunque lo cierto era que aquel paraíso consistía en un habitáculo de lo más corriente y mal equipado, donde el ruido era ensordecedor día y noche. En una palabra, no tenía nada de paraíso. El único cambio que supuso en mi vida fue que ya no tenía que traer la comida envuelta en papel de periódico. Y que ya no trabajaba con demonios. Ahora pasaba la jornada en compañía de dos seres vestidos de arriba abajo de blanco. Uno de ellos era Vilma.

Antes de que el destino me condujera al laboratorio de Vilma, me había introducido en una oficina donde no había ni polvo ni ruido. La iluminación no era allí ni fuerte ni débil y en la ventana había una reja de hierro. Para penetrar en ella, había que llamar a una puerta blindada y esmaltada en blanco. En cuanto se abría la puerta, te topabas sorpresivamente con rejas de hierro desde el techo hasta el suelo y de una a otra pared. Parecía como si entraras en la celda de una cárcel. Pero no era una celda, era la oficina del cuadro directivo. Dentro de la jaula se encontraba un individuo rodeado de estanterías y cajas fuertes. Ya había estado en esta oficina meses atrás cuando me dieron trabajo en la planta de trituración. Estaba la misma persona que la otra vez, con una estufa eléctrica apagada a sus pies. «Aquí está el preso de esta oficina», pensé cuando le vi de nuevo.

Si hubiera podido leerme el pensamiento, el hombre sentado al otro lado de una mesa llena de documentos habría sonreído. Después habría bromeado. Después habría estallado en carcajadas. Y finalmente me habría escupido a la cara: «Los presos sois vosotros. Mira dónde os tengo a todos, encerrados en la caja fuerte». Y habría descargado un puñetazo sobre la caja fuerte. Pero aquel hombre, me leyera o no el pensamiento, no consideró necesario descargar un puñetazo sobre la caja fuerte. Alzó la cabeza de los documentos. Me dijo que desde el día siguiente, a petición de la dirección, trabajaría en el laboratorio. Acentuó varias veces «a petición de la dirección». «Había diez candidatos al puesto», añadió mirándome de arriba abajo como si tratara de adivinar qué tenía yo de particular. «Toma», me dijo, entregándome un trozo de papel en el que

la dirección de la cementera ordenaba que se me admitiera como auxiliar de laboratorio. Cuando alargué la mano para coger el trozo de papel, lo retiró de improviso. «Te recuerdo que nada ha cambiado en lo que a ti respecta», dijo. Pronunció estas palabras como si las escupiera. «La planta de trituración no se ha movido del sitio», añadió en el mismo tono, «ni creo que se vaya a mover». Me puso bruscamente en la mano el trozo de papel y yo me quedé tras el armazón de hierro con la misma sensación que si me hubiera escupido en la mano. Pero el otro me volvió la espalda. No tenía nada más que hacer allí, salvo prolongar la sensación de repugnancia.

Cierto, pensé en cuanto abandoné la oficina. Nada ha cambiado para mí. Ni tiene por qué cambiar. Sin embargo, el destino me cogió de la mano y me condujo al laboratorio. Allí estaba Vilma. Sentada en una silla, sin su cofia. Me pregunté cómo era posible que aquel ser fuera hija de Xhoda. Me entraron escalofríos. En su cara vi los ojos de Ladi. Como había visto en otra ocasión sus ojos en los de aquel. Vilma me sonrió y se me hizo un nudo en la garganta. Allí estaban los ojos de Ladi, en los de Vilma. Pero si Vilma estaba, Ladi no estaba. Lo que significaba que él no estaba de verdad. Él estaba en alguna parte. Pero ¿dónde y cómo?

«No sonrías», hubiera querido decirle a Vilma. «Soy el que fui y seguiré siendo el que soy. No he cambiado, ni cambio ni cambiaré jamás.»⁴ Sonreí a mi vez, lo que Vilma interpretó como señal de cortesía en respuesta a la suya. Si hubiera estado atenta y hubiera podido leer dentro de mí, se habría dado cuenta de que mi cara podía simular cualquier sentimiento, salvo el que se manifestaba con una sonrisa semejante a la suya. Vilma no podía saber que en aquellos momentos mi atolondrado cerebro estaba recitando los versos de un poeta a quien, en aquellos días, habían hecho picadillo. Su blasfemia consistía en algo como: «Soy quien no he sido, seré el que no soy». Le habían machacado por pecador y por blasfemo. A mí, sin embargo, me hacían la vida imposible por todo lo contrario. Si no, ¿qué sentido podían tener las palabras del hombre de la jaula de hierro?

«¿Qué quieres, tigre?», me dije. Fue precisamente cuando mi cerebro formuló esa pregunta, cuando sonreí. Entonces Vilma me invitó a sentarme en una silla, donde tomé asiento. Y tuve la impresión de que detrás de la puerta me vigilaba un tigre. Al sumergirme en el azul de sus ojos, decidí mantenerme lo más lejos posible de ella, porque mis huellas las seguía incesantemente un tigre. Un tigre que podía devorar a Vilma, pues ya había devorado a Ladi y también a Sonja. Y bajo ningún concepto yo quería que acabara devorándola.

Por lejos que me mantuviera de Vilma, respirábamos durante horas el mismo aire de un habitáculo donde la distancia máxima entre nosotros no pasaba de seis metros. He dicho la máxima, porque habitualmente trabajábamos a un metro el uno del otro y yo podía oír su respiración. Si hubieran dejado de girar en algún momento los molinos de cemento, podría haber oído hasta el latido de su corazón. Pero los molinos no dejaban de girar ni de día ni de noche. No podía oír, pues, los latidos de su corazón, pero oía los infinitos temas de conversación que Vilma sacaba a relucir. Ella no quería saber nada del tigre. Ignoraba la existencia del tigre. Mientras que a mí me daban ganas de decirle que se

callara. El tigre estaba allí, nos espiaba. Estaba en la ventana del cristal roto por donde penetraba el polvo, en los oscuros agujeros de los rincones, en las grietas de la pared. Yo sí sabía de su existencia, sentía su presencia, olfateaba como un perro el olor de muerte que desprendía. Y se me helaba la espalda. Mis piernas se volvían de madera. Mi boca permanecía sellada: Vilma seguía siendo una niña. Y no hay niña que no porfíe cuando se trata de satisfacer un capricho que se le ha metido en la cabeza. A ella se le había metido en la cabeza que almorzáramos juntos en el comedor de la fábrica. Rechacé el ofrecimiento en noventa y nueve ocasiones. Pero a la centésima no pude. Nadie tiene la fuerza suficiente para negarle eternamente el capricho a un niño.

A decir verdad no fuimos solos. Éramos tres. Allá donde fuera, a Vilma la seguía Lulu, la otra auxiliar de laboratorio, una chica vieja. Lulu era joven tanto por su edad como por su virginidad. Acababa de cumplir los veinticinco años, pero su esmirriado cuerpo algo encorvado y su cara descolorida y mustia, desde la que te miraban unos ojos demasiado severos, la hacían, sin embargo, parecer vieja. Era hospiciana. Desde el primer día comprendí un par de cosas: al no tener a nadie, Lulu había ligado su existencia a la de Vilma, la adoraba hasta la sumisión. Su amor a Vilma se parecía al amor que siente un perro por su amo. Comprendí asimismo que, como perro fiel, protegía a Vilma con celo salvaje de cualquier otra criatura que pudiera suponer un peligro para ella. La hostilidad que me mostró al principio evidenciaba que me incluía en la categoría de los seres peligrosos. Después fue ablandándose, su agresiva mirada se volvió primero ecuánime, hasta que un buen día se suavizó. Vilma trataba en vano de ocultar sus emociones. La traicionaba su conducta infantil, pero los máximos delatores de sus pensamientos eran los ojos de Lulu. Eran un espejo donde yo podía ver reflejado lo que le ocurría a Vilma. Y sentía una confusión y una angustia cuyo contenido conocía. Al ver cómo se iluminaba la cara de Lulu con una dulzura repentina, me acordé de Max. Y al acordarme de la agonía de Max, no fui capaz de inventar ninguna excusa para rechazar la centésima invitación de Vilma para que fuéramos juntos a comer. Aunque de camino nos encontráramos al tigre y en el comedor y en todas partes apareciera el tigre. Ahora bien, nosotros contábamos con Lulu.

Era la tercera o cuarta vez que íbamos a comer juntos, cuando en el comedor se presentó Fag. No habría tenido el hecho el menor significado para mí si no hubiera advertido una repentina señal de alarma en las caras de mis acompañantes. Estábamos en medio del comedor; Fag se quedó tres mesas más allá. Avanzó caminando despacio, con las manos en los bolsillos y el gesto hosco.

Le dio con el codo deliberadamente a una jarra de agua al borde de una mesa, que se cayó al suelo y se rompió con estrépito. De ese modo atrajo la atención de todo el mundo. En el comedor se hizo el silencio y todos los presentes volvieron la cabeza hacia donde provenía el ruido. Fag, como si pretendiera desafiar a la sala entera, se sentó a pocos metros de nosotros en una mesa vacía. «Este», me dije, «o ha dormido destapado, o ha visto anoche una película de vaqueros». Me bebí el vino que me quedaba en el vaso. Cuando deposité el vaso sobre la mesa me fijé en la palidez de Vilma. Lulu me miraba asustada. «Pero ¡qué demonios!», pensé, «¿cómo es posible?».

Ocultando el malestar que sentía, alcé la cabeza y miré a Fag. Directamente a los ojos.

No desvió los suyos y me miró del mismo modo a mí. Se le acercó uno de su pandilla con una botella de vino en la mano y no sabría decir cuál de los dos desistió primero, si él o yo. Pero en aquel momento no me importaba. Ellos se pusieron a beber vino haciendo ruido para llamar la atención. Yo me concentré en mi plato. Vilma y Lulu siguieron mi ejemplo. Mientras ellas comían en silencio, llegué a la conclusión de que Fag seguía creyendo en el juego de la niñez. El juego del hombre con la mujer o de los papás y las mamás. Sentí una gota fría de sudor en la sien, que se fue deslizando hacia abajo. Afortunadamente, mis acompañantes estaban demasiado absortas en su plato, y los de la mesa de más allá, si me estaban observando, se encontraban demasiado lejos para distinguir aquella gota. «No es necesario que enseñes los dientes», me dije mientras miraba de soslayo la pose amenazadora de Fag. «No creas que te tengo miedo», continué, con la sensación de que podía leerme el pensamiento. «Eres un bastardo todavía más tiñoso que yo, a pesar de que no tengas ningún tío fugado. Pero yo he sufrido, golfo, lo que tu cerebro primario ni siquiera puede llegar a sospechar. Ni en la niñez ni ahora he creído nunca en el juego de los papás y las mamás, como sigues creyendo tú. Y debe metérsete en la mollera que Vilma, ese ser suave como la seda, será tuya cuando consigas verte la punta de tus sucias orejas sin espejo. En una palabra, no tengas miedo de mí porque no soy ningún rival. Pero no porque te tenga miedo, golfo, sino porque no puedo amar, pues tengo el corazón helado. Ya sé, golfo, que esto tampoco consigues entenderlo.»

Al día siguiente, Vilma faltó al trabajo. Dos días después, Lulu me dio un sobre, dentro del cual había una carta. Me dijo que esperaba la respuesta de palabra. Y se retiró a su rincón del laboratorio, donde se mimetizó como un objeto entre los demás. Con el sobre en la mano, al ver cómo el esmirriado cuerpo de Lulu se arrastraba hacia su rincón, presentí el peligro. En nuestra pequeña ciudad las aventuras comenzaban siempre así, con una carta entregada en mano. Conocía un montón de historias de ese género. Mi pequeña ciudad polvorienta nunca se hartaba de semejantes historias. Comenzaban con un billete y nadie sabía cómo podían acabar. Para los chicos de la pequeña ciudad, que vivían el siglo del romanticismo pueril, constituían acontecimientos de enorme importancia. Los bienaventurados destinatarios de este tipo de billetes encontraban las formas más candorosas de darlos a conocer públicamente. El envío de una carta significaba la existencia de una relación que debía ser obligatoriamente respetada por los demás. Si esta regla se conculcaba, el asunto podía acabar a navajazos.

Cuando Lulu me dejó en la mano el sobre con la carta de Vilma, yo creí distinguir el filo de la navaja. Acompañado del olor del tigre mortífero. Se me cortó la respiración. Vilma era también hija del extrarradio y, como el resto, vivía el siglo del romanticismo pueril. Guardé la carta en el bolsillo. En mi alma no quedaba ni el menor destello de deseo de aventuras. Miré alrededor, donde Lulu, rodeada de probetas, mostraba hacia mí el mismo desinterés que hacia ellas. «¡Desastre!», quise gritarle. «Vete a decirle a Vilma que es una niña y que yo no tengo fuerzas para andar en niñerías.» En aquel momento Lulu volvió la cabeza y a mí me dio pena. De ella. Y de Vilma. Vilma quería arrastrarme

a un juego. Era evidente que se trataba de un juego, cuyo contenido era a medias real y a medias ficción. Quizás su mayor deseo fuera vivir un sueño. Un sueño imposible, o en el que la conciencia no distinguiera dónde acababa lo real y comenzaba lo imaginario. Su carta era pulcra, escrita con una bonita letra redonda: «¿Te acuerdas de Max? Debemos hablar de Max. Si aceptas, el resto te lo dirá L.» Eso era todo. No figuraba ni la inicial del remitente. Me entró la inquietud. Y una rabia absurda. No necesitaba más argumentos para convencerme de que Vilma era, como mínimo, una niña ingenua y provinciana. Al pensar de ese modo ignoraba que otra vez más, como ya me había ocurrido a menudo y también con Sonja, me equivocaba en mi apreciación.

Lulu se me acercó como un robot teledirigido apenas levanté la mano y le hice una seña. Con miedo en los ojos, por supuesto. Parecía un perro apaleado que de un momento a otro espera recibir un golpe del amo. Cuando le pregunté qué debía hacer, me observó atentamente. «Quiero verme con Vilma», le aclaré, «dime qué debo hacer». Lulu se relajó y se le iluminó la cara. La iluminación de la cara de Lulu se convirtió para mí en uno de los fenómenos más conmovedores de la naturaleza. Un milagro. Me quitó la carta y el sobre de la mano y los quemó en la llama de una lámpara de alcohol. «A las cinco te espero en un rincón del parque», me dijo. «Ven detrás de mí y entra donde entre yo... No temas, es mi casa. En el segundo piso. Allí nos espera Vilma.» En cuanto pronunció estas palabras, Lulu se retiró a su rincón, donde se volvió a eclipsar como un objeto entre los demás objetos. Era la hora de hacer las habituales comprobaciones. Me entraban ganas de llorar y de reír. El edificio prehistórico de la fábrica gemía, retemblaba, sus entrañas hacían el mismo ruido que las ventosidades de las tripas. Al subir la escalera de hierro que llevaba a los silos, tuve la sensación de que, entre la mezcla de humo y polvo, comenzaba el fin del mundo. Sentí aquel fin tan próximo que me entraron ganas de gritar. Pero aunque gritara nadie me oiría. Las entrañas de la fábrica seguían lanzando ventosidades. ¿Por qué había aceptado entrar en el juego de Vilma?

Era una tarde insípida. Bajo un cielo a la vez seco y húmedo. Aquel cielo parecía un desierto que desprendiera un calor tórrido que te empapaba en sudor. Evité el club, que a aquella hora debía de estar lleno. En el último momento rogué para no encontrar a Lulu en el rincón del parque. En vano. Allí estaba, puntual, prudente, vigilante. «Lulu», me dije, «te voy a estrangular». Lulu me había visto y se puso en marcha. Comencé a seguirla a distancia, con la fatiga propia de un impotente. Me sentía impotente desde todos los puntos de vista. Eso era precisamente lo que pensaba decirle a Vilma en cuanto entrara en el piso de Lulu, del que su dueña, que había llegado antes que yo, había dejado la puerta abierta. Vilma estaba en el cuarto de enfrente con un vestido largo y su melena rubia. Faltaba algo en el decorado que rodeaba a Vilma, hasta que caí en la cuenta de que lo que faltaba era la propia Lulu. «Lulu», pensé, «alcahueta, ¿es así como dejas sola a tu señora cada vez que te manda llevarle a alguien un billete?». Vilma estaba roja como la grana. Entre nosotros había una mesa. Yo me senté en una silla a este lado de la mesa, y ella al otro. Faltaba Lulu. Quizás por esa causa ni Vilma ni yo encontrábamos tema de conversación.

Entró Lulu, dejó dos tazas de café y dos vasos de refresco y se desvaneció como una

sombra, tal como había venido. Vilma se bebió el refresco y comenzó a sorber el café. Yo imité el gesto, bebí el refresco y me puse a sorber el café. El sincero deseo de confesarle a Vilma que me sentía impotente se convirtió en una obsesión, hasta que de pronto se apoderó de mí el recuerdo de Sonja. Surgió junto a Vilma como para demostrarme que mi presencia en aquel cuarto a solas con una criatura de cabellos rubios, inocente como las criaturas de los sueños, no podía ser más que una ilusión, una quimera. Me invadía el deseo de saber si aquella criatura se habría acostado con algún muchacho. Y si lo había hecho, ¿cómo reaccionaba ante el orgasmo? Sonja, por ejemplo, gritaba, y a cielo abierto su grito se hubiera oído en la lejanía. Linda gemía, siempre me había parecido que en el momento del orgasmo sufría la agonía del fin del mundo. Alcé la cabeza y le eché a Vilma una mirada que cabría calificar de indecente. Ella no mostró el menor signo de turbación, solo la taza que tenía en la mano tembló ligeramente. Para que no se notara, la dejó sobre la mesa. Rio. Y enrojeció de nuevo. Entre tanto, yo pensaba que no debía de haberse acostado con nadie todavía.

No estoy en condiciones de recordar nada de la conversación de aquel día. Parece más bien una alucinación. Me vienen a la memoria retazos de frases, el nombre de Max suspendido en el aire como una inquietante pluma, la angelical alcahueta que entraba y salía como una sombra y mi permanente sensación de impotente, la cabeza hueca, los párpados de plomo, las manos cortadas, el cerebro seco. Recuerdo otra cosa. Cuando salí como un ladrón del apartamento de Lulu, fui al club. Allí encontré a Fag con cinco o seis de su pandilla. Pedí un coñac y me instalé en la mesa del rincón de enfrente. Sentí su mirada clavada en mí. Y traté de distinguir dónde se ocultaba y desde dónde me vigilaba el tigre mortífero. Olfateaba su olor como lo haría un perro. Eché un buen trago. Tal vez de un modo casual, Fag hizo simultáneamente lo mismo. Y nos pillamos mirándonos el uno al otro quién sabe si en el mismo juego de casualidad des. «Tú no eres el tigre, sinvergüenza», me dije, «tú eres el perpetuo torturador de Vilma. Vengo de estar con ella, acabamos de separarnos. Ni te nombró, pero tu temida sombra estaba presente. Ella no se ha acostado con nadie y contigo ni se ha acostado ni se acostará. Te preguntas cómo lo sé. La respuesta es muy sencilla, me lo ha dicho la propia Vilma. Imbécil, ¿cómo crees que puede admitir abiertamente una chica haberse acostado con alguien? No me mires con esos ojos de débil mental. Vilma está aterrada. Tanto, que no se atreve a salir con ningún muchacho para que no lo apaleen tus secuaces. Sigues siendo el de siempre, iracundo, chulo, desleal. Vilma me habló de Max. Tú sabes quién lo mató, lo maté yo. Como hiciste en su día con el gitano Sherif, que molestó a Vilma, continuas aterrorizando a cualquiera que se atreva a acercársele. Tampoco esto me lo dijo abiertamente. Le da vergüenza pronunciar siquiera tu nombre. ¡Rastrero! Me invitó a casa de Lulu del miedo que te tiene. ¿Entiendes lo que significa que una chica te invite a verte con ella y encima en una casa?».

Con la copa en la mano, Fag se apartó de repente de la mesa donde estaba y vino hacia mí. Sus secuaces no se movieron, preguntándose amodorrados qué mosca le habría picado a su jefe. Me apoyé primero en una pierna y después en la otra. Y eché otro buen trago de coñac. Ceñudo, con la mirada torva y la tez de color rojo oscuro por la bebida,

se encaró conmigo. Reía o, mejor dicho, hacía muecas. Pude comprobar entonces que le faltaba un diente en la parte derecha de la mandíbula superior. Mientras reía, me observaba como si me viera por primera vez. «Dígnate aceptarnos aunque seamos unos desgraciados», dijo a continuación, «no te des esos aires». Se calló un instante, agitó ligeramente la copa y añadió: «Lo sé, has frecuentado las altas esferas y por eso te debemos parecer unos piojos. Pero como dice el dicho, bájate de la burra. Bájate. Si nosotros somos piojos, tú eres una pulga. Me explico, señor estudiante, ¿qué es mejor, ser una mosca o una pulga? A mi entender es tan malo lo uno como lo otro. Por lo tanto, no sigas al margen, júntate con los de tu clase. Y sobre todo abre bien los ojos y no tropieces. Porque si tropiezas te puedes caer, y si te caes te puedes romper la crisma, como bien sabes».

Fag se bebió de un trago todo el coñac. Tenía la copa llena y se le humedecieron los ojos del impacto. Una advertencia más evidente era imposible, Vilma estaba en zona prohibida. Se fue con los suyos; mientras, yo me quedé pegado a mi mesa con la copa delante. Por fortuna, en aquel momento entró Dori en el club. Echó una mirada alrededor y, en cuanto me vio, vino hacia mí. Después de haber pedido un doble de coñac en el mostrador, Dori se tomó la copa de un trago como había hecho Fag. Pero sus ojos no se humedecieron. Debí decirle que era de los pocos que parecían no tener miedo del acecho del tigre mortífero. Pero Dori no habría entendido nada. Parecía inquieto. Lo que se hizo evidente cuando se acercó al mostrador y volvió con otro doble. Poco después me contó la causa de su malestar: se había peleado con su prometida.

Después de tomarnos otra copa, hasta yo encontré natural explicarle la razón de mi propia inquietud: la amenaza de Fag. Dori me recomendó que mantuviera bien abiertos los ojos. «Seguramente», añadió con una amarga sonrisa, «para bajarle los humos no estaría mal que en el momento oportuno le pasaras por los morros las bragas de esa chica». Yo también reí amargamente, sea porque la sugerencia de Dori me pareció trivial, sea porque en realidad no tenía el menor interés en saber cómo eran las bragas de esa chica, como había dicho Dori de Vilma. Del rincón del otro lado de la sala llegó un chasquido acompañado de la rotura de un vaso. Lo que anunciaba que podían empezar los puñetazos. No fue así. El vaso lo había roto Fag, como había hecho días atrás en el comedor. Para llamar la atención. Levanté la cabeza y comprobé que trataba de llamar la mía. «Pobre hombre», me dije, «a este paso acabarás rompiendo todo un almacén de cristalería». Y sentí compasión por él, una compasión sincera. A su manera, sufría. Yo también sufría a mi manera. Todos sufrían, cada uno a su propia manera. Incluso Dori, que no sabía por qué se había peleado aquella tarde con su prometida y que, cuando se tomó la cuarta o quinta copa, me pidió que le acompañara a casa.

Vilma no dejó de percibir mi frialdad, por eso rectificó su modo de comportarse con la dignidad que la caracterizaba. Al día siguiente de nuestro encuentro dejó de repetir la invitación para que fuéramos a comer juntos, Lulu no volvió a entregarme ningún billete suyo y, cuando me miraba, sus ojos se mostraban, si no hostiles, desdeñosos. Me asaltó entonces por segunda vez la idea del suicidio, que aplazaba día y noche con letal monotonía. No era capaz de tomar una decisión de esa envergadura, yo era demasiado normal y corriente para consumar un acto semejante. Ni siquiera fusilando a mi padre o deportándome a un lugar olvidado sería yo capaz de suicidarme. Pero Ladi sí. Ladi se dio muerte. En aquellos días, Ladi se suicidó. Poco antes, nuestra pequeña ciudad había tenido noticia del fusilamiento de su padre.

Lo cierto es que la noticia de que al excamarada Fulano le habían reventado la tapa de los sesos junto a una fosa abierta en algún lugar, fue acogida con deportividad en nuestra pequeña ciudad. Ni el menor comentario. La más absoluta de las indiferencias por parte de la mayoría de los convecinos. El polvo perpetuo y la crónica gris, que a menudo se transformaba en negra, les bastaban y sobraban a mis conciudadanos para ser realistas. El tigre mortífero los mantenía a todos bajo vigilancia. En momentos como aquellos nadie se sentía seguro. Ni los felices en su dicha ni los infelices en su desdicha. Ni los torturadores ni los torturados. Ni los sensatos ni los necios. Ni los honestos ni los deshonestos. Todos temían al tigre, todos tenían miedo los unos de los otros. A ello se debe que la noticia del fusilamiento del excamarada Fulano solo pudiera tomarse de manera deportiva y sin el menor comentario. Mi padre, siempre razonable, me aconsejó que me retirara de la circulación y que solo hiciera el camino del trabajo a casa, sin estaciones intermedias. Un consejo tan oportuno lo acaté convencido. Hasta que me enteré de la segunda noticia, del suicidio de Ladi.

El absurdo en el que se había convertido mi vida quiso que el suicidio de Ladi fuera la causa para restablecer los lazos rotos con Vilma. Si es que se puede decir que existía algún tipo de relación entre nosotros. Estábamos a mediados de octubre y hacía un tiempo maravilloso. Resultaba difícil creer que pudiera ocurrir alguna calamidad, pero las calamidades estaban suspendidas en el aire. La desgracia de Ladi me la comunicó mi padre de la manera más cruel. Acababa de llegar del trabajo y estaba echado en el diván de la cocina-comedor tratando de oír la radio. He dicho tratando. Era mi madre, entusiasta amante del teatro, quien la había puesto para seguir la retransmisión de un drama radiofónico que, por lo que recuerdo, era una pieza épico-lírica de amor. Mi

padre, al que se le comenzaban a notar en la cara las huellas de la vejez, entró en el comedor, se sentó en una silla junto a mí y me dijo que aquel amigo se había ahorcado. Eso fue lo que me dijo, palabra por palabra, cruelmente: «aquel amigo se ha ahorcado». Mi madre, inmersa en la vorágine del drama épico-lírico sentimental, continuó escuchando concentrada. Y como yo también escuchaba la pieza, se me escapó el significado de las palabras «aquel amigo». Al ver que no reaccionábamos, mi padre le echó coraje y entró en detalles. De sus explicaciones alcancé a entender que alguien se había encerrado en una habitación, se había colgado, había estado suspendido sin que nadie se diera cuenta durante cinco días, después le habían echado en falta y habían dado la alarma. «Dicen que su cadáver apestaba», murmuró mi padre, y añadió: «¡Pobre muchacho!». «¿Y para qué quería continuar viviendo el pobre?», le replicó mi madre, «con su padre en la fosa, su madre quién sabe dónde, solo y tan débil, con aquella cara, el Señor me perdone, de difunto...». Temblé, las palabras de mi madre me hicieron reaccionar. Ella era capaz de escuchar simultáneamente dos emisiones de radio, la estatal y la de radio macuto. Le interesaban, a un tiempo, las dos tragedias, la de la radio estatal, épico-lírico sentimental, y la de radio macuto, un drama macabro. Le habría preguntado a mi madre cuál de los dos dramas le gustaba más, si el de la radio estatal o el de radio macuto. Ambos me observaban. Mi padre había palidecido. Mi madre, con una pequeña lágrima resbalándole por la cara, apagó por fin la radio estatal. Yo fui a encerrarme en mi habitación.

Los ojos de Ladi me miraban con su eterna tristeza. Me lo imaginé con la soga al cuello, colgado del techo o de un barrote de la ventana, oscilando como un enorme péndulo. Con la lengua fuera y los ojos desorbitados. Me entraron náuseas. La habitación se llenó de un hedor putrefacto y tuve la sensación de que si continuaba en ella me asfixiaría. Las paredes, el suelo, la mesa de trabajo, la cama donde me había echado, todo hedía a putrefacción. Salí. Pero seguía el hedor de la muerte. Todo estaba muerto, apestaba.

Me resulta difícil entender qué es lo que sucedió dentro de mí para que tomara el camino de la casa de Lulu. En aquellas circunstancias me amenazaban toda suerte de peligros. Era por la tarde, una tarde cálida, las gentes deambulaban por las calles y existía una gran probabilidad de que me vieran entrando en el piso de Lulu. Ella podía darme con la puerta en los morros y mandarme a paseo, tanto porque le asustara mi aspecto como porque no tenía ningún motivo para tratarme con amabilidad: tras nuestro primer encuentro, nuestras relaciones estaban en punto muerto. Y además, ¿qué me hacía suponer que Vilma aceptaría que nos viéramos en casa de Lulu? ¿No la había ofendido con mi frialdad? Pero no era capaz de pensar en nada de todo eso. Me sentía como el hombre que se ha caído de repente a un lodazal; el lodazal lo succiona y está a punto de tragárselo y él trata de agarrarse a cualquier cosa, a la rama de un árbol, a las hojas de hierba. A mí se me aparecían los ojos de Vilma. O estaba con Vilma aquella tarde o enloquecía. Seguramente fue eso lo que le parecí a Lulu, un chiflado. Cuando llamé a la puerta y abrió, lanzó un grito. Desconcertada, miró a derecha e izquierda por encima de mi hombro. Afortunadamente, en la escalera no había nadie, lo que determinó su

conducta. Malhumorada, extendió la mano hacia mí. Al principio creí que me iba a dar un empujón y a cerrar de un portazo. Pero al contrario, tiró de mí hacia el interior, con fuerza, con tanta que me sorprendió de dónde la habría sacado aquella criatura esmirriada. Me encontré dentro, con la puerta instantáneamente cerrada a mis espaldas. Y con Lulu enfrente, mirándome sin ningún complejo, decidida a que no diera ni un solo paso sin aclararle el motivo de mi visita. No abrí la boca, en aquel momento no sabía qué decir. Debí de hablar por mí el estado en el que me encontraba, mi cara, mis ojos, todo mi ser. Lulu me condujo a la cocina-comedor. Sin decir palabra me senté en el diván y ella puso al fuego el cacillo del café. Mientras bebía el café le dije que había venido a buscar a Vilma, que quería ver a Vilma y que le estaría sumamente reconocido si iba a avisar a Vilma. Lulu torció el gesto. ¿No te parece un poco tarde?, parecía decir. Pero salió poco después. Y volvió pasado un siglo. Me alertó el pestillo de la puerta de la calle. A la cocina-comedor, donde yo estaba, solo entró Vilma. Con su cascada de cabellos rubios. Con sus ojos claros en un rostro dulce. Unos ojos que tanto me recordaban los de Ladi.

Cuando Vilma se sentó en el diván junto a mí, se me hizo un nudo en la garganta. «Ladi se ha ahorcado», le dije con una naturalidad que producía escalofríos. Ella me escuchó en silencio, después asintió con la cabeza. «Lo sé», me dijo, «lo he oído, todo el mundo lo sabe. Aquel amigo tuyo se ha ahorcado y lo siento. Una vez os vi juntos paseando por el bulevar. Parecía un buen muchacho y lo siento, lo siento mucho». Habría querido decirle que sus ojos eran del color de los ojos de Ladi y que, por esa razón, si no hubiera venido, yo no sabría cómo mitigar siquiera una pizca mi dolor. Habría querido decirle que todavía no me podía creer que Ladi se hubiera colgado. Pero no le dije nada. Si le hubiera dicho algo, no habría conseguido contener el temblor de mi voz ni puede que las náuseas.

Aquel día Lulu nos volvió a traer refrescos y nos dejó otra vez solos. Pero tampoco recuerdo de lo que hablamos en esta ocasión hasta el anochecer, cuando salí furtivamente. Mi cerebro no funcionaba, mi cerebro no establecía ninguna conexión. Ni con Vilma. También se me ha borrado el encuentro del día siguiente. Como un brazaletes roto. Solo recuerdo que Vilma me ocultaba algo, que trataba de decirme algo. Era tan viva aquella impresión que al tercer día le dije: «Tú me ocultas algo». Ella estaba al otro lado de la mesa, junto a la ventana. En los dos encuentros anteriores habíamos permanecido inmóviles todo el tiempo, el uno junto al otro. Al tercer día ella se encontraba al otro lado de la mesa, junto a la ventana, pero no porque sintiera temor. Vilma no temía estar a solas conmigo, ni a mi lado ni un poco más separada de mí. La distancia de una mesa no se podía considerar un foso. Un foso que, por otra parte, yo nunca saltaría ni se me pasaba por la cabeza saltar. Si Vilma estaba al otro lado de la mesa, junto a la ventana, era precisamente porque trataba de decirme algo, de ahí mi viva impresión. Cuando le dije que algo me ocultaba, me volvió la espalda. Me quedé como atontado en el diván contemplando la rubia cascada de sus cabellos. Un Niágara dorado. Un Niágara en el que si te hundías jamás alcanzarías el fondo.

«Procedo de la aldea de K.», me dijo Vilma con la cara vuelta hacia la ventana. «He

nacido aquí, en esta ciudad, pero mi padre es de la aldea de K. Yo nunca he estado en ella. Mi padre tampoco va mucho, aunque tenga primos allí y siempre diga que es muy bonita. Desde pequeña le he rogado que alguna vez me llevara a K. a conocer a los primos. Él inventaba toda clase de excusas para no hacerlo, hasta que al fin comprendí la verdadera razón: mi padre no quiere que visite la aldea donde nació. Y el motivo lo he sabido más tarde: una prima mía me contó hace unos años que su aldea está llena de deportados. La aldea donde nació mi padre es un campo de confinamiento...»

Vilma guardó silencio. Continuó de espaldas a mí con la cara vuelta hacia la ventana. «¿Cómo es posible», pensaba, «cómo es posible que este ser angelical, con ese Niágara dorado en el que si te hundes desapareces sin dejar huella, sea la hija de Xhoda?». Entonces todavía no era Xhoda el Loco. Era Xhoda el Terrible. Seguía siendo el guardián de la niñez de los desgraciados de la pequeña ciudad y había sido el guardián de la niñez de varias generaciones. Cuando nos cruzábamos en la calle, Xhoda simulaba no haberme visto y su cara se ensombrecía. Su desprecio hacia mí se hizo enfermizo cuando me expulsaron de la facultad y todo el mundo se enteró de mi bomba biográfica. El terrible Xhoda no podía perdonarme que durante años sucesivos se la hubiera pegado ocultándole algo que debía haber declarado obligatoriamente para no incurrir en una falta grave. No nos perdonaba ni a mí ni a mi padre. No nos saludaba a ninguno de los dos. Ni nos miraba. Como si a través de la mirada pudiera contagiarse una enfermedad. Como si por saludarnos le fuera a morder un perro rabioso. Mas quizás le pareciéramos perros rabiosos y por eso se daba prisa en alejarse.

Vilma seguía callada con la cara vuelta hacia la ventana, y yo pensaba que el guardián de mi niñez trataba, sobremanera, de velar por su hija. El guardián Xhoda sabía perfectamente lo que era un campo de confinamiento. Un lugar así, plagado de hazañas de los deportados, no podía ser un entorno higiénico para una criatura como Vilma. Ella era demasiado dulce para contemplar un campo de confinamiento y las caras de los deportados. Yo sabía que Xhoda adoraba a su hija hasta el punto de ser capaz de cometer locuras inimaginables, por ejemplo embestir con la metralleta contra la mitad de los chicos de la pequeña ciudad. Por eso no era de extrañar que el guardián Xhoda evitara a su hija cualquier cosa que pudiera poner en peligro su salud. Y Vilma se pondría enferma con solo verles la cara a los deportados.

«Ella, mi prima, tiene mi misma edad», dijo de pronto Vilma. «Se llama Tanci. ¿Has conocido alguna vez a una chica que se llamara Tanci?» Con un rápido e inesperado giro, Vilma se volvió hacia mí. La cascada de cabello cambió de rumbo. El Niágara dorado se desplomó hacia atrás. Vilma se agarró la cabeza, se colocó los dedos sobre las sienes y después se pasó las manos por las mejillas. «Cuando mi padre me hablaba de Tanci», dijo, «me imaginaba una muchacha ágil e inquieta. Me la imaginaba como una saltadora chiflada, tan chiflada que iba dando brincos con las cabras montesas por las cumbres que rodean la aldea de mi padre. Del modo en que este hablaba de la aldea de K., tuve la impresión de que debía de ser un maravilloso enclave turístico. Pero ni Tanci era como yo me la imaginaba ni la aldea de K. tampoco. Quizás no hubiera conocido nunca a Tanci si ella no hubiera venido a Tirana a conocerme a mí. Aunque no vino

expresamente por mí. Cuando nos encontramos, me dijo que le había sonreído la suerte por haber podido viajar a Tirana. ¡Qué chica tan estupenda! Tenía las manos ásperas, más que las de los trabajadores de la planta de trituración donde tú trabajabas. Su cuerpo era fuerte, ágil, pero con una deformidad física que no estoy en condiciones de describir...».

Vilma se alejó de la ventana y se sentó en la silla junto a la mesa. La distancia entre nosotros se redujo, solo nos separaba la mesa. Seguía sentado en el diván, apoyado en el respaldo de espuma. Poco antes tenía la mirada perdida y sentí sobre mí los ojos de Vilma. Ahora ella había bajado la cabeza e ignoro si sentía que la observaba. Yo seguía buscando los ojos de Ladi en su rostro, le acababa de decir que me ocultaba algo y no lograba entender por qué había decidido hablarme, precisamente aquel día, de una prima con el curioso nombre de Tanci. «Cuando me acuerdo de ella», insistió Vilma, «me entran ganas de llorar. Quizás no te la habría nombrado de no haberla visto hace unos días. Tanci se casa la próxima semana y vino de compras a Tirana. Me ha invitado a su boda. Pero no iré, lo sé, porque papá no me deja. Pero ese es otro asunto. Tanci me contó una cosa que quizás te interese... Se trata de una mujer...».

Era la tercera tarde que estaba con Vilma y cuando me dijo que se trataba de una mujer, me entró un arrebato febril. «No», habría querido gritarle, «no quiero oír historias de ninguna mujer sea cual sea». Era de suponer que la mujer a la que se refería no era Brigitte Bardot... No parecía probable que Tanci le hubiera hablado de Brigitte Bardot, que no había puesto jamás los pies en su aldea. Y si los hubiera puesto, ¿qué me importaba a mí lo que hiciera Brigitte Bardot?

Le importaba a Vilma, y a Vilma se lo había contado Tanci. Según Tanci, se trataba de una mujer de una rara belleza, aunque no se llamara Brigitte Bardot. Cuando llegó en el camión a K., todos cuantos la habían visto se quedaron pasmados. «Vive en K.», dijo Vilma. «En una casa para familias de deportados.» Después supe que nadie se arriesgaba a acercarse a la Brigitte Bardot de Tanci. Según ella, al lugar donde se levantaba el edificio de los deportados llegaba cada semana un automóvil. Era un viejo Gaz soviético, bien conservado, de color verde oscuro y con cortinas en las ventanillas. Llegaba con regularidad los martes a la misma hora, a las diez, se detenía unos minutos y partía de nuevo por donde había venido seguido de una nube de polvo. Regresaba el mismo día cerca del anochecer o, con frecuencia, de noche, cuando en la aldea, sumida en su propio olvido al pie de la montaña, se propagaba el ruido del motor, lo que permitía a los lugareños pronosticar que el Gaz se aproximaría traqueteando al edificio de los deportados. Al principio se enteraron de quién era la persona a la que el coche venía a buscar: la mujer hermosa. Pero la aldea todavía no sospechaba nada. Las idas y venidas de los Gaz trayendo y llevando, de cuando en cuando, a los deportados del campo a la ciudad y viceversa no extrañaban a nadie. Las sospechas comenzaron cuando se supo que no eran cuestiones procesales ni de la investigación judicial las que llevaban a la mujer hermosa a la ciudad. Se ignora quién se atrevió a meter las narices en el asunto. Tampoco se sabe si se descubrió en realidad el verdadero objetivo de las idas y venidas del Gaz. Seguramente el descubrimiento no lo hizo una sola persona. La variante más

ampliamente aceptada fue que el enigma de los movimientos de la mujer hermosa lo resolvieron los que estaban chalados por ella. La perseverancia de los chalados hizo inútiles todas las precauciones tomadas con tanto esmero. La mujer hermosa no tenía como destino la ciudad. Continuaba viaje más allá, se introducía en un bosque, pasado el bosque había un coto y en el coto un pabellón de caza. Allí la mujer hermosa se encontraba con un hombre. El hombre tenía los ojos lechosos. La mujer hermosa se encerraba en el pabellón de caza con el hombre de los ojos lechosos. En la aldea se decía que hacían el amor. Otros aseguraban que intercambiaban asuntos relativos al espionaje...

Salté del diván hacia delante como un resorte. Cogí a Vilma de los hombros y la estreché contra mí. Palideció, un sentimiento de terror le enturbió el azul de los ojos. Mientras Vilma repetía el relato de Tanci, a mí me zumbaban los oídos. El zumbido lo producía el ruido del motor del viejo Gaz soviético que rodaba por las callejas de la aldea envuelto en una nube de polvo. No transportaba a Brigitte Bardot. Pero quizás la actriz gritara al alcanzar el orgasmo como Sonja. Cuando Vilma hablaba del viaje de la mujer hermosa al otro lado del bosque, en mis oídos zumbaba un grito en forma de gemido y logré imaginar, casi como si la presenciara en vivo, la escena de la cópula de Ojos Lechosos con Sonja. Y pensé que, igual que me pasaba a mí, Sonja era incapaz de suicidarse. Pero que experimentaba su propia muerte, aun estando viva, bajo el aliento de Ojos Lechosos. «Creí que esto te interesaría», me decía Vilma en aquel momento con el terror enturbiándole el azul de los ojos. Continuaba estrechándola sin saber ni yo mismo si me apetecía tirarla por la ventana o sumergirme en el azul de su mirada.

La dejé y me senté en el diván. Vilma seguía tan aterrada como la persona a quien agarran del cuello, está a punto de ser asfixiada y se salva en último extremo por intervención de la providencia. Salí del piso de Lulu. Fuera caía la noche.

Al día siguiente, comencé la jornada laboral en el club. Había llegado para mí la hora de la maldición.

El club estaba vacío. Recuerdo que un niño de entre diez y doce años se aproximó, me saludó, sacó del bolsillo trasero de los pantalones un sobre y me lo alargó, y yo, sin preguntarle quién me lo enviaba, lo cogí y lo introduje a mi vez en el bolsillo trasero. Me habría gustado decirle que era hermoso como el Hermes mensajero, del que había visto un dibujo no sé donde que lo representaba como un chiquillo con los pies alados. Pero por temor a que me tomara por un chiflado si le mentaba a Hermes, me pareció más a propósito ofrecerle un kadaif ⁵ en recompensa por haberme traído la carta. El niño no aceptó, tal vez no le gustara el dulce o tal vez no admitiera mi agasajo. En cuanto me lanzó una mirada que no cabría calificar de amable, el Hermes ribereño se marchó. Sentí el impulso de comprobar lo que contenía el sobre. Pero en lugar de hacerlo fui a la barra y pedí otra copa. Suponía de dónde procedía, qué contenía y quién era el remitente.

La camarera, una vieja compañera de escuela, aprovechando que el club estaba vacío me aconsejó, entre implorante y temblorosa, que dejara de beber. Le di las gracias. Ella no estaba al tanto de que había llegado para mí la hora de la maldición, de lo contrario no me habría dado un consejo tan inútil. Y además, ¿por qué iba a dejar de beber? Era demasiado insignificante para socavar por poco que fuera los cimientos de la moral social por empinar el codo. Por no decir que nadie estaba en condiciones de fijar cuántos centímetros por encima de la rodilla medía la salud moral de las chicas ni cuántos centilitros de alcohol resquebrajaban los cimientos de la moral social. A mí me prohibían beber, a las chicas les prohibían la minifalda. El Estado vendía las bebidas alcohólicas, pero no vendía las minifaldas. De modo que el culpable de que bebiera era el Estado y no yo. Y también lo era de que las chicas no llevaran minifalda. Más o menos esto fue lo que argumenté a mi antigua compañera de escuela. Se echó a reír. Tanto que me ofreció un doble de coñac gratis. «No pienses que me ablandas con tus payasadas», me dijo mientras me alejaba hacia mi mesa del rincón. «Te he servido el coñac porque eres un chico razonable y en cuanto te lo bebas seguro que te irás a casa como un dócil perrito.»

Le di a entender que sí con la mano. Y bebí un poco de coñac. Un poquito. Mi vieja compañera de escuela no me serviría ni una gota más ni aunque me viera sufrir como un paquidermo. Lo que yo quería era razonar, tranquilizarme, equilibrar mi relación con el mundo precisamente porque había llegado para mí la hora de la maldición. Para lograr ese equilibrio debía discurrir con frialdad filosófica, y para alcanzar la frialdad filosófica

necesitaba continuar bebiendo, a sorbitos, hasta que el equilibrio fuera proporcional al hueco que iba quedando en mi copa. Veamos, discurría escatimando cada sorbo, todo se debe a que ni yo ni Sonja somos de los que toman la decisión de suicidarse cuando lo ven necesario. Tanto Sonja como yo pertenecemos a la categoría de personas que hallan una salida en cualquier circunstancia. Lo mismo debió de pensar Sonja, seguí razonando. Lo demás no tiene importancia, no tiene la menor importancia. Ojos Lechosos le envió en varias ocasiones el viejo Gaz soviético bien conservado y Sonja al fin entró en razón. Claro está que el trato de Ojos Lechosos con Sonja no debió de alcanzarse fácilmente, ni el de Sonja con él. El arreglo entre ambos no podía lograrse de otro modo que no fuera el regateo. Sonja ha vendido su mercancía. Pero Ojos Lechosos ¿a qué precio la ha adquirido? Tampoco tiene ninguna importancia. Sonja al final ha entrado en razón, ha regateado y el Gaz la ha recogido y se la ha llevado a la ciudad. Al menos, eso es lo que piensan los ingenuos. Cuando en realidad el Gaz ha continuado su ruta más allá de la ciudad, hacia el gran bosque de pinos donde hay un coto, y en el coto un pabellón de caza donde Ojos Lechosos entra y sale como de su propia casa. Lo demás no tiene la menor importancia, fue un regateo. Y Sonja estaba en su derecho de regatear lo que considerara necesario.

Vacíé hasta la última gota de coñac. Me sentía como pez fuera del agua, me entró una calentura y una sed febril. Aterrado, mire de reojo a mi antigua compañera de la infancia. No me serviría ni una gota más, lo sabía. Ella era una buena chica rechoncha que no me daría de beber ni aunque me viera sufrir como un paquidermo. Además, a ella no le zumbaban los oídos. Sus oídos no percibían el ruido del motor del viejo Gaz soviético en el bosque. No oían los pasos de Sonja sobre el entarimado del pabellón de caza. Mis oídos sí, lo captaban todo y mis ojos lo veían todo. «Rechoncha, dame de beber», estuve a punto de gritar. Los gemidos de Sonja me volvían loco. El jadeo de Ojos Lechosos también. La trabazón de sus cuerpos desnudos en la cama de madera, que chirriaba al ritmo del vaivén, me enloquecía. Habría estrangulado a la rechoncha si no hubiera entrado un segundo cliente. No era ningún ángel mensajero. Era mi ángel custodio, Dori.

Según Dori, mi humor aquel día era agresivo. No entendía la razón por la que Dori me aconsejaba lo mismo que la rechoncha de la barra, mi vieja compañera de la infancia: que no bebiera más. Aquel día todo el mundo quería lo mismo de mí, que dejara de beber. Era para echarse las manos a la cabeza. Cuando le pregunté a Dori si tenía alguna otra carta que darme, me cogió del brazo y me arrastró hacia fuera casi a la fuerza. Pensaría que quería burlarme o que ya estaba tan borracho que deliraba. Ni quería burlarme ni deliraba. Le dije que los modos que había usado para sacarme del club se llamaban violencia. «Protestaré», le dije, «contra el uso de la violencia. La violencia», proseguí, «solo la puede utilizar Ojos Lechosos como órgano de la dictadura del proletariado. La dictadura del proletariado es la imposición de la verdad por medio de la violencia. Esa verdad se impone incluso en una cama de madera de roble, en un pabellón de caza de madera de pino, con la diferencia de que allí la violencia se convierte en violación...».

Un golpe me hizo callar. Nos encontrábamos junto al parque del centro de la pequeña ciudad. Los aligustres me rodeaban. Miré a Dori de arriba abajo. Me increpó: «Si tienes la intención de acabar en una celda, continúa gritando. Yo no tengo ningún deseo de acompañarte, de modo que como digas una palabra más te parto los morros». Yo también me encrespé: «Eres un asqueroso cobarde», repliqué, aunque en voz baja, «un molusco. Admítelo al menos. Yo lo sé de mí mismo, soy un molusco». Quise añadir alguna consideración filosófica sobre los moluscos, sobre el Estado de los moluscos y su dictadura, pero no lo conseguí. Sentí ganas de vomitar y lo hice en un rincón del parque, sobre los aligustres cubiertos de polvo de cemento. Después Dori me acompañó a casa. Allí le solté un discurso sobre el carácter universal del Estado de los moluscos. Dori me escuchaba mientras se tomaba el café que le había preparado mi madre. En cuanto se bebió el café, se fue. Me dormí y lo único que se me grabó en el cerebro fue la demanda de Dori de que al día siguiente, en cuanto abriera los ojos, fuera a verle sin falta. Eso me dijo mientras bajaba las escaleras, que fuera a verle sin falta. Mientras que yo, sin entrar a considerar en absoluto por qué debía verle sin falta, apoyado en el pasamanos de la escalera, le increpé a gritos despidiéndome con la mano: «Hasta la vista, molusco».

¡Hasta la vista, molusco! ¡Hasta la vista! Pero ¿dónde? Y ¿para qué? Estas fueron las preguntas que me hice nada más abrir los ojos, como si durante toda la noche no hubiera hecho más que pensar dónde y para qué me quería ver Dori. El día me pareció hueco como una concha vacía de molusco. Un día aciago plagado de señales de mal agüero. Si lo digo no es porque al bajar las escaleras me saliera al paso un gato negro. No estoy seguro del color del gato, puede que fuera ceniciento. En cualquier caso, fuera negro o gris era un gato y no un tigre. Era simplemente un miembro de la familia de los felinos carnívoros, pero uno de sus representantes menos peligroso y tal vez por eso se le asociara a los malos presagios.

Al final del parque con aligustres, junto a la calle que daba a la puerta del club, se encontraba un hombre grande de brazos cruzados con el ceño fruncido y los ojos centelleando de cólera. En cuanto le vi, pensé que la desventura me estaba tendiendo una trampa. Era Xhoda. Tuve la fuerte impresión de que me estaba aguardando precisamente a mí. Por un instante pensé en mudar de camino, como cuando nos sale al paso un gato negro. Mas como me importaban un comino los gatos, fueran negros o grises, seguí caminando hacia él. Pasaría delante de sus narices como si no existiera. Trataba de alcanzar lo más rápidamente posible el club para beberme de un trago una gran copa de coñac o una botella. De lo contrario, me pondría a gritar e insultar con los más sucios juramentos que supiera al mundo entero. Pero Xhoda debía de tener sus propios planes, no era de los que se quedaban plantados como un poste al final de una calle para examinar a los transeúntes. Cuando pasé ante sus narices, bufó. Fue entonces cuando advertí que tenía algo que decirme. El guardián de mi niñez me honraba, pues, esperándome en mitad de la calle ante la puerta del club, el lugar más a propósito para montar una encerrona. En las encerronas se oyen normalmente sonidos de metralleta y se arroja alguna bomba. La bomba de Xhoda era la expresión «cuando consigas verte la

punta de las orejas sin espejo», que lanzó entre dientes como un gargajo. Le contesté que me importaba un bledo verme con o sin espejo la punta de las orejas.

Repliqué por replicar, para que Xhoda no dijera la última palabra. No podía imaginarme cómo se lo iba a tomar, y menos su efecto demoledor. Xhoda se enfureció. Su cuerpo grande y desgarbado, que me sacaba una cabeza, tembló. «Golfo», bufó, «te haré morder el polvo». Repitió la frase varias veces, más para él que para mí. Yo le había vuelto la espalda, lo había dejado atrás, en la acera, junto al parque con aligustres. «Morder el polvo... Morder...» Entendí entonces el motivo de la rabia de Xhoda. Durante tres días consecutivos me había encerrado con Vilma y con Lulu. Y Vilma era la hija de Xhoda, que la quería con locura. «Nos han visto», pensé, «alguien debe de habernos visto, alguien descubrió que nos encerramos en el piso de Lulu y le ha ido con el cuento a Xhoda». Sentí que se me helaba la columna vertebral. Pero no de miedo. No sabía lo que Xhoda podía llegar a hacerles a los que rondaban a su hija, pues yo, con toda seguridad, no era de aquellos. Pero mi réplica le sentó mal, muy mal. Un impulso irresistible me hizo volver la cabeza: Xhoda seguía en el mismo sitio, al final de la acera, con su furiosa mirada que lanzaba como un rayo contra mí. No cabía la menor duda: nos habían visto.

No entré al club. De entrar podía ocurrir que me quedara de nuevo allí. Fui hasta la fábrica. Aquel día el humo subía recto hacia el cielo como un surtidor negro. Me vino a la cabeza la expresión de moda: «Los perros ladran, el humo sube recto». Después recordé la expresión exacta: «Los perros ladran, la caravana sigue adelante». «Para volverse loco», me dije, «¿quiénes serán los perros y qué la caravana?». Permanecí un momento pasmado ante la fábrica contemplando cómo el humo negro se elevaba recto, calmo, en perfecto equilibrio hacia el cielo. Bastaba con que soplara un poco de viento, es decir, que ladrara el cielo, para que el humo se expandiera hecho un revoltijo, es decir, para que la caravana se deshiciera. Se deshiciera el equilibrio del mundo. Y yo mordiera el polvo. Como lo había mordido Ladi. Sonja, como no le gustaba morder el polvo, regateaba. Pero yo ¿qué clase de regateo podía hacer y con quién? Recordé que tenía que ver sin falta a Dori. Así me lo había pedido, que fuera a verle sin falta.

No le encontré. En los alrededores de la fábrica no se veía ni un alma. Aquel día todo parecía abandonado. El laboratorio también estaba desierto. Ni Vilma ni Lulu estaban allí. Aquel vacío me aterrorizó. El ruido de los molinos llegaba a mis oídos como un gemido salido de las entrañas de la tierra. «¿Hay alguien?», grité finalmente con toda la fuerza de mis pulmones. Nadie me respondió. Solo los molinos continuaban girando. «¿Hay alguien?», repetí desesperado. Al fondo del laboratorio mis ojos descubrieron una cabeza con cofia. Era la cabeza de una auxiliar del segundo turno, una pobre diabla de unos cincuenta años con la cara muy gorda y aire aletargado. Bien por el ruido, bien por la cofia encasquetada o por la grasa de sus orejas, no había oído mi llamada. Cuando giró la cabeza y me vio en medio del laboratorio, lanzó un grito. «¡No soy el arcángel Gabriel, el ángel exterminador, zoqueta!», la insulté, seguro de que no captaría nada. Me dijo que Dori estaba en una reunión y que Lulu y Vilma no habían venido a trabajar. Añadió que las habían convocado urgentemente a ella y a otra colega que ahora estaba en el silo

porque no había aparecido nadie del primer turno. No se sabía por qué razón no había acudido Vilma, y Lulu estaba en el hospital. Cuando le pregunté qué le había pasado a Lulu para estar hospitalizada, ella me miró muerta de miedo. «Le han pegado», me aclaró, «la han baldado. Ayer tarde, cuando volvía a casa, alguien le salió al paso en la oscuridad, le echó algo sobre la cabeza y...».

La cara de la pobre diabla del laboratorio palideció. Me fui, no necesitaba oír nada más. Una pavorosa suposición se instaló en mi cabeza y establecí una relación entre la demanda de Dori de que nos viéramos, la aparición de Xhoda, la ausencia de Vilma y la paliza recibida por Lulu. Me fui derecho al hospital.

Lulu estaba en una habitación con otras cuatro mujeres operadas. Por suerte, conocía al jefe de la planta de cirugía, vivía en el portal central de mi mismo bloque. Me buscó una bata blanca y me acompañó hasta la puerta de la habitación de Lulu con la recomendación de que no prolongara la visita. En cuanto entré, sentí una gran repugnancia. En la primera de las camas una mujer, con dos muchachas a la cabecera, gemía, se quejaba, pedía que le dieran agua y no se la daban. Cuando yo entré, las muchachas giraron la cabeza para mirarme. Después sus ojos se deslizaron como la cosa más natural desde mi persona hacia una cama a mi derecha en la que supuse que se encontraba Lulu. Lo comprendí de repente y me quedé de piedra. La amabilidad del jefe de planta, su disposición a ayudarme, por más que fuera un vecino, había superado mis expectativas. Ahora estas chicas me lanzaban una mirada llena de significado y me encaminaban hacia la cama que estaba buscando. No me quedaba la menor duda de que mis idas y venidas a casa de Lulu corrían de boca en boca por toda la pequeña ciudad.

Les volví la espalda a las muchachas. El fuerte olor de los medicamentos y el intenso olor de las mujeres me revolvió el estómago. Toqué a Lulu en la cabeza con la punta de los dedos. Me reconoció y, ¡oh Señor!, sonrió. La habían machacado. Sin embargo, la pobre Lulu aún tenía ánimo para sonreír, como si quisiera infundirme coraje. Tenía la cara amoratada y uno de los ojos cerrado de la hinchazón. Le cogí la mano que colgaba fuera de la cama, la mantuve entre las mías, me incliné, puse los labios sobre su flácida piel, se la besé y, con voz apagada que apenas podía salir de mi garganta, murmuré: «Lulu, ¿quién te ha hecho esto? ¡Cuéntame!».

Lulu trató de sonreír de nuevo. Ella se reía en raras ocasiones. Pero cuando lo hacía se producía un prodigio de la naturaleza. Aquel día no se le distinguía nada excepto la hinchazón y el destello de su ojo abierto. «Estaba oscuro», balbuceó, «y me taparon la cabeza con un saco. Ellos me pegaron y yo de rabia no solté ni un grito. Cuanto más fuerte me pegaban ellos, más apretaba los dientes yo. Hasta que se cansaron y me dejaron con el saco en la cabeza en el portal del bloque, en las escaleras. Quizás se hartaron de pegarme o quizás temieron que los viera alguien. Fueron dos vecinos los que me encontraron así, tirada como un saco inservible, pero los rufianes habían desaparecido. Al principio no entendía qué pasaba, por qué la tomaban conmigo, creí que eran unos simples rateros que querían robarme. Pero no era así, aunque puede que también sean rateros y, sin ninguna duda, delincuentes comunes, de la canalla del club. Ahora entiendo perfectamente por qué me han hecho esto. Supongo que tú también lo

entiendes; por eso, ve con cuidado».

Continuaba con su mano entre las mías. «Tienes razón», le susurré, «son perros rabiosos. Ni a una chica se atreven a atacarla de uno en uno. Solo son valientes en grupo, en manada, como los lobos». Lulu me apretó la mano para que no alzara la voz. «Lulu», le dije, «esto que te ha pasado es por mi culpa. De ahora en adelante, cualquiera que se meta contigo tendrá que vérselas conmigo. ¿Lo oyes? El que se atreva a tocarte un solo pelo tendrá que vérselas conmigo». Sentí de nuevo la presión de su mano. Hablaba por hablar. Sin embargo, estaba dispuesto a cometer cualquier locura con tal de vengarme.

Cuando salí del hospital era cerca del mediodía. Evité la calle que llevaba al club, di un largo rodeo y fui a salir a la parte de atrás del bloque donde vivía, donde casi furtivamente me metí en casa. Con estos incomprensibles actos quizás tratara de convencerme de que la decisión que había tomado mientras hablaba con Lulu era una obligación. No podía dejar de pensar en su cara amoratada y su único ojo abierto; sus malogrados intentos de sonreír me afligían. «Mi pobre Lulu», murmuré, «¿qué hicieron contigo?». Giré la llave y entré. Mi casa estaba vacía, mi padre y mi madre estaban en el trabajo. En el silencio del hogar, me serené, se me aclaró la mente y me sentí capaz de razonar con calma. Lo primero que hice fue poner el cacillo al fuego. Mientras se hacía el café, pensé que a aquellas horas todos ellos debían de estar bebiendo en el club. En realidad a mí no me interesaban todos ellos, sino solo uno, Fag. Los demás no me importaban.

El café subió, borboteó y se derramó sobre el infiernillo. El olor a café quemado invadió la cocina. «¿Qué haremos?», me pregunté, vertiendo en la taza la sustancia que aún quedaba. «¿De verdad piensas que me voy a quedar cruzado de brazos con lo que me has hecho? Eso es lo que habrás pensado, estoy seguro. Es un cobarde, te has dicho, un pedazo de estudiante que no se va a arriesgar por alguien como Lulu. Mataré dos pájaros de un tiro, te has dicho. A Lulu, por alcahueta, le daré una lección que no olvidará en su vida. Después se armará una buena, claro está, y se enterará todo el mundo de por qué a Lulu le pusieron un saco en la cabeza. Se enterará incluso Xhoda. Lo primero que hará será apretarle las tuercas. Bravo, hasta aquí tu razonamiento no cojea. Xhoda debe de estar rabioso y ha atado en corto a Vilma, no la deja salir de casa. Según me contó Lulu, no ha podido siquiera visitar a su amiga en el hospital. Hasta aquí tu plan, digamos, se desarrolla según lo previsto. Ahora bien, ese no es tu verdadero plan. Tú tenías múltiples maneras de atemorizar a Lulu y de hacer llegar a oídos de Xhoda las andanzas de su hija. Entonces ¿por qué actuaste de ese modo, por qué ordenaste a dos de tus rufianes que le pegaran en la oscuridad a una muchacha indefensa, a una pobre chica que nunca se ha metido con nadie? Y cuando digo pegarle, incluso a ti, Fag, te habría dado pena comprobar el estado en el que la dejaron a la pobre. Tienes instinto de golfo, Fag. No sabes actuar de otro modo que no sea guiado por tu instinto de golfo. Lo lamento francamente por ti. Y por tus camaradas. Lo lamento por mí mismo y por todos. Te voy a hacer una pregunta que debes responderme: ¿por qué lo hemos hecho? Te partes de risa, me llamas idiota. Esta pregunta apenas estimula tu

adormecido cerebro. A mí, sin embargo, me tortura, me da miedo pensar cómo hemos podido caer tan bajo. Me da miedo pensar que esta pregunta mía solo te irrite y te incite a partirme los morros. Laméntate, Fag. Recuerdo de cuando éramos niños que tu padre era militar, oficial. Ahora no sé si sigue en el ejército o se ha jubilado. Tu padre era amigo de Xhoda y sin embargo Xhoda te cascaba. Como me cascaba a mí. Mi padre consentía los palos que me propinaba Xhoda. ¿Pero los consentía tu padre? Vaya, de nuevo te enfureces, te tomas mi pregunta como una ofensa. Pero no pretendo ofenderos ni a tu padre ni a ti. Hemos pasado la niñez bajo el garrote y seguimos bajo el dominio del garrote. Esa es nuestra desgracia, Fag. Porque el garrote te deja marcas que ni la sepultura consigue borrar. Por eso tanto tú como los secuaces que te secundan encontráis legítimo utilizar la violencia contra los más débiles. Es repugnante, Fag, debes admitirlo. Pegarle a un ser indefenso e inocente como Lulu es cosa de canallas y no tienes por qué encenderte. El que debería encenderse soy yo. Y ya ves, aquí estoy discutiendo contigo, tratando de mantener la sangre fría. No sé si podré mantenerla cuando estemos frente a frente. Que lo estaremos, no me cabe duda. Te lo digo a la cara, Fag, al pegar a Lulu me has lanzado una indirecta y me has puesto sobre aviso. He captado tu indirecta y tu mensaje. Ahora bien, has cometido un pequeño error: has olvidado que al igual que tú yo también soy hijo del extrarradio y que con la leche he mamado polvo de cemento. Los dos hemos mamado polvo de cemento, Fag, y hemos aprendido a ajustar las cuentas a nuestra manera. Te has equivocado, pues, cuando has creído que pegando a Lulu me aterrorizarías a mí y que eso me forzaría a renunciar a Vilma. Tú quieres a Vilma, lo sé. Me estremezco cuando pienso que tú continúas creyendo en el juego infantil de antaño. Siento lástima de ti. Si hubieras acudido a mí de hombre a hombre a llorarme tus penas, no hubieras cometido semejante burrada por la sencilla razón de que entre Vilma y yo no hay nada. Y este es el lado tragicómico de tus acciones.»

Dejé la taza sobre la mesa. El café me serenó, tenía lúcida la mente. Sentía, sin embargo, un peso en el pecho. Tenía la impresión de que un cangrejo se había cobijado en mi cavidad torácica y que, al menor movimiento, mi pecho podía reventar. El cangrejo de mi rabia. Estaba encogido y no picaba. Se mantenía al acecho, acechaba mis acciones. Me levanté y me acerqué al armario ropero. Lo que buscaba lo encontré en una caja al fondo del armario bajo un fardo de ropa vieja: la navaja. En la planta de trituración por poco la uso contra los optimistas. Era una hermosa navaja, hecha con el acero de una bayoneta. La había envuelto en un trapo empapado en aceite y la había metido en una bolsita de plástico dentro de un pequeño cofre de madera. La limpié despacio, con calma, hasta que el filo lanzó destellos. Con la navaja en la mano me senté en la cama. Mi respiración era normal y regulares los latidos de mi corazón. Una voz interior me susurraba que volviera a envolver la navaja en el trapo, que la introdujera en la bolsa de plástico, que metiera la bolsa en el cofre y el cofre bajo el montón de ropa vieja y me echara a dormir. Dudaba de si era la voz de mi conciencia o la voz de Vilma. Quizás fuera mi propia conciencia, que me hablaba con palabras de Vilma. Sea como fuere, yo oía la voz de Vilma. Me susurraba en voz baja, cariñosamente, mientras yo observaba detenidamente el filo de la navaja. Lo malo era que no tenía sueño, que no

sentía nada, ninguna clase de emoción. La voz de Vilma me llegaba lejana, como procedente de otro planeta, aunque no fuera mucha la distancia que nos separaba. Estaba cerca, encerrada en una casa al otro lado de la calle, a pocos cientos de metros. «No tengo nada que ver contigo», murmuré completamente turbado. «Y tú no tienes nada que ver conmigo. Eres demasiado inocente para mezclarte en los asuntos de este mundo.»

Salí acompañado del susurro de Vilma. No sabía lo que sentía por Vilma ni cómo llamar a aquel sentimiento. Era mediodía, el bochorno cortaba la respiración. Un cielo mugriento se hallaba suspendido sobre la pequeña ciudad y por primera vez puse en duda si el cielo era realmente mugriento o solo me lo parecía a mí. ¿Le parecería igual de sucio a Vilma al contemplarlo desde la ventana de la habitación donde estaba presa? «En realidad», me dije, «¿qué me induce a pensar que Vilma y yo vemos el mundo del mismo modo? ¿Por qué es comúnmente aceptado que personas distintas vean el mundo del mismo modo, que el color rojo se perciba como rojo y el color negro como negro por todo el mundo? Basta con cerrar los ojos para que el mundo desaparezca. Como en el sueño. Y el sueño es la muerte. Cada veinticuatro horas el hombre se ejercita en el sueño de la muerte», pensé. Mi mano palpó instintivamente el bolsillo donde guardaba la navaja, en la parte interior de la pernera derecha del pantalón.

Como de costumbre, a aquella hora la banda de Fag había ocupado las mesas del rincón situado enfrente del que yo ocupaba. Mi aparición fue recibida con absoluta indiferencia, nadie me miró. Lo que me hizo estar seguro de que me esperaban. Traté inmediatamente de descubrir quiénes podían ser los agresores de Lulu. Después admití que podía ser cualquiera de ellos, y me acerqué a la barra. Mi rechoncha compañera de la infancia reforzó la impresión que me había asaltado al entrar al local. Se había oído que la banda tramaba algo. «Abre bien los ojos», me dijo mientras me ponía delante un doble de coñac, «no parecen estar muy bien hoy». «Tampoco yo», le respondí, «me siento bastante mal, tanto que no me soporto ni a mí mismo». Los del rincón nos miraron de reojo. Las palabras «no me soporto ni a mí mismo» las había pronunciado alzando deliberadamente la voz. La cara de la camarera se descompuso. Se echó hacia atrás mientras yo cogía la copa y me alejaba despacio hacia la mesa del otro rincón. En cuanto me acodé en la mesa, me oí que habían interpretado el significado de los pantalones que llevaba puestos. Eran de mahón gris. En la pernera derecha se distinguía una cremallera vertical a la altura de la pantorrilla. La cremallera ocultaba un bolsillo interior. La moda de los pantalones con cremalleras a la altura de las pantorrillas se había extendido en la pequeña ciudad. Y todo el mundo sabía de sobra lo que escondía el bolsillo interior. Al menos, los del rincón de enfrente tenían meridianamente claro que el bolsillo de la pernera derecha de mis pantalones ni era falso ni estaba vacío. Me los había puesto nada más llegar del hospital convencido de que, como era su costumbre, encontraría a la banda reunida en el club. Ninguno de ellos lo habría hecho solo. También observé que ninguno de ellos llevaba pantalones con cremalleras verticales a la altura de las pantorrillas. Lo que no significaba que el resto de bolsillos estuvieran vacíos.

Después de unos minutos perdidos comencé a sentir que algo andaba mal. Mas no por el simple hecho de que ninguno de ellos vistiera pantalones con cremallera. Estaban demasiado tranquilos aquel día, como si les hubiesen dado, en público, un certificado de buena conducta. Fag alzaba la cabeza, miraba a hurtadillas hacia mí, pero había algo vago en aquella mirada que yo no acababa de captar. «Chaval», me dije, «¿de qué vas hoy? No me gusta ni un tanto así que estés tan dócil».

Al otro lado de la calle, cerca del parque con aligustres, mis ojos distinguieron un individuo. Era un hombre bajito, de esos a los que resulta difícil calcular la edad. Se llamaba Llambro y se decía que era un chivato. Que Llambro estuviera por allí, como hacía a menudo, no era de extrañar. Que junto a Llambro apareciera poco después un policía, tampoco era de extrañar. Pero cuando observé que Fag hiciera lo que hiciera acababa mirando hacia ellos, eso sí que resultaba extraño. En general, los chicos de la pequeña ciudad, con pantalones con o sin cremallera, eran alérgicos a los chivatos y a los policías. ¿Qué le pasaba a Fag aquel día?

Eché un trago. Enfrente, la pandilla seguía a lo suyo en silencio. Los muchachos bebían. Fag, no. Fag tenía delante la copa vacía. Los demás bebían, él no. Él intercambiaba miradas con Llambro. «Asqueroso», me dije, «¿qué es lo que piensas hacer?». Mientras depositaba la copa en la mesa, supuse, poco más o menos, lo que pensaba hacer Fag. Sin acelerarme, para que no sospecharan, abandoné la mesa y me dirigí hacia la parte derecha de la barra, donde estaba el váter. No me metí en el váter. Pasé detrás de la barra y le silbé a la camarera. La rechoncha me vio y me miró sorprendida. Me puse el dedo sobre los labios y le hice seña de que se acercara. Abrí la cremallera, saqué del bolsillo interior la navaja e indicándole que guardara silencio se la puse en la mano. «Por favor, guárdamela», le dije en voz baja, «y devuélvemela luego. Si no vengo yo a buscarla, hazla desaparecer, tírala, haz lo que quieras, pero no se la des a nadie».

La camarera me hizo caso. Volví a mi mesa. Los muchachos seguían bebiendo. Fag miraba hacia fuera. Tuve tiempo de acabarme el coñac que me quedaba y de pedir otro. «No bebas más», me susurró temblorosa mi compañera de la infancia. «No me lo voy a beber», la tranquilicé, «pero dame por favor una caña de azúcar». La rechoncha volvió a mirarme sorprendida. Envolvió la golosina en un trozo de papel y la puso sobre el mostrador. Mientras regresaba a mi rincón observé que había dos policías con Llambro. Después todo ocurrió muy rápido. Fag se separó de los suyos y vino hacia mí. Escondía una de las manos. «Cretino», le insulté mentalmente. Antes de que me tirara el coñac a la cara, le arrojé yo el mío. La copa que ocultaba cayó al suelo. Aulló. Tomó impulso, empujó la mesa y trató de lanzarme contra la pared, pero yo le evité y la mesa por poco rompe la cristalera del club. La camarera chilló. Dos o tres clientes que estaban próximos huyeron asustados. En un silencio brutal intercambiamos varios puñetazos. Ninguno de los de su banda intervino. Y como yo había supuesto, vinieron a separarnos los policías. Uno agarró a Fag y el otro a mí. Junto a ellos se encontraba un civil cuya cara era famosa en la pequeña ciudad. Llambro había desaparecido. Tanto Fag como yo nos entregamos sin aspavientos. Bajo la mirada de los curiosos que se arremolinaron para la

ocasión, acompañados de los policías y separados el uno del otro, acabamos en comisaría.

En cuanto pisé el umbral de la comisaría, un edificio de dos plantas algo alejado del centro de la pequeña ciudad, fui sometido a un exhaustivo control. Hube de vaciar todos los bolsillos, salvo el de la cremallera en la pernera derecha de los pantalones. El gozo del descubrimiento del objeto oculto en aquel bolsillo se lo dejé a la persona que se ocupaba de inventariar mis pertenencias. Era un oficial de policía de cabeza grande, cara encarnada y unas manazas que daban miedo. «¿Y este truco de aquí?», me dijo satisfecho como si estuviera haciendo un descubrimiento y me estuviera poniendo contra la pared, «¿crees que no conocemos tus trucos de *hooligan*?».

Hasta ese momento su comportamiento podía ser calificado de ejemplar. Hasta entonces había mostrado un aguante admirable ante mi lentitud para vaciarme los bolsillos. Cuando yo, desdeñoso, le fui echando sobre la mesa objetos insignificantes como billetes de autobús, monedas y menudencias por el estilo, él se reía levemente, casi con franqueza, como si tratara de decirme: «¡Sigue, sinvergüenza, sigue! Yo tengo aguante». Su cara resplandecía y su mirada tenía el destello de los ojos del gato cuando juega con el ratón. «¡Ah, vaya!», se pavoneó, poniendo sus pezuñas sobre la cremallera de la pernera derecha de los pantalones, «¿qué tenemos aquí?».

Con un brusco movimiento abrió la cremallera, introdujo los dedos y extrajo la golosina envuelta en papel. La mantuvo entre sus pezuñas sin poderse creer lo que veían sus ojos. Se la pasó de una manaza a la otra, la desenvolvió, pero seguía sin ser otra cosa que una caña de azúcar. «Pero ¿y esto?», murmuró descompuesto, mirando al policía que permanecía de pie a mi lado, «¿qué es esto?». Cuando le respondí que lo que tenía en la mano no era más que una caña de azúcar y que si aceptaba podía regalársela para que se la llevara a su hija, saltó furioso de su silla. (Más tarde supe que tenía una hija en secundaria, pero entonces lo ignoraba.) Sentí dos golpes al mismo tiempo: un puñetazo en el estómago y una patada en la pantorrilla. Con un grito de dolor caí a tierra. Allí me llevé otra patada en el costado. De ese modo puso fin al inventario de mis pertenencias. Unos brazos fornidos me sostuvieron y me llevaron a rastras, atravesamos un pasillo, se abrió una puerta, me tiraron dentro, la puerta se cerró y me desplomé de morros contra el suelo.

Durante un tiempo que no estoy en condiciones de saber cuánto se prolongó, no me atreví a hacer el menor movimiento. Me dolía todo el cuerpo. Cuando me recuperé un poco, conseguí levantarme y sentarme en una banqueta apoyada contra la pared. Me encontraba en un calabozo sin ventanas, con una débil bombilla en el techo. En el pasillo se sentían pasos de forma intermitente. Al recordar la pasmada cara de idiota que se le puso al oficial de la cara colorada cuando encontró en lugar de la navaja la caña de azúcar, me entraron ganas de reír. «Mientras siga conservando el humor», pensé, «todo irá bien». Como para confirmarlo, se sintieron pasos en el pasillo. Los pasos se fueron acercando. «Quizás traigan a Fag para un careo», me dije. No había vuelto a ver a Fag desde que habíamos llegado al edificio de la comisaría. Pero no era Fag. La puerta crujió,

se abrió y en su umbral surgieron dos policías de gran estatura, jóvenes y totalmente desconocidos. A aquellos dos policías nunca los había visto en la pequeña ciudad y jamás los volvería a ver. En cuanto cerraron la puerta, uno se quedó junto a ella y el otro se me acercó. Seguí sentado en la banqueta. Me ardía la garganta, tenía sed y quería pedir agua. El que se me acercó me miró de arriba abajo: «¿Dónde escondiste la navaja?», me preguntó, «¿dónde la tiraste? Sabemos que tenías una navaja, que habrías cometido un crimen de no haber intervenido nosotros. Habla, puerco, ¿qué has hecho de la navaja?».

No esperó a obtener respuesta, me dio un puñetazo en el estómago y una patada en la pantorrilla. Eran los mismos golpes estándar que poco antes había utilizado como patrón el oficial de la cara colorada. El efecto fue poco más o menos el mismo: lancé un grito de dolor y me habría caído al suelo si el policía no me hubiera mantenido clavado sobre la banqueta. El calabozo giraba a mi alrededor. La bombilla sobre mi cabeza se convirtió en un sinnúmero de luces en movimiento. En su halo distinguí la cara del policía sin busto, con un mechón de cabello negro caído sobre la frente. Cuando mi mirada logró algo más de nitidez, observé que era una cara marcada por la viruela. A la vez observé que el policía de la puerta venía hacia nosotros. Apartó al de la cara marcada por la viruela y se situó frente a mí. «Fíjate», se volvió hacia su compañero riendo, «le estaba dando vueltas a dónde he visto yo esta jeta. Al principio me dije que quizás fuera el descuidero que pillamos hace días en la línea de autobús del combinado. Podía serlo, pero no. Podría ser un ratero, pero tiene más pinta de ser un degenerado. Si no hubiera visto hoy por casualidad al autor en la cárcel, habría dicho que era el perro que violó hace dos días a una niña de catorce años junto al matadero. Pero no puede ser, me dije, esta jeta se parece demasiado a la del que no hace tanto callejeaba insolente por Tirana yendo de local en local como si hubiese liberado la capital. Este maleante se olvidó durante un tiempo de quién era y de dónde venía. ¿Qué?, sinvergüenza», bufó, oprimiéndome brutalmente el pecho, «¿has olvidado que el mundo es un pañuelo? Mierda, más que mierda.».

No me acordaba de haber visto nunca a este hombre. No entendía cómo era posible que me odiara hasta ese punto sin motivo alguno. «Si está escrito que debo morir ahora», pensé, «sea». Y le escupí a la cara. Cambió de color. Recuerdo dos puñetazos en los morros y una patada en la barriga. Recuerdo que en un estado entre el sueño y la vigilia, por no decir entre la muerte y la vida, regresé al salón de baile del hotel Dajti. Zumbaba en mis oídos la adormecedora melodía de un blues bajo una iluminación verdosa, sentía el aroma de los cabellos de Sonja, que pendían ondulantes mientras más allá, desde una mesa redonda, nos vigilaba Ojos Lechosos. Junto a él había un hombre con la cara alargada, mandíbula prominente y rasgos de mongólico echado hacia atrás, hacia la zona en penumbra, como si quisiera ocultarse y que no le reconocieran. Pero yo le reconocí, era él... él... Y volví en mí.

Se habían ido. Se habían ido precisamente cuando yo volvía en mí y cuando me pareció oír a alguien lanzando un sucio juramento. Sea como fuere, los dos policías se habían ido y yo volví a vislumbrar sobre mi cabeza la débil bombilla. Tenía el cuerpo machacado y la cara me ardía. Debía de tener la cara hinchada y amoratada, como si no

fuera mi propio rostro sino una máscara incrustada en mi semblante con clavos. Conseguí levantarme y me senté en la banqueta. Sin duda, mi situación era preocupante. Que me habían tendido una trampa, era indudable. Que habían tratado de cazarme con un arma blanca para ponerme varios meses a la sombra, era evidente. Pero la paliza que me habían dado superaba con creces el comportamiento de que hacía gala la policía de la pequeña ciudad. Los que se las vieron conmigo no eran policías de mi localidad. No entendía por qué no me interrogaron policías de mi localidad, vestidos de civil o de militar, sino aquellos dos, a los que no había visto en mi vida. No tardaría en entenderlo.

Al principio no le reconocí. No pude hacerlo porque llevaba tiempo sin verle y en el intervalo había cambiado. Pero, sobre todo, no le reconocí porque no cabía imaginar que nos encontraríamos en aquellas circunstancias ni podía establecer ninguna relación entre la situación en la que me encontraba y su aparición. Puede asimismo que no le reconociera porque estaba hecho papilla y la bombilla alumbraba muy débilmente, tanto que su cara parecía velada. Fue a través de ese velo de niebla como llegó a mí. Yo estaba en la banqueta con la cabeza apoyada contra la pared. Su rostro surgió de entre la niebla y entonces supe quién era. No se puede decir que sintiera la menor emoción, en lo único que pensaba era que también a él, como ocurriera con su antecesor, yo le serviría de diana. «El mundo es un pañuelo», rio. No le respondí. No tenía ningún sentido responderle. Me encontraba postrado a sus pies. Postrado a los pies del hijo del ministro, el instructor A. P., a los pies de Ojos Lechosos. Pero cambié de opinión, me sentí obligado a hacerle una pequeña aclaración. Le contesté que ese mismo dicho, el mundo es un pañuelo, me lo acababa de repetir un individuo con cara de caballo y mandíbula prominente de mongólico. «Supongo que te acuerdas de aquella noche en el salón de baile del Dajti», le provoqué, «el mongólico estaba sentado en una silla junto a ti, solo que aquella noche iba de civil y no con uniforme de policía como hoy». Ojos Lechosos se volvió a reír, o más exactamente, esbozó una mueca, se cruzó de brazos y, mirándome como su colega de arriba abajo, meneó la cabeza: «Por lo que veo», observó, «no has aprendido aún la lección, no habrá más remedio que seguir con ella. Pero yo no he venido para eso ni te voy a dar ninguna lección».

Guardó silencio, como si dudara entre decirme o callarse algo que se traía entre manos. Tuve la ocasión de observarle atentamente y por un momento me aterrorizó el pensamiento de que aquellos labios finos como sanguijuelas hubieran succionado los labios de Sonja, hubieran libado de sus ojos y chupado los pezones de sus pechos. ¿Se imaginaría acaso que para mí no existía tortura mayor que la contemplación de aquellas sanguijuelas? Prefería que me reventara a puñetazos y patadas, que me aplastara la cabeza contra la pared, pero que me quitara de delante las sanguijuelas. «Buena jugada», dijo finalmente, y las sanguijuelas se retorcieron. «No se puede condenar a nadie cuando esperas pillarlo con una navaja y en lugar de eso le encuentras una caña de azúcar. Mis felicitaciones, siempre has sido muy espabilado. Pero ¿crees haber hecho realmente una buena jugada? Por eso he venido. Vive aquí un tal Xhoda que, al parecer, tiene una hermosa hija. Dicen que es capaz de mandar al otro barrio a cualquiera que la ronde. Pero contigo no va la cosa, tú no eres de los que rondan a las chicas. Tú eres de los que se lanzan al asedio,

pero los conquistadores acaban siendo conquistados, no puede ser de otro modo. En esta ocasión crees haber hecho una buena jugada, pero yo no estoy aquí por eso, de verdad. Algo me impulsa a ayudarte incluso. Sé que nos aborrecemos el uno al otro por una tontería. Te he odiado y tú me has odiado a mí, no trates de negarlo. Y ¿por qué? Por nada, en vano», se me acercó y me clavó sus ojos lechosos. «En balde, te lo digo yo. Por una mujer que no vale la pena. Pensaba que sí, pero cuando la caté vi que no valía nada. Hasta le huele la boca. Debes de tener un buen estómago para haber aguantado tanto tiempo. Yo abandoné en cuanto dejé de sentir curiosidad. Tú también lo sabes, conquistador, la curiosidad es una gran cosa. He oído decir que ahora se va con el tonto de la aldea, un retrasado baboso. No era ninguna perla, te lo digo yo, sino una histérica...»

Detrás de la puerta, en el pasillo, se oían pasos. Iban, venían, se detenían junto al umbral, como si alguien estuviera escuchando, acechando. Los pasos reiniciaban sus idas y venidas, y otra vez se detenían junto a la puerta. Ojos Lechosos no se hubiera atrevido a entrar él solo ni a enfrentarse a solas conmigo sin cubrirse las espaldas. Pero yo estaba destrozado. Y no quería gastar saliva con aquel individuo. Era un gargajo de pies a cabeza, no cabía lanzarle un escupitajo. Reí. Al principio con suavidad, luego más fuerte. Se abrió la puerta y alguien introdujo la cabeza, pero él le indicó que se fuera, con un movimiento de la mano. Me dijo que no me riera como un idiota. Me ordenó que dejara de hacer comedia. «He venido a hablarte de algo serio, que seguramente será de tu interés... y puede que de alguien más... Lo del retrasado de la aldea es una bobada, te lo dije para ofenderte...»

Las sanguijuelas se retorcieron. Después se estiraron, se contrajeron, se pegaron, mientras que yo sentía miles de sanguijuelas adheridas a mi cuerpo, sobre cada centímetro cuadrado de mi piel, que succionaban y succionaban mi sangre con monstruosa voracidad. «Que lo sepas», continuó Ojos Lechosos, «te encuentras en una grave situación. Tú crees haberla sorteado escondiendo la navaja. También lo pienso yo, pero ellos opinan lo contrario. Hay personas dispuestas a declarar que, mientras te peleabas con el otro, tenías la navaja en el bolsillo con cremallera. Que te la han visto y te la han tocado».

No sabía por dónde iba a salir. El instinto de conservación me impulsó a replicarle, a decirle que no llevaba conmigo ninguna clase de navaja. Esta vez fue él quien se rio. Amable, llegó incluso a considerar oportuno ponerme la mano sobre el hombro. ¡Con sinceridad! Fue así como continuó: «Con sinceridad, te creo. No eres ningún navajero. Y me agrada que empieces a razonar para salir de esta y que no te metas en un callejón sin salida. Venga, analicemos juntos la situación. La que es ahora tu amante es la chica más hermosa del lugar. Pero cuando se consigue a la más guapa, hay que asumir los riesgos y tomar a la vez precauciones. Tú ya tienes experiencia y sabes perfectamente lo que sucede cuando vas con la más guapa... Nadie te quita el ojo de encima. Hasta aquí aún no hay riesgo; el peligro, como se suele decir, solo existe en potencia. Pero tú estás doblemente amenazado. En primer lugar por el padre de la chica, un hombre con influencias en esta ciudad. En segundo lugar, por el gamberro con quien te pegaste en el

local. Según me han contado, sigue el rastro de tu chica con el celo de un maniaco. Ese elemento es informado de todos y cada uno de los movimientos de la joven, tanto que se podría decir que hasta sabe cuántas veces va al baño. Tú, sin embargo, con imperdonable descuido, te encierras precisamente con ella en casa de una conocida durante varios días consecutivos. ¿Cómo no se te ocurrió que te podían tender una trampa? Y has caído en ella, te han pillado. Ese gamberro ha insistido en que tú le atacaste y que pretendías apuñalarlo. Niégalo cuanto quieras. Aunque ese hecho no llegue a tener consecuencias para ti, de lo que no te librarás es del padre. Lo sabe todo. Y removerá cielo y tierra hasta acabar contigo, pues tiene mucha influencia».

Me mareaba. Había perdido la noción del tiempo. Desde que me habían encerrado solo tenía ante mí la débil bombilla y era incapaz de precisar las horas que llevaba detenido. Tenía el cerebro bloqueado. Cada vez que trataba de encontrar alguna relación entre mi historia y la presencia de Ojos Lechosos no alcanzaba a establecer ningún punto de conexión. Me había dicho que quería hablar conmigo de algo serio, de algo que me podía interesar. Pero que también podía interesar a alguien más. ¿A quién? «No, señor mío», me dije al observar el maligno brillo de sus pupilas, «no es posible que hayas venido hasta aquí solo para contarme que has estado con Sonja, ni para envilecerla en mi propia cara. No estás tan ocioso como para tomarte la molestia de venir hasta aquí por semejantes pequeñeces».

De la misma opinión era el hombre de los ojos lechosos. «Dejémonos de pequeñeces», dijo. «¿Has imaginado la posibilidad de saber algo de Sonja?», me preguntó de pronto, mientras yo me sentía impedido para partirle los morros. «Limpia los establos de las vacas», continuó con la seguridad que da el considerarse impune. «Te lo digo de verdad, cuando la vi en un corral de vacas me dio pena. Y cierto que aquel día tenía alrededor a un retrasado que babeaba. Imagínate a Sonja con botas de agua, vestida como una campesina, con la cabeza cubierta por una pañoleta de lana y con una pala en la mano limpiando los meados y las bostas de las vacas. Fue precisamente aquel día cuando se me ocurrió que el único que podía salvar a Sonja eras tú. Se me ocurrió posiblemente porque aquel día hacía frío, la tierra estaba helada y Sonja, seguida por el retrasado y entre las bostas, despertó en mí ese mezquino sentimiento que llaman compasión. La compadecí sinceramente en lo más profundo de mi alma y ordené que escarmentaran al retrasado. Pero ¿de qué sirve? Cada hora que pasa en aquel lugar la mortifica, hasta que ya no haya remedio. Y nació en mí la idea de que, pese a todo, se podía encontrar una vía de salida para Sonja. Fue hace meses y entonces pensé en ti. Fue tan solo una idea, inconcreta y quizás prematura, para ser discutida. Entre tú y yo. Siempre he pensado que tú estarías dispuesto a ayudar a Sonja en el caso de que hubiera la menor posibilidad. Por eso he venido, para darte la posibilidad de ayudar a Sonja a salir de ese lugar perdido que tarde o temprano acabará con ella.»

Al pronunciar las últimas palabras, le temblaba la voz. Nadie, salvo yo, habría puesto en duda el sufrimiento del hombre de los ojos lechosos, tampoco que sus palabras, como él mismo afirmaba, no salieran de lo más profundo de su corazón. Yo, sin embargo, mientras observaba el movimiento de su nuez cuando tragaba saliva, pensaba que mi

navaja habría podido hacer un buen y rápido trabajo. Bastaba con que la llevara conmigo en el bolsillo de la pernera derecha del pantalón. Pero le había dejado la navaja a mi antigua compañera de infancia, a la camarera rechoncha, de modo que no tenía más remedio que aguantar y tragar, como había tenido que tragar las guarradas salidas de su boca desde que entró en el calabozo donde estaba encerrado. Ignoro cómo interpretaba mi silencio. Pero si es cierta la expresión de que el silencio es elocuente, debía de percibir que en aquel momento quería matarlo. Era perfectamente capaz de matarlo. Le clavaría la navaja en la garganta del mismo modo que se mata a los corderos. Ahora bien, o el silencio no es elocuente, o no comprendió la elocuencia de mi silencio o entendió lo que le convenía entender.

«Tú», me dijo, «tienes en tu mano la vida de Sonja, debes hacer todo lo posible por salvarla. No espero que me des la respuesta ahora mismo. Ahora daré la orden de que te suelten, vete a tu casa, date un baño, come algo, duerme y después de que te hayas recuperado, piensa en nuestra conversación. Se trata de la vida de Sonja, que está en tu mano. Es la primera cosa que debes recordar cuando te recuperes. La segunda es mi proposición, es decir, la proposición que quiero hacerte de la que no espero respuesta ahora. Ahora quiero recordarte otra cosa. Eres un chico listo, capaz de calibrar tu situación. Vamos a dejarnos de viejas historias. Por ellas te echaron de la facultad, suspendiste tus estudios y te arriesgas a amargarte la vida en este agujero donde te consume el polvo de cemento. Pero tú has tenido la suerte de probar otra clase de vida. ¿Se te ha pasado alguna vez por la cabeza que podrías recuperarla? ¿Se te ha ocurrido alguna vez que podrías volver a la facultad y continuar los estudios donde los dejaste? Y, sobre todo, ¿has imaginado alguna vez que podrías reiniciar tu relación con Sonja? Incluso aceptando que lo hubieras pensado en alguna ocasión, no te lo habrías creído ni tú mismo. Habrías creído estar soñando con los ojos abiertos. Pero yo he venido a decirte que todo eso se puede hacer realidad. Basta con que quieras acudir en ayuda de Sonja. Y verás como puedes escapar de este lugar miserable, en el que la gente vegeta como los gusanos. Escaparás del polvo, del trabajo a turnos, de la persecución del energúmeno de Xhoda, del golfo al que querías apuñalar. Serás libre. Escúchame. Tú no perteneces a este lodazal... Sería un pecado dejar que se desperdicien de esta forma personas como tú».

Mi interlocutor era presa de una crisis de sinceridad. Eso es lo que parecía por el modo en que hablaba y me miraba. En aquel momento, habría podido pensar que todo aquello iba en serio. Pero yo conocía perfectamente a los de su ralea y mi desconfianza era inevitable, fatal. Y no porque sintiera celos. No creía que hubiera venido de parte de Sonja. Mi desconfianza era fatal precisamente porque, ¡oh, Señor!, ¿qué más habría podido soñar? Todo puede hacerse realidad, percibía, basta con que yo quiera. Y yo quería comenzar desde el principio, volver a ver a Sonja, dormir con ella, yacer junto a su pecho. ¿Qué más podía soñar yo, una nulidad en aquel desierto? Él me taladraba con sus ojos lechosos mientras que yo, con el cerebro vacío, estaba a punto de caer de rodillas, de rogarle que me sacara de allí y me condujera hasta Sonja aunque se hundiera el mundo. Le pregunté qué es lo que quería de mí, pero mi voz tembló, me resultó

extraña, como la voz de un muerto que hubiera alzado la losa de su tumba y hablara desde el otro mundo.

«Nada», me respondió. Pensé: ya está, ha venido el demonio para llevarse mi alma. «Nada importante», especificó. Y se inclinó hacia mí. «Algo amistoso, camaraderil, entre tú y yo; una conversación franca de tiempo libre, no sobre ti, sobre otra gente que conoces y que no conoces. Quizás formemos un club, una sociedad, llámale como quieras, tú, Sonja y yo, pero no ahora, ni hoy, tal vez mañana, cuando gracias a ti y a mi intervención consigamos sacarla de allí, alejarla de aquel lugar donde se consume entre bostas y meados de vaca. Entonces te sentirás fuerte, como hombre y como varón, comprobarás lo que significa el poder de los fuertes, comprenderás que solo los débiles, los idiotas, los abortos vegetan en un lodazal amorfo, inmundo, donde las virtudes de la raza humana son inexistentes y uno se siente un mierda al que pisotean, ofenden, oprimen y aplastan. Tú eres lo suficientemente inteligente para comprenderlo. No pretendo nada del otro mundo, te lo he dicho. Nuestras conversaciones han de ser francas, íntimas, en el parque, en el café, en el paseo, alrededor de mesas llenas de viandas, donde tú quieras, en el local que quieras, conversaciones sobre la vida, sobre la gente, los estudiantes, qué piensan, qué hacen, cómo pasan el tiempo, a quién insultan, de qué hablan, qué dicen, qué hacen hoy, qué quieren hacer mañana... Ahora no quiero la respuesta. Ahora daré la orden de que te suelten. Vete a casa, tranquilízate. Y de esto que hemos hablado, ni una sola palabra, nunca, a nadie.» Sus pupilas brillaron malignas. «Piénsalo y todo irá bien. De lo contrario...»

No acabó la frase. «Te espero en un par de días en el club de la Liga de Escritores», me dijo. «Es un club tranquilo y agradable, con una sala grande en la que yo paso las tardes jugando al ajedrez. Es un lugar saludable, donde se reúnen personalidades, hombres ilustres, artistas y, a menudo, mujeres hermosas. Te espero dentro de dos días a las seis de la tarde. Si no apareces, lo tomaré como una negativa. Te ofrezco una posibilidad. No juegues con la suerte. De lo contrario...»

Cuando conseguí formular en mi interior un clamoroso ¡no!, ya se había ido. La amenaza «De lo contrario...» quedó suspendida en el aire del calabozo, sin embargo el alarido «¡No!» ni siquiera logró salir de mi garganta. Siguió aullando dentro de mí con la ferocidad de un animal enjaulado que ataca los barrotes con intención de destruirlos. Pero los barrotes aguantan. El alarido se quedó en mi interior ahogado y sordo. Las paredes no oyeron nada. El calabozo tampoco. En el calabozo quedó suspendida en el aire como un pájaro negro la amenaza: «De lo contrario...». Se abrió la puerta, alguien entró: el oficial de la cara encarnada con las manazas como pezuñas. Puso sus pezuñas sobre mi mentón y me alzó la cabeza. La bombilla, aunque débil, me cegó. Tenía los dientes extrañamente blancos, regulares y fuertes. Nunca había visto antes unos dientes tan regulares, fuertes y blancos. Entonces percibí que llevaba un trapo en una de sus manazas y que me había alzado la cabeza para limpiarme la cara. No era un trapo, era una gran bola de algodón empapada en alcohol. La cara me ardía. Después me entregó un peine para el pelo y me ordenó que sacudiera el polvo de mi ropa. «Aquí nadie te ha tocado», dijo finalmente. «Las heridas y moratones son de una pelea que has tenido con

un granuja callejero que no conoces y que salió corriendo después de la gresca. Ahora desaparece y piénsatelo, porque si caes en nuestras manos otra vez, no te librarás tan fácilmente.»

Me acompañó hasta la salida. «¡Hasta la vista!», dijo quizás por la fuerza de la costumbre. «¡Jamás te vean mis ojos!», le respondí para mis adentros. La plaza estaba desierta y la pequeña ciudad también. Solo de un rincón del cielo colgaba un sol amarillento oculto en parte por una nube negra. Aun así, bastó para cegarme. Como la débil bombilla del calabozo.

Las gruesas gotas de lluvia reventaban sobre el asfalto removiendo el polvo. Alcé la cabeza. «¿Por qué no descargas, cielo rastrero, acaso temes mojar a los huidos?», juré. «Ellos ya habrán llegado, cielo hediondo, que pareces la braga de una fulana. Se fueron todos, pero yo me he quedado, me he quedado para comer los qoftes de carne de perro de Arsen Mjalti, para beber el raki al que Arsen Mjalti echa su orina para aumentar la graduación. Más vale la orina de Arsen que el nitrato de nitrógeno. Con su orina no hay peligro, pero con el nitrato podrías irte al otro mundo. No al otro mundo al que han llegado los huidos. También lo llaman así, pero yo me refiero al otro mundo propiamente dicho, ese en el que te rodea la nada en un sueño eterno carente de sueños. También yo quiero ahora ir a acostarme, quiero dormir. Pero ¿dormiré con sueños o sin sueños?»

Llegué al portal del bloque completamente borracho. Me senté en los escalones porque de no haberme sentado me hubiera caído. Al otro mundo... Al otro mundo... Al otro mundo... «Quiero irme al otro mundo», le dije a mi madre, que llegaba de la calle y me encontró en el portal. Ella maldijo. No podría precisar a quién maldijo, si a mí, al otro mundo o a la oscuridad de la escalera, pues mi ascensión apoyado en su brazo se presentaba problemática. Finalmente alcanzamos la puerta de nuestra casa, que se abrió. Mi padre apareció en el umbral y desde ese momento todo resultó más sencillo. Mi padre por un lado y mi madre por otro me sostuvieron y me tumbaron en el diván de la cocina-comedor. En aquella borrachera todo lo que tenía alrededor parecía flotar sobre un mar en calma, si bien con mareante balanceo bajo la superficie. Conmigo, echado en el diván-embarcación, se balanceaban mis padres, sentados en sillas al otro lado de la mesa. Yo oscilaba y también oscilaban sus caras, dobles. Las dos caras de papá y las dos caras de mamá. Cuatro semblantes afligidos que contemplaban consternados su esperanza perdida. Me entraron ganas de preguntarles qué es lo que habían esperado alguna vez de mí. Mis padres, mis pobres padres, habían envejecido. Observé su envejecimiento con ojos de borracho. Me levanté del diván-embarcación, bogueé hacia ellos y traté de besar simultáneamente las cuatro caras afligidas, las dos de papá y las dos de mamá. Yo tenía ahora cuatro pares de labios, cuatro pares de ojos, cuatro pares de brazos, como los de Buda. «Yo soy Buda», les dije a las dobles caras de papá y mamá. Ellos lloraban en silencio. No entendía por qué lloraban. A saber si por su esperanza perdida, por el producto de toda una vida: el autodenominado Buda, que ahora tenían en casa, junto a ellos, o quién sabe si por aquel pequeño accidente: la meada del hijo de Dori. Si el niño no se hubiese orinado en mi cuello, quizás me hallara entre los huidos, en algún campo de refugiados. Buda refugiado.

Mis padres me llevaron a mi dormitorio, me desvistieron, me echaron en la cama y me taparon con el edredón. Dormí sin sueños, el sueño de la muerte, pues. Mi cabeza estallaba cuando se me apareció Dori. «¿Adónde te has ido Dori?», pensé mirando el cielo, que comenzaba a clarear en la ventana.

Dormí sin sueños, como un muerto, no sé cuántas horas. Trece, quizás, o catorce, o más, o tal vez menos. No tenía la menor importancia. Habría querido que el tiempo se detuviera, pero seguía marchando. El tiempo iba a lo suyo, implacable, mantenía su ritmo perpetuo, sin interesarle si yo había tenido un descanso sin sueños o me había sumido en el sueño de la muerte. El tiempo marchaba, había seguido marchando trece, catorce horas o más, o tal vez menos desde mi salida de comisaría, cuando, ocultándome en los recodos de las miradas de las gentes sin necesidad, porque la pequeña ciudad estaba desierta, había puesto rumbo a casa. Una casa que también encontré vacía. Por alguna razón, mis padres no estaban, lo que me vino muy bien. No había necesidad, por tanto, de dar explicaciones, ni obligación de hablar. Todo aquel silencio, todo aquel vacío estaban exclusivamente a mi servicio. En especial, mi frío dormitorio, desnudo, solo para mí. Mi cama, mi viejo armario ropero, enseres feos, mudos, inertes, no evitaron que, mientras me desvestía temblando de miedo por la sensación de abandono y me metía en la cama cubriéndome con el edredón, deseara que mi descanso, con o sin sueños, paralizara el tiempo.

Pero el tiempo no se paralizó. El cielo había aclarado. Fue la primera prueba de que el mundo seguía siendo tal como lo había dejado. La segunda, la quemazón que sentía en la cara, en la garganta, en las pantorrillas, en los costados. Estaba destrozado. El espejo me mostró realmente, sin ocultarme nada, los golpes de la cara: un enorme cardenal en la parte derecha, un corte en la comisura izquierda de los labios. Lo demás, rasguños y magulladuras sin importancia. Me mostró asimismo que la barba me había seguido creciendo, lo que no me alteró lo más mínimo por tratarse de algo natural. La barba crece de noche y durante el sueño, en el estado de muerte temporal. La barba les sigue creciendo incluso a los muertos. El espejo, con su consabida sinceridad, quizás tratara de recordarme que yo era un muerto temporal o a perpetuidad. Me duché y después, angustiado, comencé a afeitarme ante el espejo. El tiempo no se había detenido, marchaba inexorable, manteniendo su ritmo perpetuo, creciera o no mi barba. Y yo tenía que dar una respuesta. Ojos Lechosos esperaba una respuesta.

Aunque traté con todo lo que tenía a mano de disimular por poco que fuera los moratones de la cara, resultó imposible. Las huellas de los golpes se hicieron más visibles. Eran más que huellas, un verdadero destrozo. Acabé por decidirme a salir. Una cara señalada no causaría sorpresa, ni siquiera aunque pareciera la de un muerto. Que mi magullada cara de difunto no causara sorpresa a cuantos me miraban también se explica

por el hecho de que mi aventura con la policía la conocía ahora todo el mundo, y el haber podido salir de comisaría en ese estado debía considerarlo una suerte, por lo que no cabía preocuparse en demasía por la cara señalada, que formaba parte de las reglas del juego.

En el club, mi vieja compañera de la infancia, la camarera rechoncha y yo nos entendimos al instante, sin necesidad de hablar, mirándonos a los ojos mientras me tendía la copa de coñac: «No te preocupes», me dijeron sus ojos, «tengo la cosa en un lugar seguro». «Da igual», me dije, «que la guardes en un lugar seguro o no, guárdala donde quieras. Ya no necesitaré nunca más la navaja. La última oportunidad de utilizarla fue la de ayer. Si no me hubieran detenido, se la habría clavado a Fag. Me detuvieron. Fag se ha salvado. Ya no necesito esa navaja. Sin contar con que es un arma primitiva y vulgar. Para usarla hay que plantarse frente al otro, clavársela en el lugar más adecuado, en medio del pecho hacia el lado del corazón, y todo acaba. Sin hablar del peligro que entraña. Porque se trata de clavarle la navaja al otro en esa parte del pecho, pero no se descarta que suceda lo contrario, es decir, que seas tú el que reciba la cuchillada y acabes en el otro barrio. Y en el mejor de los casos, cuando andas listo y consigues ser tú quien manda al otro al más allá, te espera la cárcel, un tiro, la soga, es decir, quedáis en tablas. No, está dicho, la clásica navaja, esa que has escondido quién sabe dónde, no es para mí, no la volveré a usar. Es peligrosa, deja señales y te juega la cabeza con ella...».

Hablaba solo. Me asusté. Mientras hablaba solo y echaba de vez en cuando un trago, la rechoncha me miraba a los ojos. Sacudió la cabeza en señal de aprobación como si se hubiera colado en mi interior y lo hubiera escuchado todo. «Por ejemplo», continué razonando, «supón, por temible que sea, que te enemistas conmigo. Es una suposición, como diría un profesor de matemáticas. Supongamos que tú te enemistas conmigo o viceversa, que yo lo hago contigo. Siempre en el lenguaje de las matemáticas, se pueden hallar infinitas razones para que dos personas se enemisten. Yo te tengo rabia porque a ti te van bien las cosas, tienes un marido que te respeta, mientras que el mío, supongamos también que soy mujer, me muele a palos. O te tengo rabia porque tú ganas dinero y yo no, tú eres guapa y yo fea, tú eres saludable y yo raquítica, le gustas a todo el mundo y a mí nadie se me acerca nunca, ningún hombre, e incluso cuando me acerco yo se apartan como si tuviera la peste. En una palabra, nos hemos enemistado porque la antipatía surge casi siempre por razones de poco peso. O por otras causas; si quieres, por razones de causa mayor, como dirían los que tienen delirios de grandeza. ¿Acaso imaginas, rechoncha, que yo podría matarte? Pero no con una navaja, no estoy tan loco como para darte muerte y causármela a mí mismo por ello. El asunto consiste en darte muerte y salir limpio. Salir limpio es poco, salir ganando. Pero no solo ganando y con todo en regla, sino además tranquilo, beneficiado, satisfecho, orgulloso».

Me fui. De haber seguido un rato más bajo la atenta mirada de la camarera, habría gritado. Tanta era mi necesidad de consuelo que no me consolaba. Me habían ofrecido un cuchillo. Pero no el clásico, esa metálica arma vulgar que se clava en el cuerpo, rasga los músculos, astilla los huesos, te destroza la caja torácica, te pincha el corazón y te saca las tripas. Me habían ofrecido un cuchillo invisible mediante el cual el contrincante podía

perder la cabeza sin necesidad de tener que clavárselo en el cuerpo, rasgarle los músculos, astillarle los huesos, destrozarle la caja torácica, pincharle el corazón y sacarle las tripas. Podía estar durmiendo tranquilamente en su propia cama, o con su mujer, su prometida o su amante en el instante de celestial padecimiento que se corona con la concepción de una vida, mientras tú le estabas clavando el cuchillo, a fondo, y al día siguiente verle en el club y beber con él un coñac, dos, cinco, y estrecharle la mano con tu mano manchada de su propia sangre.

Me sentía rociado de una sustancia letal. Como una araña venenosa. Como una serpiente oculta bajo una piedra. Y en el líquido que segregaban mis ojos vidriosos flotaba Sonja, con la cabeza cubierta como una campesina, con botas de agua, entre las bostas y los meados de las vacas, seguida del retrasado baboso. Así permanecería por siempre jamás. Sumida en las babas del retrasado. Ahogada en el líquido que segregaban mis ojos vidriosos. Con las sanguijuelas de Ojos Lechosos succionando los pezones de sus pechos. En cuanto a mí, mejor morir. ¿O aceptar el cuchillo?

El humo de la chimenea de la fábrica subía recto hacia el cielo como un chorro negro. De haber gritado, estaría personificando al perro que ladra mientras el humo sigue subiendo recto. (Los perros ladran... la caravana sigue adelante.) Los ladridos procedían del barrio de los gitanos, pero no se avistaba ninguna caravana. Las caravanas desconocían la existencia de un barrio de gitanos a orillas del río, y solo el diablo sabe hacia dónde se dirigían. Si les importaba un rábano el ladrido de los perros de los gitanos, qué les iba a importar que yo ladrara como un perro. Ni siquiera la auxiliar de la cara gorda de aire aletargado y con la cofia blanca encasquetada reparó en mí cuando entré en el laboratorio y me atreví a preguntarle a gritos si había alguien. Llegué a saber que Dori se encontraba de nuevo en una reunión, que Lulu estaba en el hospital y que Vilma seguía sin aparecer por el trabajo. Según la de la cara gorda, no se sabía el motivo. «Marmota», me dije, «tú sabes perfectamente la razón de la ausencia de Vilma».

Sin pretenderlo, alcé la mano y me cubrí la parte magullada de mi cara. La marmota me miraba con los ojos muy abiertos. «No es nada», le dije para satisfacer su curiosidad, «anoche me invitaron a cenar y, como puedes ver, salí bien servido». Ella rio. Fue una risa inesperada que me dio ánimos. «¡Menuda paliza que te han dado!», dijo a continuación. Y añadió: «¡Que les entre la peste! ¡Pon atención, hijo, ten cabeza! Como te pongan en la lista, durarás menos que un pollo». En cuanto pronunció estas palabras, la marmota me volvió la espalda y se fue hacia su rincón del laboratorio, donde solo era visible su cofia blanca salpicada de una mixtura de polvo. «Gracias», susurré para mis adentros, pues ella se había alejado y no podía oírme. Tampoco me habría oído de estar cerca, porque lo susurré para mis adentros. Como si pretendiera infundirme coraje. Y me fui.

Cuando salí del laboratorio, permanecí un rato en la plaza que hay delante de la fábrica observando el chorro de humo negro. Miraba el humo que subía recto hacia el cielo y en mis oídos zumbaban los ladridos de los perros, una manada de chuchos callejeros, famélicos, ateridos, que echaban a patadas de todas partes hasta acabar engullendo un

trozo de hígado envenenado. «¿Y a mí cuándo me tocará comerme mi propio trozo de hígado?», me preguntaba.

Todo cuanto ocurrió después resulta enmarañado. Como si precisamente en aquel momento alguien me hubiera golpeado en la cabeza con algo muy pesado. Hasta el día en el que me desperté con la cara magullada y me acerqué a la fábrica en busca de Dori, la cinta magnética de mis recuerdos había registrado los acontecimientos con una precisión más o menos normal. Después la cinta apenas contiene nada, lo que no se debe a que perdiera sus cualidades de grabación. Si parece una cinta virgen es porque poco más tenía que grabar, exceptuando ciertos acontecimientos que cierran este capítulo de mi vida.

Al final de la cinta del recuerdo no se oyen más que ruidos. Unos ruidos que a veces parecen gritos, otras ladridos y otras lamentos fúnebres. Los oídos me zumbaban día y noche como si un enjambre de moscas se hubiera introducido en el interior de mi cráneo a punto de estallar. Pero mi cráneo, como todo cráneo humano, es sólido y ha sido admirablemente concebido por las leyes de la naturaleza para guarecer y proteger el producto superior de la materia orgánica: el cerebro, que conserva a su vez, en uno de sus compartimentos, la cinta del recuerdo. Un compartimento cubierto por el cieno de quince, dieciséis, diecisiete o más años, un cieno espeso, viscoso, el lodazal de la brutal monotonía de la vida posterior. Sin embargo, los ruidos, a veces en forma de gritos, otras de ladridos y otras de lamentos fúnebres, estallaban en las profundidades del compartimento del recuerdo, horadaban la capa de cieno de los años y afloraban a la superficie. Son los últimos acontecimientos de ese periodo de mi vida los que aparecen registrados en la cinta del recuerdo. Los días previos a la fase en la que, muerto por dentro, comencé a vegetar en el lodazal de la monotonía de la pequeña ciudad.

Hoy no estoy seguro del orden cronológico de los acontecimientos. No podría decir cuál ocurrió antes y cuál después, si existió alguna relación entre ellos o si acontecieron ciegamente. Pero si algo puedo asegurar es que yo no tenía fuerza para detenerlos. Habría podido evitar, tal vez, una insensatez cometida por mí, pero que no guarda relación con cuanto sucedió.

El día y la hora señalados me acerqué, realmente, a la Liga de Escritores, donde había quedado con el hijo de los ojos lechosos del ministro, el instructor A. P. Acudir a la cita era una insensatez. No lo habría sido si hubiera llevado conmigo la navaja, si hubiera aceptado entrevistarme con él con el único propósito de darle muerte. Pero acudí a la cita sin navaja, de modo que cuando llegué a la puerta de hierro de la Liga de Escritores ni siquiera eché un vistazo por curiosidad para comprobar si había aparecido o no Ojos Lechosos.

Y me volví por donde había venido sin resolver el enigma. E hice el gran descubrimiento de mi vida: no era capaz de utilizar la navaja. Como no era capaz de suicidarme ni tampoco de acabar con la vida de nadie. De esa incapacidad fui consciente mientras me alejaba de la puerta de hierro de la Liga de Escritores, donde Ojos Lechosos seguramente me esperaba para llegar a un acuerdo. Me dio vergüenza. Sentí que en adelante vagaría entre la vida y la muerte, ni en la vida ni en la muerte, ni vivo ni muerto. Había caído en un desesperante anonimato al dejar atrás un pasado que destilaba

amargura y enfrentarme a un porvenir que solo me producía indiferencia.

Mientras me alejaba de la puerta de hierro de la Liga de Escritores, sentía que la razón más convincente para seguir viviendo era mi propia incapacidad para quitarme la vida. Mi insuficiencia. Quizás estuviera escrito que yo debía sobrevivir en la más banal de las mediocridades, entre el cieno de la pequeña ciudad, condenado en los años venideros a revivir los sufrimientos y las tragedias de los demás. La muerte es el sueño eterno. La muerte en vida es la tortura eterna.

Al principio detuvieron a Dori. Creo que sucedió así. No estoy seguro de si fui despedido del laboratorio antes de la detención de Dori o si el hombre encerrado en la jaula de hierro me llamó para comunicarme el despido tras la detención de Dori. Poco importa, pero digamos que al principio detuvieron a Dori. Era invierno y el club estaba lleno a rebosar. Aquellos días había visto a Dori entrar varias veces al club con otros ingenieros. Había reñido con su prometida y ahogaba sus penas en alcohol. A Dori le detuvieron al salir de una reunión del consejo técnico, le esposaron delante de todo el mundo recitándole la famosa cantinela: «En nombre del pueblo, quedas arrestado». Es lo que había oído decir. No lo había presenciado con mis propios ojos, ni vi a Dori ni su vaga sonrisa. Ironías del destino, recordé el puñetazo que me había propinado tiempo atrás cuando, borracho, yo había lanzado inconvenientes improprios en voz alta. Él no tenía ganas de acabar en un agujero conmigo, por eso me había golpeado. Y hete aquí cómo el prudente Dori había caído por su propia cuenta en el agujero, como si quisiera verificar las palabras de la auxiliar de laboratorio de aire aletargado y cofia blanca, quien me había advertido que pusiera atención porque si me ponían en la lista duraría menos que un pollo. Al parecer, a Dori le habían puesto en la lista. Nunca supe por qué razón. Ni cuando lo condenaron en un juicio a puerta cerrada, ni cuando diez años más tarde, una vez salido de la cárcel completamente destrozado, continuamos bebiendo juntos cuando teníamos dinero, pues él no deseaba recordar el pasado.

Después me llamó el hombre de la jaula de hierro. Tosió, me amenazó, me miró de arriba abajo. Me dijo que había faltado tres días consecutivos y que según el código del trabajo eso era motivo de despido. En este caso seguramente tenía razón, yo ni era consciente de cuántos días había faltado a mi puesto del laboratorio. Dejaba mi casa por la mañana, hacía la primera parada en el club y allí me incrustaba, pero no precisamente por falta de medio de transporte... Bebía, bebía, bebía. Sin saciarme. De la mañana a la noche. Por eso no tenía motivos para poner en duda la afirmación del hombre encerrado en la jaula de hierro. Podía haber faltado no tres días, los suficientes para que se me aplicara el código del trabajo, sino muchos más. Por eso ni rechisté. Y me fui sin saber adónde, con absoluta sensación de derrota. Seguía mis huellas el tigre mortífero, listo para saltar sobre mí, hacerme trizas, devorarme. Caminaba mientras ansiaba que se produjera un milagro, pues sentía las garras del tigre en mi espalda y sus colmillos en mi cuello, sentía llegado mi fin. Pero mi fin no acababa de llegar, se retrasaba vete a saber por qué. Se mantenía oculto, al acecho de mi sufrimiento hasta que mis propios pasos me condujeran al borde del barranco, como se encamina el ciego directo al precipicio,

para que me despeñara por mí mismo. Mi fin me lo imaginaba con precisión, asfixiado por las dentelladas del tigre, hecho trizas contra los riscos del despeñadero de la vida, destrozado por el engranaje del destino. Sin comprender que era mi propio fin lo que estaba viviendo desde hacía tiempo. Porque ¿acaso podía depararme el destino un final más triste? Esto me lo digo ahora. Entonces no relacionaba mi ruina con el hecho de no haber acudido a la cita con Ojos Lechosos. Tras la detención de Dori, tres, cuatro o cinco días sumido en la más profunda de las borracheras eran suficientes para que me mandaran a paseo. Ni se me pasó por la imaginación culpar a Ojos Lechosos. Tampoco a Xhoda. Y mucho menos al hombre encerrado en la jaula de hierro. Los tres a la vez culpables de mi ruina. Ojos Lechosos me había separado de Sonja. Xhoda me había escondido a Vilma. El hombre de la jaula de hierro me lo arrebató todo, a cambio de la cartilla laboral que me dejó en la mano. Como no sabía qué hacer con ella, mientras me marchaba, la estrellé contra el suelo a través de los barrotes de hierro de la jaula.

Pocos días más tarde, un correo especial de la sección militar local llamó a mi puerta. Me encontraba en casa, medio borracho, medio atontado. El correo especial me entregó un sobre oficial con firma y sello, cuya recepción también firmé. La patria me llamaba. La patria tenía necesidad de mí. Y eso ocurrió unos días, solo unos días después de ser llamado a la oficina de la jaula de hierro.

Un poco más. Y la cinta del recuerdo finaliza. Todo lo que sigue es la negrura del túnel, la desnudez de la noche que embiste contra tu cuerpo y tu rostro mientras caminas sin rumbo. Un túnel negro donde ni tú mismo sabes cómo has penetrado y del que ignoras si podrás salir alguna vez. En esta última parte de la cinta los ruidos se atenúan, se ahondan, los ladridos de los perros se mantienen de fondo como un coro que acompañara una caravana ciega a través del túnel en tinieblas, mientras entre la polifonía de los muertos se distingue el grito de Vilma. Es un grito de dolor, el grito de una niña inocente.

Era verano y yo estaba aislado del mundo. La patria me había llamado y yo le había respondido, pero en vez de un fusil me dieron una pala. Después me cambiaron la pala por el pico y luego por la azada, enseguida por toda clase de herramientas y aperos. Al parecer, la patria no necesitaba en absoluto mi fusil. Ni mi sangre. Me pudría día tras día en una EAM⁶. Criábamos gallinas. Criábamos ovejas. Criábamos hasta cerdos. Mientras, yo seguía pudriéndome. Quizás sea este motivo, mi progresiva descomposición, la razón de que mi sangre le resultara inservible a la patria. De no ser así, habría de admitir que nada de la patria me pertenecía, ni una piedra, ni un grano de arena, ni mi madre ni mi padre. Le pertenecían a algún otro, como al comisario político de la EAM, que no solo tenía el cuello ancho y la jeta abotargada, sino que llevaba una pistola contra las nalgas, cuyo cañón sobresalía bajo la chaqueta. Cada uno de nosotros, soldados sin fusil, éramos para él como diablos con rabo y cuernos, peores que los demonios optimistas de la planta de trituración. Él, sin embargo, no era para nosotros otro Minizeus, sino el mismísimo dios, alguien que cada día, desde que abríamos los ojos y hasta el oscurecer, nos recordaba nuestra condición de pecadores, nuestra pertenencia a una raza inferior con sangre diferente a la del resto de los albaneses, nos recordaba que debíamos hacerle ofrendas seis veces al día, antes y después de comer, doblar la cerviz, cerrar la boca, poner la oreja. Ya basta, no tiene ningún interés.

El telegrama llegó por la tarde. Era una tarde cálida y se expandía un asfixiante y hediondo olor desde la pocilga. Estaba echado a la sombra de un álamo, con la mente en blanco, como un animal desorientado, cuando alguien me llamó desde los barracones. La llamada, acompañada de insultos, se repitió varias veces, hasta que comprendí que hacía referencia a un telegrama. Mi anquilosado cerebro, que apenas captó la información, consiguió descifrarla con dificultad. Alguien se molestaba en enviarme un telegrama al lugar remoto donde me hallaba como para demostrarme que, pese a todo, el globo

terráqueo seguía girando. Firmé y recogí el extraño trozo de papel de descoloridas letras. Allí estaba aprisionado el grito de Vilma. Nada más abrirlo, el grito detonó. «Vilma murió entiendo mañana catorce horas Lulu.» Me guardé el telegrama en el bolsillo. Fui de nuevo a echarme a la sombra del álamo. «Vilma ha muerto», me dije, «la entierran mañana a las catorce horas. Eso dice Lulu y Lulu no acostumbra mentir».

Me cubrí la cara con las palmas de las manos y las retiré mojadas. Mi atrofiado cerebro solo captó la noticia de que, en resumidas cuentas, Vilma había muerto. Mi atrofiado cerebro no estaba en condiciones de reflexionar y menos de preguntarse cómo murió, en qué circunstancias. Solo fue capaz de sacar la conclusión de que, como ser angelical que era, no podía haber lugar para ella en ninguna parte, por eso se dio prisa en partir hacia donde estaba su sitio, el paraíso. El infierno de la pequeña ciudad, poblado de demonios, no era para ella, no podía cargar con ella. «Vilma ha muerto», murmuré, cubriéndome la cara con las palmas de las manos, que acabaron empapadas.

Explicárselo a mis superiores para que me concedieran un permiso se me antojó excesivo. No solo me parecían indignos de compartir mi dolor por la muerte de Vilma, sino que, en cuanto me preguntaran cuál era mi relación con ella, yo no iba a estar en condiciones de darles la respuesta adecuada y convincente para conseguir de ellos la autorización.

Salí a escondidas del cuartel, me alejé por el sendero que bordeaba la cerca de un campo vecino, más allá atravesé el lecho de lo que alguna vez fuera un torrente y, más lejos aún, salí a la carretera que unía las aldeas con la población principal, una carretera llena de baches y polvo por la que rara vez pasaba un automóvil. El sol no era el sol sino un hierro al rojo suspendido sobre mi cabeza. Me hacía la pregunta que probablemente me habrían hecho mis superiores en caso de cometer la estupidez de pedirles un permiso que no me hubieran concedido. ¿Qué es tuyo?, me habrían preguntado, ¿es tu madre o tu hermana, tu tía paterna o tu tía materna, tu abuela o...? Y yo no les habría respondido nada. No sabía lo que era Vilma para mí. No había querido conocerla, no había tenido tiempo de conocerla, no había podido conocerla. Mientras seguía caminando con el hierro al rojo sobre la cabeza, me entró la angustia. «Dios mío», murmuré, «¿acaso era ella la felicidad que me tenías destinada y yo no supe verla?». Mi espalda se heló. «Dios mío», grité como un demente, «¿ahora que mi felicidad ha muerto es cuando me la revelas?». Mi grito se extinguió, reinó de nuevo la calma desoladora alrededor y yo seguí mi camino pensando que, sin lugar a dudas, la angustia que me atenazaba era consecuencia del hierro al rojo sobre mi cabeza.

Primero a pie, después en coche y finalmente en tren, evitando las patrullas de la guarnición, llegué a la pequeña ciudad ya entrada la noche. Las luces estaban apagadas, la población se encontraba completamente a oscuras. Seguramente por una avería. La chimenea de la fábrica despedía remolinos de chispas que desaparecían en el cielo. Solo había luz en una casa, en la villa de Xhoda. Una luz pálida, temblorosa, luz de velas. Me apoyé contra el tronco del pino. Mis pasos me habían conducido hasta él, el pino de mi infancia frente a la verja. Se distinguía un ahogado plañido, tembloroso él también como la luz de las velas. De repente volvió la luz y el instinto de conservación me indujo a

pegarme al tronco, acción inútil, pues en aquella desolación yo era una sombra olvidada. Entre el grupo de personas que estaban saliendo de la casa reconocí a Lulu. Bajaron las escaleras, recorrieron en silencio el patio y se detuvieron en la puerta de la verja. Me escondí, tenía la frente perlada de sudor. Lulu se separó del grupo y en compañía de alguien a quien yo no conocía se perdió en el recodo de la calle. Tampoco yo tenía nada que hacer allí. Sentía vértigo. El desconocido acompañó a Lulu hasta las escaleras de su bloque. Allí se despidieron.

Oculto en la esquina, esperé hasta que el desconocido se hubo marchado. Entre tanto, Lulu entró en su casa. Llamé, pero ella no contestó. Cuando insistí, sentí sus leves pasos acercarse a la puerta y oí que preguntaba: «¿Quién es?», con un tembloroso hilo de voz. Me identifiqué, la puerta se abrió. Lulu lanzó un grito y se abalanzó sobre mi pecho. Cuando cerré la puerta y ella alzó la cabeza, contemplé una Lulu desencajada. «Se envenenó», dijo llorando. «Yo no lo sabía, no tuve ninguna posibilidad de salvarla. ¡Qué iba a saber yo!»

Lulu temblaba, pálida como una muerta. Tomé su cabeza entre mis manos, la apoyé contra mi pecho y le acaricié el cabello. «¿Cómo ocurrió?», le pregunté al oído. Se separó de mí. Continuaba temblando, temblando de pies a cabeza. En completo silencio, puso al fuego el cacillo del café. Ni siquiera me preguntó si me apetecía, sencillamente puso al fuego el cacillo del café como siempre que iba a su casa. Tomé asiento en el diván junto a la mesa. Siguió callada, sentada frente a mí, mientras bebía el café. Cuando lo acabé, se levantó. «Wilma», dijo con voz de hielo, «se envenenó hoy por la mañana. Bebió un veneno de nombre appestoso que no recuerdo, utilizado por su padre para fumigar las parras. Se encerró con llave en su habitación y cuando su gente, al oír sus gemidos, supuso que algo pasaba, aunque echaron la puerta abajo, fue demasiado tarde. Murió en el hospital».

En aquel momento debí de palidecer, me entraron náuseas, pero no había nada que devolver salvo el café que me acababa de tomar. «Su agonía ha sido muy parecida a la de Max», pensaba. Estuve a punto de decírselo a Lulu. Quizá ella no conocía la historia de Max, por eso se lo diría. Lulu no podía conocer aquella historia. Mas, ella que lo sabía todo de Vilma, tal vez sí estuviera al tanto de esa historia y por eso me examinaba ahora con aquella mirada tan penetrante, como si tuviera delante a un criminal. Deseaba aclararle que yo no era el autor, que a Max no le había suministrado yo el veneno con mi propia mano. Lo había envenenado un gitano llamado Sherif con un trozo de hígado de cordero aderezado con el veneno que se utilizaba para liquidar a los chuchos callejeros, aunque Max no lo fuera. Además, no tenía nada contra Vilma, sino que lo que pretendía era vengarme de su padre, el verdugo de mi niñez. Contra Vilma nunca había tenido nada, jamás, en ningún momento.

Una duda terrible me atenazaba la garganta. Mientras Lulu mantenía su enojoso silencio, mi entumecido cerebro alcanzó finalmente a formular la pregunta: ¿por qué se había envenenado Vilma? Una criatura como ella no podía tener remordimientos de conciencia ni pecados que expiar. Entonces, ¿por qué, por qué? Levanté la cabeza y vi a Lulu junto a la ventana con los ojos clavados en la oscuridad. «Lulu», balbuceé, «¿qué

ha pasado? Vilma no tenía razones para hacer algo así. ¿Qué la obligó a envenenarse? Lulu, he viajado todo el día, estoy rendido, eres la primera persona a la que veo...».

Lulu se apretó las sienes. Su cara palideció aún más. La estremecieron unos fuertes sollozos y durante un rato no estuvo en condiciones de hablar.

«La violaron», consiguió pronunciar. Pero fue como un grito. Un grito desgarrado que me atravesó como una lanza y se me quedó clavado en el pecho. No podía respirar. «La violaron», repitió Lulu como si quisiera partirme el alma. «Hace cuatro días, en su casa, en la misma habitación donde tomó el veneno. Los muy criminales le seguían el rastro, la vigilaban, esperaron a que no hubiese nadie en casa. Se habían ido todos a una boda a la que Vilma no asistió. Estaban lejos, en una aldea, en la boda de una prima. Fueron todos excepto Vilma. No sé el motivo, quizás porque ese día le tenía que caer la negra. La violaron en pleno día. Era tan dulce, tan inocente, nadie pudo acudir en su ayuda, ni cuando la violaron ni cuando se tomó el veneno. El lobo devoró al cordero. Fag... Fag la violó.»

Salté como un resorte y lancé un aullido en mi fuero interno. Si hubiera soltado el aullido, en lugar de estrellar la cabeza contra la pared, habría despertado al bloque entero y a toda la localidad. De modo que estrellé la cabeza contra la pared, comencé a sangrar y se me velaron los ojos. Pero el grito conseguí ahogarlo en mi interior. «Aunque te partas el cráneo, no cambiará nada», dijo Lulu como si quisiera realmente que me partiera el cráneo. «Golpea la pared con la cabeza cuanto quieras, que ella no resucitará. ¿Que por qué te envié el telegrama? Oh, Señor, ¿por qué te envié el telegrama precisamente a ti, que no hiciste nada por ella, que no has tenido ojos para verla ni corazón para sentirla? Golpea miles de veces la pared con la cabeza, que lo hecho, hecho está. ¿Qué esperabas tú, que se te ofreciera? No entendiste nada, te comportaste con ella como un granuja, como esos golfos de taberna que corren detrás de las putas. ¿Has pensado alguna vez que la trataste peor que a una puta? Porque ella estaba dispuesta a irse contigo al fin del mundo. Y ahora golpea la pared con la cabeza. Golpéala, Vilma no resucitará.»

Lulu estalló de nuevo en estremecedores sollozos. No me quedaba otra que dejarle descargar la bilis acumulada. No me habría extrañado si se hubiese abalanzado sobre mí y me hubiera clavado las uñas. En cuanto dejó de llorar, se me acercó. «No me hagas caso», dijo, «no es tu culpa. Aunque te hubieras portado de otro modo con Vilma, no hubierais podido estar juntos. Ni por tu culpa ni por la suya. Si os hubierais entendido, Xhoda no habría permitido jamás vuestra unión. Vilma lo sabía. Y también lo sabía él, el lobo, Fag. Y nadie mejor que yo te podrá decir lo que padeció por su causa. No la dejaba tranquila ni un momento, la vigilaba, la perseguía día y noche. Su ceguera llegó a ser tal que se atrevió a pedirle la mano de Vilma a su padre. Xhoda le trató como trataría el amo a un esclavo, le dijo que le entregaría a su hija cuando consiguiera verse la punta de las orejas sin espejo y que, aunque tuviera cuarenta hijas, no le daría ninguna. Xhoda no conocía a Fag... Ahora está como loco, se arranca los cabellos, llora a voces. En cuanto se enteró de lo que había ocurrido, se plantó en medio de la ciudad con la pistola en la mano, buscó a Fag por todas partes, en el club, en la taberna, en la fábrica, lo fue a

buscar hasta su propia casa y, de haberlo encontrado, lo habría matado. Fue más rápida la policía. Detuvieron a Fag hace dos días, le echaron el guante en Tirana y nadie sabe dónde lo tienen. Hoy detuvieron a otros dos chicos que habían hecho la vigilancia, pero no los conozco».

La voz de Lulu se apagó. Tal vez porque ya no tuviera nada más que contarme o quizás porque fue entonces cuando percibió que la mitad de mi cara estaba ensangrentada. Por un momento no reaccionó. «No conseguirás romper la pared con la cabeza», murmuró, «será tu cabeza la que se rompa, no el muro». Apenas decirlo, pasó al cuarto de al lado y volvió con una botellita de alcohol y un trozo de algodón. «Si me hicieras caso», dijo finalmente, «te quedarías y dormirías aquí, en el diván, tal como estás asustarás a los tuyos». Pensé que tenía razón. En lo de la cabeza y la pared. Sobre la historia de la cabeza y el muro. Que no se podía tirar un muro a cabezazos lo decía y lo aceptaba todo el mundo. Quienes habían tratado de probar lo contrario, se habían convencido con rapidez de que el muro imponía su contundente lógica. Los que no se quisieron convencer, se rompieron la crisma. «Tienes razón», le dije a Lulu, «no tiene el menor sentido romper la pared a cabezazos, es algo que yo conozco perfectamente al menos. La pared no cede. Al contrario, te rompes la crisma. ¿Pero hasta cuándo, Lulu, hasta cuándo aceptaremos que nos abran la cabeza?». «Hasta que hayas comprendido que el muro no se rompe dándole con la cabeza», me contestó, y yo me levanté. No podía quedarme allí. De haberme quedado, quizás continuara intentando derribar el muro a cabezazos.

La aparición de un marciano no habría sorprendido tanto a mis padres. No me esperaban y además los desperté. Y cuando te despiertan en mitad de la noche se multiplica la suposición de lo peor. «No temáis», les dije, «no vengo de la comisaría». Mis padres, fogueados como estaban, no me preguntaron nada. Les bastaba, por encima de todo, con que yo me encontrara bien, la herida en la cabeza y la cazadora ensangrentada no tenían importancia. Ellos, sin embargo, algo barruntaban del motivo de mi inesperada llegada, por lo que dejaron escapar algunas insinuaciones acerca del entierro de mañana. Les corté con suavidad. Mi estado de irritación nerviosa apenas me permitía contenerme. Mi padre se fue a dormir. Mi madre me preguntó si quería comer algo. Le dije que no era capaz de tragar nada y que solo quería darme un baño. Mi madre puso al fuego, sobre el hornillo de queroseno, una olla con agua. Solo se fue a dormir cuando yo se lo rogué. Pero antes de irse, se acercó a mí y me miró de una forma extraña. Alargó la mano, me cogió la cabeza y la estrechó contra su pecho. Sin entender ni una palabra, la dejé hacer. Era aquel un gesto enteramente olvidado, de los años de la infancia. «Hace unos días», dijo, «te lavé unos pantalones, los de la cremallera. Los encontré tirados en un rincón. En el bolsillo de atrás encontré un sobre. Lo tienes en la habitación, sobre la mesilla». Me volvió la espalda y yo permanecí en el pasillo. Me quedé suspendido del misterio del sobre del que hablaba mi madre. Puesto que se trataba de un sobre, en su interior debía contener alguna carta. Yo no recordaba haber recibido ninguna y menos haberla guardado en el bolsillo trasero del pantalón. Se hallaba

realmente sobre la mesilla. El sobre estaba abierto; mi madre, pues, debía de haber leído la carta. Y seguramente mi padre. El sobre con la carta dentro se encontraba sobre la mesilla y mi padre difícilmente habría resistido la tentación de leer una carta que, con antelación, había leído mi madre. «Tu no entiendes nada. Y nunca entenderás nada. Lo siento si ayer te ofendí. Yo no quería ofenderte. E ignoraba que te ofenderías tanto. Pero tengo un mal presentimiento, como si no nos fuéramos a volver a ver. Es un vano presentimiento, pues mañana nos veremos de nuevo en el laboratorio, tú ocupando tu rincón y yo el mío, y en medio, como siempre, Lulu. ¡Oh, Señor, qué vida tan sinsentido la nuestra, qué vida insulsa! Perdóname. V.»

Permanecí con aquel papel en la mano. En mi cerebro no quedaba la menor huella de cómo había llegado aquella carta hasta mí. Sin embargo, la «V» no dejaba el menor resquicio a la duda de quién la había enviado. Ningún resquicio. Durante el tiempo que empleé en bañarme, cada una de las palabras de la carta se me fueron clavando como púas. Después me entró un ansia irresistible de beber. De puntillas me llegué a la cocina y abrí el armario. Oculta tras las botellas de aceite estaba una botella de coñac sin abrir. La cogí. Y un vaso. Mientras regresaba a mi dormitorio pensaba que, de no haber encontrado aquella botella de coñac, me habría vuelto loco. El primer vaso me lo bebí de un trago. Y el segundo. Los vapores del alcohol desembocaron en la sangre y atacaron el subcórTEX. Cuando me encontré algo mejor, volví a leer la carta. ¿De qué ofensa hablaba Vilma y cuándo me había ofendido? Me eché al colete dos vasos seguidos. Además, ¿qué era eso que no entendía y por qué nunca lo llegaría a entender? «Animal», me dije. Y volví a beberme dos vasos más hasta que, poco a poco, se fueron clarificando mis pensamientos. «Seguramente», pensaba, «Vilma quería decirme que como ser incompleto que soy, no estoy en condiciones de terminar nunca nada. Y que no seré jamás completo, ni en la vida ni en el amor. Porque, según parece, yo no sé ni vivir ni morir».

«¿Cómo has podido llegar hasta mí, enigmática carta?», murmuré, mientras mis ojos resbalaban, casualmente, sobre las palabras «tengo un mal presentimiento». «No fue vano aquel presentimiento», pensaba, «no nos volvimos a ver. ¿Desde cuándo?». La pregunta comenzó a torturarme como si tuviera una enorme soga atada al cuello. De no hallarle respuesta, aquella soga me arrastraría hasta el fondo, bajo el limo de la laguna de los recuerdos estancados, donde me ahogaría. Solo cuando vacié la botella, algo comenzó a desbloquearse en mi cerebro, algo brilló, como brilla el fino hilo de luz que penetra en una habitación a oscuras. «¡Eureka!», exclamé de repente, casi feliz, tan feliz que mis ojos se llenaron de lágrimas. La soga que me oprimía se desató y pude tomar aliento. La carta me la había entregado un niño en el club, mientras bebía. Hermes el mensajero. Desde entonces no había vuelto a ver a Vilma. Y había olvidado la carta. Como había olvidado todo lo demás. Perteneecía al pasado, a la nada. Como yo.

El entierro de Vilma fue al día siguiente a las catorce horas, como me había anunciado Lulu. En todo el día no salí de casa. Al contrario que otras veces, mi madre, cuando comprobó por la mañana que me había quedado dormido sobre la cama y había vaciado

durante la noche la botella de coñac, me despertó, y al ver que seguía borracho se fue, sin decir una palabra, hasta la tienda y me trajo una nueva botella de coñac, rogándome que no me moviera de casa. Le di mi palabra de que no saldría. Pero no a cambio de la nueva botella de coñac. Después de pasarme toda la noche inmerso en los tormentos del alcohol, no era dueño de mis actos. De modo que cuando mi madre me rogó que no saliera de casa, le di mi palabra totalmente convencido, incluso afectado hasta las lágrimas. Ya desde el primer vaso me encontré arrastrado por la corriente de una profunda embriaguez. De lo primero que me acordé fue del último encuentro con Vilma en casa de Lulu. Y de mi deseo de sumergirme en la cascada de sus cabellos. La había cogido por los hombros, la había sacudido, dudando entre el deseo de darle un bofetón o el de besarla. Entre nosotros estaba Sonja y yo era incapaz de sortear a Sonja para alcanzar a Vilma. Y Vilma gritó. Sobre su cama, con el camisón destrozado y los labios ensangrentados del mordisco de Fag. En medio del arroyo de sangre de su virginidad. Un cálido día de verano, cuando el redil de los corderos fue atacado por el lobo.

No quedé deudor de mi madre por haber faltado a mi palabra, al menos no dio señal de que le debía una. Sobre todo cuando me abstuve de cometer una locura o provocar el menor incidente. Asistí a su entierro a distancia. Xhoda encabezaba el cortejo fúnebre, que seguía a los muchachos que portaban, a hombros, el féretro de Vilma desde su casa hasta el cementerio. De la pandilla de Fag la mayoría. Fag debía darse por satisfecho de haber caído en manos de la policía. De lo contrario, su antigua pandilla lo hubiera hecho pedazos. Yo los seguía furtivamente de lejos. En el último instante, cuando los chicos hicieron descender con cuerdas el ataúd de Vilma y los enterradores comenzaron a cubrir la tumba con placas de hormigón, Xhoda se arrancó los cabellos, aulló y, espantando a todo el mundo, se arrojó a la fosa. Lo sacaron de ella con enorme dificultad.

«No te canses de buscarme», dijo Dori. «Como se suele decir, estoy en el otro mundo. Todos nosotros nos hemos ido al otro mundo.»

Me sacudían los escalofríos. Sentí el crujido de la puerta y apareció en ella la cabeza de mi madre. «Vete a ver», le dije, «si queda algo de raki y tráemelo». Hizo lo que le pedí e incluso más. Con el raki me trajo un café. Me preguntó si quería alguna otra cosa, pero le respondí que no quería nada. Mi madre permanecía en la puerta y no me quitaba ojo. Le dije que se sentara en la silla y lo hizo, con las manos cruzadas sobre el regazo. «La población se ha vaciado», murmuró, «se han ido todos». Yo sorbía el café con la esperanza de que, tras el vaso de raki, se me pasara un tanto el terrible dolor de cabeza. Ella creyó que no estaba escuchando y repitió: «Se fueron todos: chicos, chicas, hombres, hasta los niños».

Levanté la cabeza. Mi madre no apartaba sus ojos de mí. «Yo sé que también tú querías irte», me decían sus ojos. «Hiciste bien en no marcharte. ¡Hiciste bien... bien!» No era capaz de soportar por más tiempo aquella mirada. «¿Quiénes son los que se han marchado?», le pregunté, «¡no sé nada!». «Lo sabes, lo sabes», respondió mi madre. «Se fueron todos.» Y yo me dije que el buque se los había llevado a todos consigo: a Dori con su mujer y sus dos hijos, a Fag y sus catorce años de cárcel, a casi todos los antiguos miembros de su pandilla. «Sin duda, también Sonja se habrá ido», pensaba, «se habrá ido con su hijo ya hecho un hombre. Solo yo me he quedado, solo yo. Pero ¿por qué?».

Salí. El cielo estaba cubierto. La pequeña ciudad continuaba sumida en su letargo. El camino del cementerio estaba desierto. Mientras caminaba en aquella soledad, pensaba que era probable que existiera algún otro, aparte de mí, que no hubiese querido o no hubiese podido marcharse. Yo no les dejaría yacer abandonados, olvidados, en sus frías tumbas. Ni a Ladi ni a Vilma. Yo no podía marcharme mientras ellos se quedaban aquí. «Así ha de ser», pensaba. «La orina del hijo pequeño de Dori sobre mi nuca no tuvo la menor relación con el hecho de que me bajara, en el último momento, del barco de los huidos. Aunque el hijo pequeño de Dori no hubiera orinado sobre mí, yo me habría bajado.»

Las tumbas estaban cubiertas por la bruma. Ignoraba hacia dónde caía la sepultura de Vilma y necesité un buen rato para encontrarla. Me guiaron sus ojos sobre el mármol: una fotografía en la que aún parecía estar viva, con la cascada de sus cabellos cayéndole sobre la espalda. «Aquí estoy», susurré inclinándome sobre la tumba. «Aquí estoy, finalmente.» La tierra estaba fría. Con los dedos entumecidos la removí. En los ojos de Vilma vi a Ladi. Como había visto antes a Vilma en los ojos de Ladi. «Ellos se fueron», les dije, «pero yo me he quedado para siempre con vosotros».

En aquel instante sentí unos pasos y tuve la sensación de que alguien se situaba detrás de mí. La punta de una barra de hierro a mi costado me hizo adivinar de quién se trataba. No me moví, continué inclinado sobre la tumba. «Dame, majara», dije, «envíame también al otro mundo. No a ese al que se han escapado los huidos. Es

también otro mundo, pero no es allí a donde quiero ir. Está en tu mano mandarme al mundo en el que se encuentra tu hija. Dame, majara, dame...».

La punta de la barra de hierro permanecía a mi costado. Entonces alcé la cabeza. Xhoda el Loco me taladró con sus ojos inyectados en sangre. Después me dio la espalda y, despacio, se encaminó hacia la salida del cementerio. No sabría decir si eran lágrimas lo que vi en sus ojos o gotas de rocío. «Majara», le habría querido gritar, «tenías en tu mano mandarme al otro barrio. Pero está escrito que arrastraremos los días de nuestra vida juntos, como si de una maldición recíproca se tratara, hasta que ya no estemos ni tú, el loco, ni yo, la nulidad. Ni Ojos Lechosos».

Junio-diciembre de 1991

Notas de los traductores

- ¹ Thesar Lumi puede traducirse literalmente como «Tesoro del río». (*N. de los T.*)
- ² Tesoro. (*N. de los T.*)
- ³ Saco. (*N. de los T.*)
- ⁴ Versos del poeta albanés Xhevahir Spahiu. (*N. de los T.*)
- ⁵ Dulce almibarado de finos hilos de masa de trigo, huevos, mantequilla, nueces o almendras. (*N. de los T.*)
- ⁶ Empresa Agrícola Militar. (*N. de los T.*)

Créditos

Título original: *I Humburi*

Edición en formato digital: febrero de 2013

© Fatos Kongoli, 2013

© De la traducción, Ramón Sánchez Lizarralde y María Rocés González, 2013

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15803-03-4

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com

Índice

| | |
|--------------------------|-----|
| Portada | 2 |
| Portadilla | 3 |
| UNA NULIDAD DE HOMBRE | 6 |
| Marzo de 1991 | 7 |
| 1 | 11 |
| 2 | 14 |
| 3 | 19 |
| Marzo de 1991 | 22 |
| 4 | 23 |
| 5 | 28 |
| 6 | 32 |
| 7 | 36 |
| 8 | 40 |
| 9 | 48 |
| 10 | 54 |
| Marzo de 1991 | 60 |
| 11 | 62 |
| 12 | 68 |
| 13 | 72 |
| 14 | 80 |
| 15 | 86 |
| Marzo de 1991 | 103 |
| 16 | 105 |
| 17 | 109 |
| 18 | 112 |
| Marzo de 1991 | 119 |
| Notas de los traductores | 121 |
| Créditos | 122 |